

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
FLACSO SEDE ECUADOR**

PROGRAMA DE ESTUDIOS DE GÉNERO Y DE LA CULTURA

CONVOCATORIA 2009 – 2011

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES CON
MENCION GENERO Y DESARROLLO**

NUEVA BIOGRAFÍA DEL CHULLA QUITAÑO

UN ENFOQUE DESDE SU MASCULINIDAD

MARLON CADENA CARRERA

NOVIEMBRE 2012

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
FLACSO SEDE ECUADOR**

PROGRAMA DE ESTUDIOS DE GÉNERO Y DE LA CULTURA

CONVOCATORIA 2009 – 2011

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES CON
MENCION GENERO Y DESARROLLO**

**NUEVA BIOGRAFÍA DEL CHULLA QUITAÑO
UN ENFOQUE DESDE SU MASCULINIDAD**

MARLON CADENA CARRERA

NOVIEMBRE 2012

ASESORA DE TESIS: PROFESORA SUSANA WAPPENSTEIN

LECTORES/AS: Rafael Polo y Lisset Coba

Esta tesis va dedicada de manera muy especial a ti,
perdona que haya preferido no nombrarte.

AGRADECIMIENTOS

A FLACSO por entregarme generosamente las herramientas para mirar

A la profesora Susana Wappenstein, Directora del Programa y tutora de este trabajo, por su inteligente y paciente guía

A los profesores X., Rafael, Malena, Ma. Amelia, María Helena por haberle dado sentido a esta investigación

A la Profesora Ana María Goetschel por siempre estar pendiente

A Moni por no dejarme suelto

A mis amigos de la Biblioteca por su apoyo constante

A todos los chullas quiteños y no chullas, especialmente a José por su tiempo y ponerme al tanto

Pero mi agradecimiento personal va para todos aquellos que han quedado fuera de esta lista y que fueron determinantes para este trabajo, la omisión u olvido ha sido involuntario. Por esa razón, a todos ustedes, mi gratitud, mi afecto y un abrazo.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN	6
CAPÍTULO I UNA NUEVA BIOGRAFÍA DEL CHULLA QUITEÑO	
Introducción.....	7
Ser hombre en el chulla	11
Metodología	16
CAPÍTULO II REPASO TEÓRICO	21
Enfoque de la masculinidad.....	32
CAPÍTULO III LA GÉNESIS DE UN HÍBRIDO	40
El hispanismo	42
Las fiestas de Quito	44
Quito como patrimonio.....	48
El cambio de rumbo del chulla.....	51
Don Evaristo el símbolo de la intervención social	55
CAPÍTULO IV EL CHULLA QUITEÑO ENTRE EL IMAGINARIO Y LA REALIDAD	
Lo chulla y el parricidio.....	60
Las prácticas y usos del chulla.....	66
CAPÍTULO V CONCLUSIONES	92
BIBLIOGRAFÍA	97

RESUMEN

Esta nueva biografía del chulla quiteño fue construida desde el análisis de su masculinidad, sin embargo, ella no fue sino, como propone Andrade (2001), una parte integrante del complejo entramado que constituye un constructo social, puesto que las prácticas masculinas en última instancia pasan a ser relativamente generales para todos los hombres, más aún si coinciden y convergen en un eje dentro del espacio social donde confluyen estructuras estructurantes como clase, raza, género, campos, edad, etc. Para lograr este objetivo, precisamente surge la necesidad de entender al constructo de chulla como el resultado de la conjunción de una serie de condicionantes históricos, políticos, ideológicos, culturales, para solo así comprender íntegramente al chulla quiteño y obviar cualquier tergiversación como da cuenta esta tesis.

Así esta tesis propone el análisis del chulla quiteño como una construcción hegemónica que debe responder fielmente a un *habitus* estructurado y estructurante que se pone en evidencia en varios pasajes del acontecer nacional y también de la vida cotidiana. Esta propuesta resulta novedosa porque convoca necesariamente la presencia de una construcción subalterna para garantizar el equilibrio y permanencia de lo hegemónico. Por esta razón a lo largo de este trabajo se visualiza el diálogo y la complementariedad que se establecen entre lo hegemónico y subalterno.

En este esfuerzo se hace un repaso histórico de las circunstancias para la aparición del chulla quiteño, aquí aparece el dato temporal, de cuándo y cómo fue utilizada “chulla” como palabra escrita. Este recuento facilita el seguimiento de sus prácticas cuyo intento resulta válido en la medida que da vida y sentido a varios aspectos cotidianos de la vida de la ciudad, por esta razón aparece como planteamiento fundamental de esta tesis que el chulla quiteño responde a un proyecto político-ideológico de nación que para lograrlo se valió de varios instrumentos y tuvo que ejecutar un sinnúmero de acciones que perduran o son reeditadas hasta hoy día, como apoyo a lo dicho se presenta a las fiestas de Quito, la patrimonialización de la ciudad, las campañas mediáticas *Quito compromiso de todos* de 1988, etc.

Finalmente, la evidencia empírica presentada cuestiona un sinnúmero de aseveraciones que se han instalado alrededor del chulla quiteño eximiéndolo de generalizaciones. A través del análisis de sus prácticas y relaciones de género queda develado que ellas no son exclusivas de los chullas sino que se generalizan cuando se ubican dentro de una masculinidad hegemónica y patriarcal.

CAPÍTULO I

UNA NUEVA BIOGRAFÍA DEL CHULLA QUITAÑO

Introducción

Este estudio es una reconstrucción de la figura del chulla quiteño a través del acercamiento directo a sus lugares, escenarios e itinerarios. Los relatos cruzados fueron conseguidos a través de una serie de visitas de campo, de entrevistas a profundidad a hombres que en confianza y debido al vínculo que producen las conversaciones frecuentes optaron por autodefinirse como tales; el relato de las experiencias que compartieron con chullas sirvieron para enriquecer y contrastar las narrativas del trabajo empírico, la información tomada de fuentes indirectas como recortes de prensa, compilaciones que reviven a personajes de la ciudad con la información teórica pertinente. Todo esto tomó la forma de una nueva biografía del chulla que deja planteada una nueva comprensión acerca de este constructo de la cotidianidad quiteña.

La búsqueda de aquellos hombres investigados no resultó fácil. La mayoría de veces las pistas falsas guiaron la pesquisa. Eso se debió, llegué a la conclusión, luego de reflexionar largas horas espantando al fracaso, a que yo había configurado la representación del chulla quiteño desde la misma perspectiva y de igual manera como lo había hecho la mayoría de personas: 1) se basaba en la remembranza del personaje de ficción de la novela de Icaza; 2) el imaginario sustentaba su representación en prejuicios y lugares comunes... Estos rastros tuvieron su detonante. Un sábado en la tarde con libreta, cámara y grabadora en mano, decidí recorrer un barrio tradicional del centro de Quito en busca del testimonio de lo que era el chulla quiteño y alimentando la ilusión encontrarme con alguno de ellos. Salté de tiendas a zapaterías y de ahí a sastrerías persiguiendo a esos referidos, de allá para acá y de acá para allá, hasta que llegué a una sala de juegos donde el cuarenta¹ era el principal. Las mesas estaban atestadas de gente mayor del barrio. Tomé algunas notas mientras indagaba y entablaba algunas conversaciones sueltas. Sin embargo, mi optimismo se iba diluyendo de a poco, pues lo que presenciaba y lo que me decían no iba acorde a los hallazgos bibliográficos que había obtenido hasta el momento, había una especie de ruptura que no se soldaba. Todos o casi todos repetían absolutamente lo mismo

¹ Juego típico de cartas

que se ha venido oyendo desde siempre acerca del chulla quiteño. No había nada nuevo... Vencido y desanimado, estaba por abandonar el salón cuando alguien soltó la sugerencia:

—¿Chulla chulla?, pues, el *Cuchillo Fernández*².

Entonces el ambiente adquirió el rumor de lenguas voraces. Una andanada de atributos asombrosos empezó a fluir en dirección al mentado:

Sí, él era famosísimo...sí... elegante... tenía una chispa... una labia y un talento para enamorar, (juntos hacían un cóctel, según su historial personal que el populacho reconocía, él cargaba con la culpa de haber deshecho algunos matrimonios)... sí, contaba chistes... y anécdotas con tanta sal,... sí, era bohemio también... tampoco trabajaba... y eso sí era buen trompón como todos los de cepa de este barrio...

(Notas de campo. 02 de abril de 2011)

Con estos retazos hilvané el perfil de ese chulla conocido con el apodo de *Cuchillo Fernández*. Y me fui tras él...

Lo que encontré fue algo parecido a una broma. La cuestión es que di con un grupo de hombres que llegarían a los cincuenta años, bebiendo en una escalinata solitaria, las risotadas y el tufo eran percibibles a una distancia considerable. Allí estaba el *Cuchillo Fernández* con “pinta de bacán y sabido”, haciendo su *performance* público que confirmaba todo lo que habían dicho de él los hombres del vecindario, pero que no coincidían con el objeto de estudio que este trabajo iba perfilando. Sin embargo estas circunstancias que rodearon este trabajo fueron las que constituyeron un gran aporte, pues solo a partir de ellas pude entender de una manera mucho más completa la figura del chulla quiteño. Esto era que a pesar de que muchos rasgos y atributos del chulla quiteño no eran vistos con agrado y tampoco gozaban de la aceptación de gran parte de los habitantes de la ciudad, que frecuentemente sus prácticas en el imaginario iban al extremo de asociarlas al vago, mujeriego, juerguista, pendenciero, etc., y hasta en algunos casos se ha llegado a acercarlo al malandro o verlo muy próximo o propenso a la delincuencia por estafador seguía manteniéndose como un ícono de la cotidianidad quiteña y símbolo de la ciudad. Esta aparente contradicción fue develada, pues Williams (1997) muestra que la creación y la supervivencia de las representaciones populares, en este caso particular del chulla quiteño popular, es una representación subalternas que revela la existencia de una configuración hegemónica, es decir de un chulla dominante e imbuido de poder que hace su aparición en un

² Se encuentra cambiado el apodo con la intención de proteger la identidad de la persona que fue referida.

complejo entramado no solo de carácter económico sino que copa los diversos aspectos sociales, políticos y culturales.

Entonces de la idea expuesta anteriormente se deduce que la existencia del chulla quiteño popular como constructo subalterno implica necesariamente la oposición con algo hegemónico, por lo tanto se justifica esa contradicción y ambivalencia. Justamente hacia allá se dirige este trabajo y en los capítulos que siguen se va a dar explicación a esta complejidad sobre todo para entender de qué manera se instaura el chulla quiteño popular en el imaginario social e interpretar los campos de disputa, inestabilidad y competencia donde hace su aparición el chulla quiteño hegemónico.

El chulla quiteño es una construcción subjetiva, esto debido a que la mayoría de sus prácticas responden a las representaciones que el imaginario hace de él y que han terminado imponiéndose sobre otras representaciones que del chulla quiteño también existen, pero que han sido invisibilizadas. Por ejemplo, este proceso de subjetivación exige una determinada actuación al chulla y a los hombres no chullas que esté en concordancia con el guión asignado a él por el imaginario y que circula en el espacio social de ahí que hay muchos hombres que no siendo chullas actúan como si lo fueran.

Además esta tesis propone el análisis del chulla quiteño desde lo étnico como punto de partida, sin embargo el abordaje de lo étnico no se lo ha hecho exclusivamente desde la visión de mestizaje, sino desde la perspectiva de la “frontera étnica”, ya que ésta favorece al debate, pues posibilita la crítica a lo étnico al considerarlo como un campo de conflicto de poder donde se muestran las relaciones jerárquicas existentes en las formaciones sociales aunque no se halle de manera explícita y evidente la relación dominación – explotación (Guerrero, 2001). En este campo, lo étnico es entendido como un elemento imprescindible que subyace en la configuración particular de ser hombre, se mantiene presente a lo largo del tiempo y se convierte en determinante en la producción y renovación de prácticas en los diferentes campos como el cultural, el social, el simbólico, el económico, etc.

Para explicar los *habitus*, los campos, los capitales como estructuras estructuradas estructurantes en el chulla, este trabajo recurre a las categorías de la teoría crítica de Pierre Bourdieu. La conexión sociológica (como herramienta de comprensión) que se establece *habitus* y clase y hegemonía permite explicar las motivaciones y ejecuciones de las prácticas más relevantes del chulla y de esta manera establecer nexos mucho más complejos inclusive como

son los abstractos de hispanidad y quiteñidad, que se convirtieron en una lucha y disputa simbólica de poder, cuyos rasgos ideológicos se ponen en evidencia en la ocupación física de la ciudad a través de acciones cotidianas y concretas como las fiestas de Quito, que visto desde una manera mucho más integral responde a un proyecto ideológico de nación iniciado en la Constitución quiteña de febrero de 1812³.

Las estrategias de la hegemonía en ese proyecto mencionado brevemente han sufrido la influencia de la continua modernización, cosmopolitización y globalización de la ciudad, por lo que las prácticas y sus significados han sufrido variaciones y modificaciones, lo que ha dado paso a la creación de nuevas escalas de valores, nuevas formas de percepción y apreciación de todos los elementos que conforman la vida cotidiana de la ciudad actual, pero que sin embargo han continuado con su despliegue de poder amparadas en herramientas tecnológicas como la televisión que revitalizan al chulla y a su presencia como una representación de poder, legitimidad y autoridad en la ciudad. No en vano se pone en circulación su imagen en las pantallas de televisión, en versiones animadas, como *Don Evaristo*⁴ donde se inaugura un proceso institucional del chulla como dispositivo, que a través de una campaña oficial gestada por el Municipio de Quito, en 1988, propone la urbanidad y el disciplinamiento como una forma “de manejo de la ciudad y de las poblaciones” (Kingman, 2006: 339). El apareamiento del chulla bajo este soporte devela el poder que posee y cómo puede ser direccionado y utilizado para diversos fines desde instituciones que ostentan el poder.

La hipótesis de la existencia de un chulla constituido y reposicionado como representación hegemónica del poder alimentó paulatinamente mi convicción de que podía encontrar aún chullas quiteños vivos y reales que no tuvieran ese matiz popular que me había llevado antes al *Cuchillo Fernández*. Por supuesto, que este planteamiento contrariaba las versiones oficiales⁵ de los entendidos que negaban su existencia o de los quiteñólogos que habían firmado su acta de defunción. La búsqueda dio sus frutos cuando di con la existencia de la

³ Desde esta perspectiva toma sentido y cobra vigencia la Constitución quiteña, mediante la cual se fundó el estado y se articuló la república del Ecuador. Esta constitución selló el pacto de unidad entre las provincias que formaron, el Estado de Quito a través de una carta política y cuyos promotores pertenecían a las elites quiteñas.

⁴ *Don Evaristo* es el prototípico del chulla. Apareció como personaje de las *Estampas quiteñas*, del escritor Alfonso García Muñoz, en la década del 40. Pero se popularizó cuando Ernesto Albán, considerado “primer actor nacional” le eternizó principalmente en la década del 70.

⁵ El Municipio de Quito había otorgado el reconocimiento de chulla quiteño con un diploma a tres habitantes de la ciudad.

Colonia de quiteños residentes en Quito, fundada en la década del 50 por Camilo Ponce Enríquez. Sus miembros se reúnen permanentemente para discutir y debatir sobre los problemas que aquejan a Quito, dictar conferencias y recordar viejos tiempos. Muchos de ellos, por no decir todos, se autoperceben como chullas quiteños. Gracias a este afortunado encuentro tejí una red y pude ubicar a otros quiteños⁶, todos ellos están sobre los 60 años, y “ya en confianza” se confesaron como chullas, confirmando así que el chulla quiteño como identidad local masculina no ha desaparecido sino que coexiste con las otras representaciones de hombres ciudadanos. Así mismo este encuentro me permitió percibir el proceso de asimilación e hibridación principalmente de prácticas que habían sufrido algunos hombres ciudadanos lo que desencadenó la aparición de versiones populares del chulla quiteño como una identidad, en cierto sentido, degradada o subalterna de la versión hegemónica *de ser hombre* del chulla.

Así mismo este trabajo aborda brevemente la influencia que tuvo el apareamiento de la novela de Jorge Icaza, *El chulla Romero y Flores* y otros productos culturales, pues a partir de ese momento, 1959, fecha de la publicación se perpetuó en el imaginario social un estereotipo de chulla quiteño.

Ser hombre en el chulla quiteño

El desprestigio y la mala fama que el imaginario social ha asignado al chulla en cuanto *hombre* corporalizado fueron los incitadores de la búsqueda del dato escrito, aquel que diera cuenta de la primera vez en que aparece escrita la palabra chulla para analizar los momentos y las circunstancias que fundaron esas percepciones negativas acerca de él. Justamente la intención partía de que como biografía del chulla quiteño debía trazar un itinerario de su presencia en la ciudad hasta una fecha tope, 1988⁷, fecha en que se institucionaliza su imagen en una campaña mediática cuyo motor principal es el disciplinamiento.

La identificación y el reconocimiento que el imaginario concede al chulla han sido alimentados y atravesados por cuestiones de género, es decir, el chulla quiteño ha sido permeado por relaciones significantes de poder, lo que involucra aspectos simbólicos, normativos e institucionales que devela la existencia de una hegemonía, que según el planteamiento de Williams (1997) aborda todos los aspectos de la vida. Sin embargo, como se podrá apreciar más adelante, en muchos aspectos no se evidencia una clara diferenciación entre estos dos tipos de

⁶ Tres quiteños ostentan oficialmente el título de *Chulla quiteño* otorgado en sesión del Concejo Metropolitano de Quito. En la sección anexos se encontrará las actas de sus nombramientos.

⁷ Aunque muchos conflictos y su influencia se extienden hasta nuestros días.

chullas e inclusive entre los chullas y otros hombres no chullas. Pues debido al género, de acuerdo al planteamiento de Scott (1996) en el que se convierte en elemento constitutivo de poder que asigna a un individuo cómo es y debe comportarse en concordancia con su cuerpo. De esta manera ha sido vista la masculinidad del chulla y ha sido determinante en su construcción y apreciación, como una representación de ser hombre local andina, pero que sin embargo, observadas estas particularidades y sobre todo las prácticas de los chullas desde el sistema de género se concluye que muchas de aquellas no pertenecen exclusivamente a ellos, sino que son compartidas por otros hombres o grupos de hombres, pero que, debido a que el chulla es una representación pública de ser hombre han sido mucho más visibles y notorias.

Justamente el género como categoría permite abordar el dilema de ser hombre del chulla. Así a través de la masculinidad se puede observar los cambios, las actualizaciones y permanencias en una producción histórico- social de un hombre como tal (Kimmel 1992), pues la masculinidad se construye en la cultura, en el tiempo, en el ciclo vital de cada hombre, según los cruces y las identidades de clase, raza, grupo étnico o nacionalidad y de género (Fuller, 1997).

En cuanto a este dilema, de ser hombre del chulla, en esta tesis no es una reflexión exclusiva acerca de él, sino que al ser una discusión universal, permite establecer un paralelismo entre él y otros hombres locales, esto debido a que esta preocupación ha sido una constante en todas las épocas y ha constituido un cuestionamiento permanente la manera de ser, mantener o alcanzar el *status* de hombres, en tanto y en cuanto “hombres de verdad”. A diferencia de las mujeres —en este sentido ellas no deben demostrar nada, pues el sistema de género heteronormativo les ha otorgado un espacio de subordinación que no se pone en riesgo ni en juego—, los hombres, en cambio, tienen y deben ir haciéndolo todo el tiempo (Guasch, 2006; Badinter, 2009), pues en cualquier momento este *status* puede entrar en conflicto y el *ser hombre* puede verse amenazado lo que demuestra la fragilidad de su construcción y su carácter contradictorio.

El chulla quiteño como representación histórico-cultural-local de hombre no se halla al margen de este conflicto de *ser hombre*. Su masculinidad también es interpelada y puesta en riesgo permanentemente. Quien llega a ser hombre alcanza un reconocimiento social, valedero únicamente en un determinado contexto histórico y geográfico. Por esta misma razón dicho ideal se constituye en una meta social a la que los hombres aspiran alcanzar. El veredicto y el

reconocimiento le dan los otros, primordialmente los otros hombres. Precisamente se debe a esto que la masculinidad, como subsistema de la categoría género⁸, posee un carácter de organizador social que basado en la “legitimidad” de relaciones de poder le permite subordinar a todos aquellos que no se ajusten al modelo ideal que rige en ese momento. Esto ratifica que la masculinidad necesita ser comprendida históricamente y desde las construcciones de poder vigentes en ese momento.

El ser hombre implica la ejecución de un sinnúmero de acciones que respalden dicha condición. La exposición, la exhibición, la negación pero ante todo la negociación se convertirán en una constante en su vida. Estas acciones y otras más que se van juntando en el ejercicio cotidiano de la masculinidad se vuelven repetitivas y no buscan otro objetivo que no sea avalar la condición atribuida por nacimiento y que debe ir acorde con los rasgos identitarios de género que lo hacen identificable, en este caso, como un hombre (Lamas, 1995 citado por Fuller, 1997: 18).

El chulla quiteño sustancialmente es un hombre en el que deben coincidir sus acciones con su identidad, de clase, étnico – racial, para lo cual ejecuta prácticas, creencias y percepciones acordes con el contexto histórico y el funcionamiento de las instituciones sociales de la ciudad.

La figura masculina que luce el chulla se encuentra tallada en la memoria colectiva de los habitantes de la ciudad, por lo tanto sus representaciones y manifestaciones públicas van a tener un sentido casi teatral donde interactúan actores y espectadores (Goffman, 1961) guiados por una trama. Este sentido teatral ha producido varias representaciones masculinas de chulla, así algunos quiteños que no necesariamente fueron chullas adoptaron dichas prácticas en diversos escenarios y otros que fueron adeptos de ellos en reconocimiento a sus grandes actuaciones. No han faltado desde luego quienes han denostado del chulla, los que le han asignado atributos gratuitos y negativos o los que se sienten ofendidos por su imagen, lo cierto es que, a pesar de todo, el chulla quiteño ha mantenido vigencia en la ciudad⁹. Por ejemplo, las campañas de urbanidad del Municipio de 1988 y 2011 han recurrido a su imagen, pues todo conglomerado humano o comunidad necesita de un imaginario o de un *ethos* que los represente simbólicamente (Kingman, 2008) y los una, además que los refleje y los identifique.

⁸Joan Scott define al género como una categoría. “El género es una forma primaria de las relaciones significantes de poder” (1999; 61).

⁹ Parafraseando a Barthes él manifiesta que un ser adquiere existencia por el solo hecho de nombrarlo, el hecho de verbalizar el concepto chulla quiteño sería una prueba de su supervivencia.

A pesar de que Agustín Cueva (1986) señale que el chulla quiteño constituye uno de los íconos más representativos de la clase media ecuatoriana y otros autores coincidan con él en el hecho de asignarle esta misma ubicación de clase (Cañete, 2008; Ibarra, 2008; Luna, 2000) se demostrará en el desarrollo de este trabajo que dicha apreciación no es del todo exacta, pues el chulla alcanzó notoriedad pública a finales del siglo XIX y se mantuvo en vigencia plena hasta bien entrado el tercer cuarto del siglo XX como clase hegemónica.

Espinosa Apolo (2003) atribuye al proceso de mestizaje aquellos rasgos y características particulares que se pueden percibir en los habitantes de las ciudades coloniales¹⁰, también asigna gran importancia al hecho del flujo migratorio hacia la ciudad, donde muchos indígenas y gente rural buscando oportunidades, llegaron a radicarse en Quito. Esta mezcla de circunstancias estableció una clasificación en los diversos grupos humanos ciudadanos cuyas características físicas eran en diversos aspectos claramente identificables y diferenciables; aspectos como el étnico-racial, el de pertenencia a la clase social, el de abuelo, el de origen o el regional se apuntalaron en esta clasificación. Estas subdivisiones humanas ciudadanas pasaron al uso coloquial de sus habitantes que “frecuentemente reinventaban sus imaginarios” (Kingman, 2008: 351), pero que también eran alimentados por éste. De ese modo se crearon identidades con matices que fueran de fácil manejo y uso para los habitantes de la ciudad. Estos matices servían para establecer diferencias entre los pobladores, pero también para establecer jerarquizaciones con respecto de ellas. Así emergieron las nominaciones de sentido común como cholos, chagras, longos, chullas, gente decente; todos ellos exhibían prácticas, estilos de vida y gustos hacia elementos culturales como la música, el modo de hablar, la vestimenta, la comida, etc., que los identificaban y diferenciaban de los otros, lo que Bourdieu denomina *habitus*. Con el crecimiento de la ciudad, la mayoría de estas entidades culturales empezaron un proceso de asimilación o extinción. De ellas, en la mayoría de los casos, solo se conservó los vocablos cuyo significado fue reinventado, actualizado y enriquecido pues llegaron a significar mucho más de lo que originalmente representaban (Benavides 2007). Estos vocablos en el poder y el registro de los habitantes de la ciudad sirvieron para marcar la mayoría de las veces de manera peyorativa o

¹⁰ La presencia indígena siempre estará presente a partir del mestizaje en nuestra historia y en todas las construcciones simbólicas y manifestaciones de la cultura popular nacional. Es característica nuestra una incapacidad de autorreconocimiento que se refleja en un complejo de inferioridad, sentimiento de inseguridad, la inestabilidad comportamental y el sentimiento de derrota (Espinosa Apolo, 2008). Estos elementos citados son claramente apreciables en la novela de Jorge Icaza *El Chulla Romero y Flores*.

para acentuar los rasgos de distinción como el abolengo, el origen, la clase o el estilo de vida de una persona.

Los estudiosos afirman que palabra chulla es de origen quichua que significa uno solo o impar. El significado sociológico de este vocablo se halla relacionado con el origen étnico- racial significando una marca de procedencia y posición social, además sirvió para identificar coloquialmente al habitante de Quito. Según Jurado (1996) esta nominación acompañó a un grupo de habitantes de la ciudad que llevaban una vida exenta de responsabilidades y disipada, que formaron verdaderas cofradías y cenáculos; el chulla andaba siempre bien vestido aunque fuera con el único terno que tenía, corría el rumor por aquellas épocas que debajo de la leva, el cuello, la pechera y los puños estaban unidos por hilos en una camisa inexistente... además, un sombrero bombín de alas redondas y volados que le daban un aire de elegancia y buen vestir, los zapatos fulgurando de lustrados¹¹ aunque rotos, poseía un elevadísimo y fino sentido del humor, sus frases eran contundentes y llenas de ingenio que siempre estaban listas para ser lanzadas, una capacidad encomiable de fabulación. Su vida estaba llena de bromas y de pobreza; tenía una profunda afición al alcohol (Jurado, 1996; Kingman Riofrío, 2002; Kanela, S/A).

No solo el imaginario situó a esta figura dentro del campo de la cultura popular sino también algunos estudiosos que han ido dejando como aportes varias cualidades añadidas al chulla¹², así se dice de él que es un hombre de origen plebeyo pero que se vanagloriaba de cierta nobleza, malgastador, vividor, truhán, con ínfulas de grandeza y arribismo, enamorado, bohemio dado a intelectual y poeta. Precisamente todo este cúmulo de apreciaciones e interpretaciones vertidas sobre él han impedido que se realicen interpretaciones enfocadas en otras direcciones. A pesar de esto último, el chulla quiteño sobrevive aún y se ha mantenido como uno de los íconos de la cultura masculina de la ciudad. Justamente, este hecho de corporalizarse en un hombre motiva su análisis desde la perspectiva de género¹³, pues desde esta categoría se pretende abordarlo como un sujeto atravesado por las relaciones de poder a lo largo

¹¹ “Los chullas quiteños se hacían lustrar los zapatos todos los días y, en muchas ocasiones, se lustraban hasta tres veces al día”. Testimonio, Luis Oswaldo Galvez, 75 años. *El Comercio*, 13 de julio de 2010. *55 años lustrando zapatos en el centro*. Así lo corrobora el siguiente testimonio: “El entretenimiento predilecto del chulla, en mis tiempos, era ir a las 11 y 30 al portal, a hacerse lustrar los zapatos” (Kanela, *El auténtico chulla*, 164).

¹² También se asoció lo chulla a un estado de soltería permanente. .

¹³ Aunque existen los vocablos chulla, chullona, chullita para referirse a la mujer de vida más o menos disipada como la que lleva su par masculino, éstos poseen una carga peyorativa más fuerte, como se explicará en su momento, confirmando que el sistema de género impone controles a la sexualidad femenina mientras que libera cualquier tipo de limitación para el ejercicio de la sexualidad masculina.

de la historia desde su aparición hasta la modernidad donde su construcción, producción y percepción pasa a la forma de un dibujo animado.

La metodología

Es inevitable que surjan cuando se habla del chulla quiteño un sinnúmero de asociaciones. Por mencionar un ejemplo, dentro de los eventos populares para conmemorar la fundación de la ciudad realiza año a año un acto artístico musical organizado por la Casa del Artista, se trata del Concurso de Música Nacional donde se disputa como trofeo “*El chulla quiteño*”, un trofeo que según los organizadores es conferido en honor a Ernesto Albán. Este tropo confirma que alrededor de la representación del chulla existe una asociación, como si el chulla quiteño y Ernesto Albán fueran uno solo o lo mismo, igualmente, no sorprende entonces que, en *Quito imaginado* (Aguirre et. al, 2005) se manifieste que los quiteños se identifican con el Evaristo, pero no Evaristo Corral y Chancleta de las *Estampas quiteñas*, sino con un personaje de dibujos animados que apareció en la campaña de urbanidad promovida por el Municipio de Quito, en 1988, cuyo creador es Edgar, “el negro” Cevallos. Este dibujo adopta la figura de Ernesto Albán “pero que en espíritu responde a la imagen del chulla quiteño que todos tenemos grabados en el corazón y en la memoria” (Entrevista a Edgar Cevallos, 02 de junio de 2011).

Un sinnúmero de asociaciones surgen con mucha regularidad cada vez que se evoca la imagen o se hace alusión al chulla quiteño, cada una añade adjetivaciones de riqueza personal, de tal manera que esta personificación nunca llega a tener una imagen coherente en el imaginario. Por qué. Precisamente esta interrogante motivó que en este trabajo plantee abordar el contexto histórico, social y político donde se origina este personaje para lograr una noción más precisa de él, sobre todo de sus rasgos identitarios de hombre, de su masculinidad, pues surgió la necesidad de saber si en ella radica su identidad. Luego, a partir del primer momento determinar su influencia en la vida de la ciudad. Como he reiterado en algunas ocasiones la figura del chulla quiteño no está bien definido en el imaginario social, lo que hace difícil su pesquisa, más aún cuando contradictoriamente se halla que todos, en mayor o menor grado, todos los hombres de Quito tienen o comparten algún rasgo del chulla quiteño.

Providencialmente esta investigación se vio salvada por la intervención de un hombre quiteño que pertenecía a la *Colonia de quiteños residentes en Quito* que al parecer sería el último reducto formal del chulla quiteño y que el imaginario social y la colectividad desconocen e ignoran su existencia. Allí los hombres aunque guardaban ciertas características del chulla, se

mostraban diametralmente diferentes a lo que decía el testimonio tradicional acerca del chulla quiteño. Uno de ellos, Carlos¹⁴ quien sería mi informante principal, se autopercibía como chulla, al igual que la mayoría de los hombres que asistían a la Colonia, aunque me llamó de manera muy especial la reverencia y significación que causaba ser llamado chulla quiteño. Precisamente la ubicación privilegiada de Carlos, justo en la delgada línea que separaba lo que *es* de lo que *no es* permitió visualizar otros rasgos identitarios, nuevos para mí hasta entonces que se sumaban a los que había reunido de esta forma local de ser hombre. Debo aclarar que después de las continuas entrevistas a Carlos, de su testimonio de vida como protagonista y testigo, de haberme compartido sus vivencias hablaban de una vida agitada, de experiencias que emulaban y a veces sobrepasaban las andanzas tradicionales del “chulla típico”; empecé a construir una nueva representación de chulla quiteño que frecuentemente se distanciaba, rechazaba, desmentía y contradecía a aquella concepción de chulla que la mayoría tiene de él, pero que, gracias a Carlos, iba calzando a la perfección con la información bibliográfica reunida. Otro aporte significativo de este encuentro constituyó que ellos me condujeron a otros hombres que se encontraban fuera de la *Colonia* por diversas razones más que nada de filiación, pero que sorprendentemente poseían en común estos rasgos recién hallados que en el avance de esta tesis se irá mostrando. El testimonio de todos ellos fue fundamental para demostrar que no hay identidades totalmente definidas ni estáticas, sino que todas ellas se hallan en permanente construcción, pero que alrededor de todas ellas fluye un complejo entramado de poder, que aquí ha sido develado desde el campo cultural hacia otros campos.

Surgieron entonces muchas preguntas: ¿qué pasó?, ¿por qué esa gran brecha que diferencia al chulla del imaginario social de la imagen que estos otros hombres proyectan, construyen y transmiten del chulla?, ¿cómo esta imagen se convirtió en ícono de la ciudad y estrella de la campaña de urbanidad?, ¿cuál era el significado de ser chulla quiteño dentro de la masculinidad y el conflicto de de *ser hombre* en el contexto social, económico, político y cultural de la ciudad?, ¿cómo fueron las relaciones y negociaciones de poder que el chulla quiteño tejió con las mujeres y con otros hombres de la ciudad?, ¿en qué medida las relaciones de poder configuraron el espacio de acción del chulla?, la respuesta a estas y otras interrogantes

¹⁴ Nombre protegido, durante el trabajo de campo se acordó omitir el nombre y solo referirlo con los signos (...), pues como ellos mismos lo han señalado son gente muy reconocida en el medio y fácilmente identificables, sin embargo para fines de ubicación todos ellos tienen un código.

es la razón de esta tesis cuya razón fundamental es presentar una nueva biografía del chulla quiteño.

A través del método biográfico pretendo construir una narración de análisis de sentido que muestre algunos pasajes de la historia de vida del chulla quiteño donde se evidencia primordialmente la contraposición entre lo dominante y lo subalterno, para lograrlo esta tesis ensaya una biografía de carácter polifónica cuyo objetivo es multicéntrico, es decir varias voces relatan sus experiencias, vivencias y anécdotas de ellos mismos y de personas cercanas o simplemente de conocidos que fueron considerados como chullas en determinada época. Todas estas historias se alinean en un mismo hilo conductor para mostrar a través de las narrativas la construcción de la masculinidad del chulla para determinar si el sello inconfundible del chulla es su forma de ser hombre, pues en todo momento muestran y grafican el conflicto que significa ser hombre y por ende hablan de la masculinidad del chulla. Esto no hace otra cosa que poner en evidencia la interseccionalidad del género tanto en las percepciones o como elemento determinante en la construcción de las identidades.

En estas narrativas y relatos de varios hombres se resumen las trayectorias, las experiencias vitales y particulares de una red de personas, ubicadas en posiciones distintas en relación con el chulla quiteño, pero que, sin embargo, son poseedoras de vínculos socioestructurales comunes rasgos étnico-raciales, posición social y económica, etc. Este trabajo se desarrolló principalmente en base a su testimonio, pues uno de ellos además de identificarse a sí mismo como chulla quiteño, inclusive ostenta como reconocimiento un título entregado oficialmente por el Municipio en el que se afirma que es chulla quiteño. Se suman a esta biografía, tomando en cuenta que el género es en esencia relacional y que la construcción de las subjetividades e identidades está directamente condicionada por esta característica, las experiencias de personas que compartieron con los chullas como compañeros de vida, los hijos, los amigos, por ejemplo, y fuentes indirectas como notas de prensa, descripciones realizadas por estudiosos que han aportado a la comprensión del chulla.

Los relatos de vida han sido recolectados a través de técnicas etnográficas como la observación participante realizada a la Colonia, un sitio litúrgico y ritual no solamente del chulla sino del quiteño como ellos lo definieron “de cepa” y las entrevistas a profundidad a aquellos que aportaran elementos que evoquen una lectura que se distancie de la construcción de chulla que

circula en el imaginario, de esta manera mostrar, entre otras, la línea directa que une este constructo y cuestiones, que pueden parecer, muy cotidianas o aisladas como las fiestas de Quito.

La selección de los entrevistados y del trabajo de campo presenta la subjetividad de varios hombres adultos que en esta etapa de su vida, todos se hallan en la cúspide biológica, hacen un recuento personal de lo que ha sido ella o significó para ellos la cercanía con un chulla. Así aparecen los testimonios de los entrevistados, todos tienen una vida pública y gozan de reconocimiento social, sobre todo, por su labor y ejercicio profesional. Su posición social y económica los ubica dentro del rango de la clase media-alta, su rango etario se halla entre los 55 y 65 años, 5 se autodefinen como chullas quiteños, los otros compartieron de cerca la vida con ellos. Esta biografía colectiva presenta el testimonio de dos hijos de chulla y de una ex esposa. En cuanto a las entrevistas a profundidad realicé una serie de cuatro, además de un contacto permanente por correo electrónico para poner en claro algunos puntos de vista. También realicé dos visitas de campo a la Colonia y cuatro a barrios tradicionales, en el periodo de abril hasta agosto de 2011. Las visitas más provechosas fueron las realizadas a la Colonia allí pude apreciar cómo se conservan rituales, principalmente de carácter histórico que actualizan la “Gloria de Quito”.

Por último, debo señalar que para este trabajo se tomó en cuenta el testimonio de chullas quiteños y de quienes se habían relacionado con ellos. Con respecto a los chagras u otras masculinidades subalternas debo apuntar que estimé poco conveniente realizar una aproximación más detenida, pues en el caso los chagras las prácticas, muy a pesar de su *habitus*, fueron performadas para ser acepados dentro del círculo de chullas o fueron asimiladas por cuestiones de *habitus* debido a la popularización del chulla o el ascenso social de clase de los chagras, es así que los mejores exponentes del chullerío que el imaginario recuerda son chagras, mostrando de manera que ellos nunca fueron contradictores de la masculinidad dominante del chulla.

Precisamente para sustentar el análisis crítico de los planteamientos bosquejados hasta aquí, en el segundo capítulo propongo la revisión teórica de conceptos y categorías sobre los cuales se apoya este trabajo. Por ejemplo, el concepto de hegemonía que muestra que existe un diálogo permanente entre dominantes y dominados, el de *habitus* que se presenta como un aspecto disposicional del cuerpo hacia las prácticas y que se complementa con prácticas de clasificación de frontera étnica, el de capital, en sus distintas manifestaciones, que pasa a constituirse como una fuente de supervivencia para los agentes, en este caso para el chulla

quiteño. Entre otros se podrá visualizar el diálogo y la complementariedad que se establece entre conceptos que permitirán una comprensión integral y remozada del chulla quiteño, sobre todo se dejarán planteadas las pautas para entender la aparente disociación de significados que pulula alrededor del chulla.

En el capítulo tres se hace un repaso histórico de las circunstancias para la aparición del chulla quiteño. Aquí el hallazgo fundamental que se expone es el que da cuenta del dato temporal de cuándo fue utilizado de manera escrita por primera vez y el significado primigenio de esa palabra. A partir de este hallazgo se traza toda una trayectoria de prácticas enmarcadas dentro del *habitus* del chulla.

Un aporte valiosísimo que nutre este capítulo número tres y que permitió darle otra mirada al chulla fue la presencia del hispanismo en nuestras tierras, éste en un primer momento parece dar vida y sentido a la construcción de ser chulla quiteño, pues desde la lógica del hispanismo se deducía con cierta firmeza que el chulla era heredero de la nostalgia española en nuestras tierras y que a través de ciertas prácticas se revivía ese pasado, sin embargo, como queda planteado en esta tesis el chulla quiteño responde a un proyecto político – ideológico de nación y el hispanismo pasa a ser un instrumento más que encuentra una razón de ser, igual sucede con actividades de la vida cotidiana como las fiestas de Quito. En este capítulo se contextualiza la evolución de su figura hasta llegar a 1988, año en que se convierte en el centro de una campaña mediática. Escudriñar

Finalmente, en el cuarto capítulo comparecen la evidencia empírica, el análisis de fuentes bibliográficas ante el escudriñamiento de la teoría. Este capítulo está dividido hipotéticamente en dos, el uno que revela a través de cuestionamientos profundos aseveraciones que eran de manejo común y corriente entre los habitantes de la ciudad con respecto al chulla quiteño y a todo lo que gira alrededor de su construcción y que han permanecido intocables durante mucho tiempo; la otra parte aborda la masculinidad del chulla, desde sus prácticas, sus relaciones de género, etc., a través de los relatos y narraciones de los entrevistados que recrean y hacen evidente el poder que envuelve a la figura del chulla.

CAPÍTULO II

LA CONSTITUCIÓN SOCIAL DE LA IDENTIDAD DEL CHULLA

En el capítulo I de esta tesis se esbozó la existencia de dos representaciones de chullas quiteños; por un lado el chulla quiteño creado y nutrido por el imaginario popular, esta figura como representación subalterna es la más conocida y la que ha gozado de mayor difusión en la ciudad, a diferencia de la otra, la que responde a una inminente construcción hegemónica de chulla cuya imagen ha sido más velada, silenciada e invisibilizada, pues responde a los intereses de un proyecto político - ideológico de nación. La contraposición de estas dos representaciones de chulla, sus particularidades, acercamientos y distancias motivan en este capítulo la exposición de una serie de estrategias y categorías teóricas que permiten argumentar a favor de este planteamiento.

Para empezar, es necesario hacer una aclaración de contenido teórico que tiene que ver con el manejo de la historia que aquí se hace. Foucault (1992) entiende como una exigencia básica y necesaria la atención que merecen todos los inicios como emergencias, pues solo allí es posible entender y reconstruir la lógica con que funcionan, se manifiestan, se proyectan e inciden determinados hechos en el presente. Un abordaje de esta manera favorece a la historia que presta atención especial sobre ciertas coyunturas que son significativas y contribuyen con la finalidad de activar otras o nuevas miradas, en este caso sobre el chulla quiteño.

Por lo tanto, es necesario fijar un inicio para el chulla de esta investigación y precisamente la referencia inaugural de esta historia, como señala Kingman (2008) es el periodo donde las elites intentan apropiarse de los beneficios de la modernidad como ya lo habían hecho de los privilegios otorgados y heredados de la colonia, alimentando de esta manera el “conflicto entre la modernidad buscada y la colonialidad no resuelta” (Sanjinés, 2005 citado por Bustos, 2007: 132). Por esta razón, este trabajo ubica a la época del liberalismo como la ideología determinante en la aparición del chulla quiteño tal cual lo conocemos, y a la Revolución Liberal de 1895 como su consolidación, aunque como dato escrito su utilización se remonte a unos años atrás, y su razón de ser se halle materializado en la Constitución quiteña de 1812.

Desde el liberalismo, los conflictos de mayor importancia y que permanecerán en nuestra historia presente se constituyen los de carácter étnico. Dicha conflictividad se manifiesta en todos los órdenes de la vida cotidiana, pues, a cada momento, revelan la existencia de una

frontera étnica que, a través de la percepción y el sentido común, organiza y separa simbólicamente a las poblaciones. Esta frontera¹⁵ étnica otorga a un grupo social el criterio y la capacidad para diferenciar y clasificar a los demás, tanto en lo real como en lo simbólico (Guerrero, 1994a, 1997b). Por ejemplo, desde esta perspectiva se organizó la noción de ciudadanía, contradiciendo todos sus ideales y postulados que defienden la igualdad universal de los derechos y separa a las personas en favorecidos y en desprotegidos, en cobijados y en excluidos de dichos derechos, todo justificado por este sistema de clasificación gestado por cuestiones de percepción.

Sin embargo esta clasificación no se limita a la concesión de los derechos solamente, sino que se extiende hacia las representaciones de poder y de carácter político, pues dicta y escoge a quienes pueden acceder a dicha representación y segrega a quienes no, por lo que “este criterio de exclusión va a ser constantemente reproducido en la vida cotidiana de los habitantes especialmente por el hecho de que entre sus estrategias se hallen acciones naturalizadoras de la diferencia en términos de un supuesto genético” (Guerrero, 1994: 115) y étnico.

La tensión conflictiva de fuerza de poder generada por la frontera étnica se convierte en determinante en la construcción de la subjetividad de los individuos mismos. Así, el reconocimiento como ciudadano a lo no indígena propicia en los sujetos el apareamiento de un deseo irrefrenable de extender hasta lo imposible las distancias que lo emparentan con el indígena¹⁶, a través de acciones concretas como blanquear su cara, borrar un pasado... hurgar en los vericuetos de la genealogía para recuperar un apellido remoto o algo que los dignifique. Los criterios autorizados para cualificar y clasificar a las poblaciones hallan su base en una “matriz binaria de percepción” (*Idem*: 64):

...los lugares de producción del blanco mestizo son campos de dominación de fuerza. Hay que buscar los lugares de producción del blanco mestizo, (...) pues estos lugares son campos de dominación, de fuerza, campos que van a establecer, a través de matrices de clasificación binaria, significados de la diferencia en términos de inferioridad. Son matrices de percepción que van a establecer el juego de fuerzas y crear este campo productor del blanco mestizo. En un lugar público y en un mercado de trabajo el otro, la diferencia, va a ser usada como juego de fuerzas para rechazar al otro como inferior. La frontera es entre blanco mestizos y los demás (Guerrero, 1997: 64).

¹⁵ La frontera étnica es una noción tomada de Frederik Barth.

¹⁶ Solo a partir de 1980 toma fuerza la concepción de un estado multicultural y diverso. Sus impulsores son sobre todo intelectuales y artistas que plantean líneas de acercamiento hacia la construcción de una identidad indígena: “La década de los 80 ha escenificado una nueva presencia de los indígenas, al mismo tiempo que en el horizonte de la comprensión de la realidad nacional ha comenzado tanto un proyecto de mestizaje como un principio de interpretación de la historia cultural del país” (Sánchez Parga, 1991: 18).

Entonces la percepción se convierte en el elemento determinante en la construcción del blanco mestizo. Del grado subjetivo de ella dependerá la concesión de derechos, en el campo de la ciudadanía; y en la vida cotidiana, será la responsable de acciones como la diferenciación o exclusión. Este es el basamento del colonialismo interno que supervive hasta el presente en las ciudades de nuestro país. La percepción, gestada en una matriz binaria, otorga legitimidad a unos para la ejecución de un sinnúmero de acciones, actitudes, gestos y expresiones que en todos los órdenes de la vida social se relacionan directamente con “la personalidad colonialista interna”. Pero este tipo acciones producto de la percepción no solo funciona en el campo social sino en todos los campos (Burgos, 1977).

Dentro de la línea de análisis que suscita la frontera étnica, sostengo que la ambigüedad étnica que determinó la construcción subjetiva de un tipo específico de ser hombres de los habitantes varones de la ciudad de Quito, halla su razón de ser aquí y que a través de la instauración de un proceso hegemónico (Williams, 1997) permitió percibir distintas construcciones masculinas de hombres.

Desde esta frontera étnica se desprende que muchas acciones cotidianas de la modernidad encuentren justificativo y legitimidad por parte de las elites; por ejemplo, los festejos a la ciudad de Quito responden a una tradición inventada al margen de una historia oficial (Hobsbawm, 2002) de los sectores dominantes cuyos intereses se mueven alrededor de implantar concepciones ideológicas y políticas en los sectores dominados. Por lo tanto, en las manos de las elites está el uso político y administrativo del poder que puedan desplegar a través ciertos dispositivos como el ornato, la urbanidad, la planificación urbana, etc. por ejemplo, que se excluya la utilización del espacio físico de un lugar por cuestiones étnicas a unos hombres recién llegados y que fueron denominados como chagras.

A la cuestión étnica se suman los criterios económicos y concretamente de clase para definir y entender la ambigüedad y complejidad del chulla quiteño. En este sentido, se juzga los conceptos de Bourdieu como los más apropiados para este análisis, pues sostienen que la clase no solo tiene que ver con el aspecto estrictamente económico, material o en definitiva con las condiciones objetivas, sino también con condicionantes subjetivos que también son producto de una construcción histórico-teórica resultante del análisis de las afinidades y distancias que se establecen en el espacio social (Martínez Valle, 2007: 85- 100).

Desde la perspectiva social el chulla quiteño se encontraría condicionado por otros elementos analíticos. El *status* de prestigio o de competencia, los campos y los capitales¹⁷ proponen analizar al chulla en una posicionalidad dentro del espacio social. Por medio de estas herramientas analíticas se obtiene una visión más íntegra, lo que permite echar abajo la aseveración naturalizada y esencializada de ubicar al chulla como el estereotipo de una posición social que le resulta incómoda¹⁸ y no muy adecuada, pues el chulla visto así queda reducido solamente a un tipo de representación, es decir a su versión popular.

La incorporación del *status*¹⁹ como elemento de análisis del reconocimiento permite comprender las capacidades desiguales que poseen algunos sujetos sociales, a pesar de que todos ellos se hallen ocupando una misma posición social (Burgos, 1977). Esta precisión resulta muy importante en la comprensión del chulla, ya que el status se basa en un sistema de diferencias cuyo elemento principal es el reconocimiento, contrastando con la apreciación capitalista que dicta como elementos principales de jerarquización la distribución y el consumo de los recursos. Precisamente para fines de esta investigación recorro al carácter que posee el *status*, ya que en sociedades como la nuestra la relación existente entre el *status* y el factor étnico heredado es muy estrecha. De esta manera halla explicación el hecho de que la población mestiza urbana haya retomado el estatus de casta dominante y haya seguido ocupando las posiciones de privilegio, respaldándose en el derecho que la conquista y el coloniaje le habrían otorgado y heredado desde el colonialismo español o en base la percepción de la frontera étnica.

Para resumir lo dicho anteriormente planteo que el chulla quiteño como identidad es producto de influencias étnicas y de acomodo en el espacio social. Este constructo sufrió una metamorfosis, en el sentido tradicional, de clase social se ubicó en las esferas respondiendo al ideario político - ideológico con que había nacido, dejando como contraparte una versión de sí mismo en las clases populares.

Justamente, para entender este proceso de reajuste y transformación de la posición social del chulla recorro a Bourdieu (2000) que expone que en el espacio social, los individuos o los grupos se ubican de acuerdo al volumen y a la estructura de capital que poseen. Esto implica un análisis de la cantidad y el tipo de recursos que ostentan los individuos. Si se considera a la

¹⁷ Categorías de Bourdieu.

¹⁸ En todas las entrevistas causa molestia la relación intrínseca y asociación que se hace entre el chulla quiteño y la clase media, pues el chulla no es solamente una cuestión de clase ni solo de estrato social como lo han hecho notar. Sin embargo, esta asociación ha sido conservada desde antes de que Agustín Cueva lo limitara a esa clase social.

¹⁹ Categorías estructurales del sociólogo Parsons

sociedad como una especie de cartografía que se halla cruzada por un sinnúmero de coordenadas que relacionan campo – capital – individuo que, miden simultáneamente la relación de poder y la pertenencia que existe entre ellos, esta relación es determinante para que un individuo o grupo tenga una posición social establecida; además, a los factores que inciden en la ubicación social hay que agregar otros como los elementos culturales, sociales o simbólicos que en última instancia también se convierten en recursos y que la mayoría de veces, adquieren más valor que las cosas materiales mismas. Cabe reiterar que el planteamiento de que el valor y que la importancia de un capital se ve afectado o incrementado por efecto del tiempo de acumulación y conservación, es decir, por la historia del capital que también se pone al servicio de los individuos derrumba la creencia sostenida durante muchos años de que el chulla es una construcción de tipo popular, pues todo un conjunto relacional social se pone en marcha y consolida un tejido social alrededor de los individuos cuyo motor lo constituyen los intercambios recíprocos de bienes y servicios materiales y simbólicos. En el caso del chulla, este tejido social constituyen las redes que transforman en capital social, a través de la consolidación de los lazos de amistad, del incremento de contactos que van a ser los decisivos al momento de ubicarlo socialmente y de otorgarle una reputación (Gutiérrez, 2004; Bourdieu, 2000).

La importancia que toma el volumen y el tiempo de acumulación de un determinado capital, en el caso del chulla el capital social como ha sido esbozado se erige como uno de los más importantes que él ha cultivado, y tiene relevancia el hecho, pues este capital se transforma en recursos de los que puede hacer uso un individuo, un grupo o una familia para satisfacer sus necesidades cotidianas y de reproducción social, ya que es el

...conjunto de recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de reconocimiento; o, en otros términos, a la pertenencia de un grupo como conjunto de agentes que no están solamente dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos) sino que están también unidos por lazos permanentes y útiles (Bourdieu citado por Gutiérrez, 2004: 268).

Esta red de la que habla Bourdieu es producto de un círculo de relaciones y se constituye una fuente inagotable de recursos. Por el grado de importancia atribuido al capital social surge la necesidad en los individuos de ampliar dicha red de contactos, para lo cual los sujetos aplican varias estrategias de inversión donde no se escatiman ni tiempo ni esfuerzo. Estas estrategias son llevadas a efecto de manera consciente o inconsciente.

El capital social como una herramienta analítica en este trabajo permite la reconstrucción y el análisis de esas redes simétricas y asimétricas de intercambio de diferentes formas de capital que permitieron la construcción y la permanencia social del chulla quiteño en la vida de la ciudad; es de suponer desde luego, (quizá esta es una de las grandes omisiones de los muchos análisis realizados sobre este personaje) que debido a su larga, dilatada y singular existencia en la sociedad quiteña fue acrecentando a su alrededor varios capitales, pero sobre todo, los de tipo social y simbólico lo que contribuyeron a ese reposicionamiento. De la lectura de este hecho se infiere que los análisis que ubican al chulla quiteño exclusivamente y solo dentro de la clase media- popular están siendo vistos en una dirección simplificadora. Por esta razón planteo que el chulla quiteño pasó a encumbrarse como una parte integrante de la clase social hegemónica de la ciudad de Quito, a inicios del siglo XX y que se consolidó a mediados del mismo quedando huellas de ello en la actualidad.

La consolidación de esta red es entendida como una estrategia de reproducción y de perpetuación del orden social, a partir de lo que los sujetos y las familias ponen en marcha para reproducirse socialmente (Gutiérrez, 2004: 258), pues es un mecanismo de expansión social este

... conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos y las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase” (Bourdieu, 2006)

Las redes, como señala Wacquant (2004) se convierten en un recurso práctico denominado capital social. Este capital es utilizado por las familias y por los individuos de manera primordial, ya que en un momento dado este capital social se transforma en bienes y servicios de mayor valía inclusive que los de tipo económico, por lo tanto es desarrollado, fortalecido y mantenido, sobre todo, a través de instituciones tradicionales tales como el parentesco, el compadrazgo y la amistad masculina.

La conjetura del reposicionamiento de los chullas quiteños en el espacio social debido a la acumulación de diversos capitales, especialmente del social, se ve nutrida por planteamientos como el hispanismo casero denominación que Capello (2004) utiliza para designar a la influencia hispana en nuestras naciones y que se refleja y se pone en evidencia en cuestiones prácticas de gusto y distinción de clase. También coincide con la consolidación del chulla quiteño como clase hegemónica la aparición y circulación de productos culturales como discursos de

resistencia (De Certeau, 2007) y contrahegemónicos²⁰ (Gramsci, 1970, Williams, 1997) a esa configuración hegemónica que ostenta el chulla. Por ejemplo, la novela de Jorge Icaza *El chulla Romero y Flores*²¹ y *Don Evaristo Corral y Chancleta* no hacen otra cosa que parodiar lo hegemónico al mostrar lo contrapuesto, es decir, solo el elemento popular que subsiste en la construcción de chulla. Precisamente llama la atención que los discursos contenidos en los productos culturales anteriormente señalados son los que han impregnado y de mayor influencia en el imaginario popular de la ciudad, y se suma a la reflexión el hecho de que estos dos productos se hayan mantenido durante mucho tiempo dando paso a la creación de un verdadero estereotipo del chulla, que según el trabajo de campo (Notas de campo. 05 mayo de 2011) es el único existente en el imaginario social.

Foucault afirma que es en el terreno de los discursos donde se llevan a efecto los más temibles poderes y este poder puede constatarse en el criterio de verdad que yace sobreentendido en todo discurso. Este criterio de verdad funciona en una doble direccionalidad, por un lado, el discurso que emite el autor y que se halla nutrido de este criterio y, por el otro, los letrados, quienes imbuidos con un criterio de verdad particular dada su formación previa se acercan a ese discurso. De este enfrentamiento surge un nuevo discurso que posee también un criterio de verdad particular cuyas pretensiones son universalizantes y totalizadoras, que en afán de lograr este objetivo movilizan todo un engranaje de reproducción que incluye a las instituciones, especialmente de carácter educativo.

Así, por efecto del poder del discurso como menciona Foucault (2002), la obra de Icaza se incluiría dentro de ese tipo de discursos que son distribuidos a través del ejercicio institucional, pues posee una naturaleza coercitiva que se apoya en instrumentos como la pedagogía. Eso explicaría por qué el sistema educativo lo incluyó como producto cultural oficial tanto en bibliotecas como en el pensum que señala su obligatoriedad en los planteles educativos.

Desde este punto de vista obras como la novela de Icaza pertenecerían al discurso o tipo de relatos que las sociedades consideran de vital importancia pues necesitan ser verbalizadas, y que

²⁰ La contrahegemonía, tal como la plantea Gramsci, supone la creación de una fuerza capaz de transformar las conciencias subjetivas y promover una reforma moral e intelectual que obtenga la aceptación de una nueva cosmovisión político-social. <http://vbn.aau.dk/files/14523832/contrahegemonias.pdf>

²¹ En el trabajo de campo se entrevistó a chullas quiteños que ostentan un título oficial conferido por el Municipio de Quito y también a algunos quiteños que asumen actualmente esa nominación de manera voluntaria. Coinciden estos dos grupos en sentirse afectados por el retrato hecho por Icaza, inclusive algunos niegan la autoría de la obra a Jorge Icaza y la atribuyen a su esposa, justificativo que pone en evidencia, según ellos, que fue una obra inspirada en el rencor, pues Jorge Icaza, en versión de ellos, también fue un chulla.

por efecto de la repetición se conservan pues se llega a estimarlos tanto que se piensa que lo que dicen responde a una verdad casi absoluta (Foucault, 2002: 20-30). Los discursos reproducidos por estos discursos guardan propósito, en el caso de la representación del chulla que se encuentra contenido en los productos culturales mencionados y se han mantenido en el imaginario su poder desplegado ha sido desestabilizar el poder de la construcción hegemónica que posee la otra representación de chulla y que como se verá más adelante guarda una imagen de control y disciplinamiento. Según Foucault por el criterio de verdad y la autoridad que poseen los discursos clasifican, ordenan, distribuyen, administran. Estos precisamente serían los responsables del establecimiento de un estereotipo de chulla en el imaginario porque “no se está en la verdad más que obedeciendo a las reglas de una policía discursiva que se debe activar en cada uno de los discursos (*Ibidem*: 38).”

En tal virtud, este “criterio de autoridad” se identificó con la cultura asumida como letrada (Kingman, 2008) y que pertenecía a la clase media, ella reunía a un grupo reducido de estudiosos, críticos y poseedores del criterio de verdad que difundían a través de conversaciones sus discursos acerca de los productos culturales. El chulla como muestra de lo mujeriego, acomplejado, aprovechado, etc., halla su origen en los pasajes de la novela *El chulla Romero y Flores* y que se redujeron a la oralidad en un proceso continuo de verbalización que a la vez fue enriquecido lentamente por el imaginario.

Precisamente para abordar el surgimiento del chulla quiteño popular, aquel que vive en el imaginario y fue enriquecido por él, esta investigación se basa en las reflexiones hechas por Kingman que acepta la vigencia de una modernidad paralela a la modernidad de lógica capitalista de origen europeo. Esta modernidad paralela es de arraigo popular y se guía por un sentido informal donde coexisten otros códigos para enfrentar y sortear situaciones críticas recurriendo a sistemas de intercambio y relaciones de reciprocidad en todos los sentidos que la vida convoca. Estos elementos de hibridación, transculturización y poder mantienen una fluidez relacional con los elementos cotidianos del mundo culto. Entendida esta dinámica de la cultura popular, en la vida diaria se reproducen además de su lenguaje de clase, otros elementos que son reinventados a partir de lo que el imaginario ha tomado de los dos mundos (Kingman, 2008: 350 – 351). Tal sería el origen del chulla quiteño popular que el imaginario social lo ha visto corporalizado como hombre.

Las características esencializadoras, universalizantes y totalizadoras que han contribuido para la permanencia de un estereotipo masculino de chulla quiteño tiene que ver con su forma tan particular de vestir, siempre elegante, esta cuestión que ha sido determinante en la trayectoria vital del chulla ha hecho dudar al imaginario de la actual existencia del chulla, pues al no encontrar esta evidencia objetiva ha simplificado y da por sentado la desaparición del chulla. Para explicar este hecho puntual recurre a Bourdieu (2006) que plantea que el *habitus* se traduce en metáforas prácticas que hacen distinguible a una persona o a un grupo de personas de otras, pues, es posible reconocer en ellas, a través del *habitus*, una especie de estilo, un rasgo en común dado, ya sea en su forma de caminar, de comportarse, de vestir o de hablar. Ese *habitus* puede ser traducido a gusto legítimo que, para Bourdieu (*Ídem*), adquiere el valor de enclasante, por lo que el chulla quiteño no puede reducirse solo a una forma de vestir.

La forma de vestir del chulla quiteño toma cuerpo en el constructo masculinidad, es decir toma cuerpo de *hombre*, y a su paso va dejando un reguero de huellas visibles en la vida cotidiana de los hombres y de las mujeres en la ciudad. El *habitus* de él y sobre todo las prácticas constituyen muestras claras de una masculinidad en la cotidianidad.

El *habitus* de Bourdieu (2010) muestra la relación que existe entre las estructuras sociales objetivas y las subjetividades de los sujetos. Por lo que

el *habitus* designa el sistema de disposiciones durables y transportables mediante las cuales percibimos, juzgamos y actuamos en el mundo. Estos esquemas inconscientes se adquieren mediante la exposición prolongada a condiciones y condicionantes sociales específicos, mediante la internalización de sus limitantes y posibilidades externas (Wacquant, 2004; 62).

El *habitus* habla de disposiciones que toma en cuenta la potencialidad escrita en el cuerpo de los individuos (Bourdieu, 1997: 7) que ocupan una similar posición en el espacio social, esta coincidencia origina un cierto estilo de vida, que exterioriza la historia y la posición de los sujetos y que se hacen ciertos a través de sus prácticas. Este estilo de vida predispone a los sujetos para que perciban y valoren los objetos sin que para sus apreciaciones y valoraciones exista una justificación evidente o al menos aparente. Parafraseando a Bourdieu (2007) y Wacquant (2004: 60-62) dentro del estilo de vida del chulla encajan las prácticas, los gustos, los consumos, etc., pero de una manera independiente de los discursos, dejando de esta manera en claro que no existe en circulación un manual mediante el cual un sujeto pudiera aprender las prácticas, los gustos, los consumos para convertirse en chulla, pertenecer al grupo o dejar de serlo si así lo decidiera. El estilo de vida se percibe al margen de las palabras, en las

disposiciones hacia el consumo de determinados objetos que les brinde un beneficio primordialmente simbólico que se convierte en su razón de ser. Esta última característica es la responsable de la regencia del principio interno: diferenciarse de los otros para parecerse a sus iguales, de ostentar el beneficio de distinción ya que

... las disposiciones perceptivas tienden a ser ajustadas a la posición de los agentes, aun los más desventajados tienden a percibir el mundo como evidente y a aceptarlo mucho más ampliamente de lo que podría imaginarse. Por el hecho de que la apropiación supone unas disposiciones y unas competencias que no están distribuidas universalmente (aunque tengan la apariencia de lo innato), las obras culturales constituyen el objeto de una apropiación exclusiva, material o simbólica, y, al funcionar como capital cultural (objetivado o incorporado) aseguran un beneficio de distinción y un beneficio de legitimidad, beneficio por excelencia, que consiste en el hecho de sentirse justificado de existir (como se existe), de ser como se es necesario (ser) (Bourdieu, 2007).

Como se había planteado, el consumo o la apropiación de algo supone el manejo de todo un código específico que es común para todas las personas que comparten ese mismo estilo de vida, pues va más allá de una mera costumbre. Este código es la razón por la que los sujetos pueden disfrutar simbólicamente y materialmente del objeto adquirido. Por ejemplo, muchos gustos y consumos no tienen explicación práctica sino que su finalidad es garantizar la existencia del estilo de vida mismo. Este funcionamiento es casi automático y no admite cuestionamientos. El código utilizado es la única racionalidad en esta forma de actuar. Se adquiere a través de las instituciones sociales como la familia y la escuela.

Para Bourdieu (2010) el gusto legítimo otorga beneficios simbólicos a sus poseedores por lo que por regla general deben ser pocos los beneficiarios. Por esta razón es que generalmente se halla expuesto a imitaciones, por lo que sus poseedores deciden abandonar dichas prácticas o transformarlas. Pero así mismo también existen ocasiones en que los sujetos luchan para conservar ciertas prácticas, pues antes que nada “el gusto es el disgusto por el gusto de otros” (Wacquant, 2004: 67). Así el *habitus* se constituye como un espacio de conflicto y de luchas simbólicas por la apropiación y conservación de signos distintivos, de propiedades que otorguen distinción (Bourdieu, 2006) que en un momento determinado llegan a convertirse en emblema de una clase o en bienes de la cultura legítima y exclusiva, tal como sucedió con el “hispanismo casero” (Capello, 2004) y todas sus manifestaciones en la ciudad de Quito.

Las prácticas del *habitus* están nutridas de significación. Gracias a ellas se reconoce a los recién llegados a un determinado sitio en el espacio social, pues sus prácticas delatan su procedencia social. El qué, el dónde, el cómo, el cuándo revelan la condición social de los sujetos y no pueden ser accedidos o adquiridos por medio de un solo tipo de capital.

La procedencia social guarda relación con el campo que menciona Bourdieu (2007), pues cada sujeto ocupa un lugar en un determinado campo. El campo es considerado como un espacio donde existen reglas, códigos, políticas y cánones específicos que lo rigen. Existe una interrelación entre los diversos campos, estos cruces definen la posición y procedencia social de un individuo. Sin embargo, la permanencia o la pérdida de esa posición en el campo dependen mucho del capital adquirido y que se halla en juego en ese campo. La lógica con la que se mueve todo capital señala escasez, valor y acumulación, por tal razón existe una continua disputa entre quienes poseen más capital y quienes lo tienen menos o no lo tienen, en otras palabras la disputa la enfrentan dominantes y dominados, pues la distribución del capital que se da en los diferentes campos siempre será desigual. He ahí la importancia del capital, pues en última instancia se traduce en identidad, jerarquía o reputación. Entonces será importante prestar atención al tipo de capital poseen, por cuál manifiestan su preferencia los sujetos sea económico, cultural, social, etc., y, por último, hacer un recuento de la historia y del tiempo de posesión de ese capital. Un individuo que ocupa un lugar en un campo puede moverse, pero siempre de acuerdo a las disposiciones específicas y a los límites señalados para su condición y ubicación. El individuo por efecto de esa movilidad establece redes de relaciones con otros individuos, que por lo general no se limitan solo a aspectos económicos (Maestri, 1998). Dependiendo del campo, el primer vínculo que establece el individuo es con su unidad familiar y doméstica que se convierte en una estructura de mediación y nexo entre el individuo y una red social mucho más amplia donde participan otros individuos (Bourdieu, 2007; Pujadas, 1992).

Aquellos lazos sociales que se establecen en un campo determinado entre los sujetos que se ubican en posiciones similares responden siempre a intereses compartidos. Bourdieu (2000) denomina a estos intereses comunes como *Illusio* que es el “hecho de estar involucrado, de estar atrapado en el juego por el juego. Estar interesado quiere decir aceptar que lo que acontece en un juego social determinado tiene un sentido, que sus apuestas son importantes y dignas de ser emprendidas” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 80).

...toda la gente comprometida con un campo tiene una cantidad de intereses fundamentalmente comunes, es decir, todo aquello que está vinculado con la existencia misma del campo; de allí que surja una complicidad objetiva que subyace a todos los antagonismos.” (Bourdieu, 1994: 137).

Enfoque de la masculinidad

Al tratarse el chulla quiteño de un constructo histórico- social- cultural de identidad, su masculinidad se halla constituida y relacionada con un sinnúmero de condicionantes, como el lugar que ocupaba socialmente, la construcción de las subjetividades por influencia del trabajo, el ejercicio de la paternidad con sus prácticas y representaciones, los lugares y ámbitos de homosocialidad masculina, el poder y la violencia masculina ejercida en el lenguaje y consumada en las acciones y el machismo.

Los hombres “como seres dotados de género y productores de género” (Viveros, 2003: 83) han sido marginados en gran medida de los trabajos de investigación y reflexión. Esta omisión ha pasado por alto el aspecto relacional con que en la cotidianidad construyen sus vidas hombres y mujeres. La importancia dada a este aspecto en estos últimos tiempos ha obligado al hombre a “comprender y modificar el lugar que ocupa en las actuales relaciones de género” (Viveros, 2003: 84, Guttman, 2000) para manejar los conflictos ocasionados por los cambios y las transformaciones sociales, y el reposicionamiento de las mujeres al interior de los campos económico, social, laboral, académico y cultural.

Para abrir el diálogo con las líneas teóricas de las masculinidades, planteo que las cuestiones de género no deben ser entendidas y analizadas solamente como relación de dominio y subordinación, sino como verdaderos “campos de fuerzas que entran en relación con otros condicionamientos históricos, como las relaciones interétnicas y de clase” (Goetschel, 2007: 18).

Entendiendo así que la masculinidad no puede ser un objeto separado de análisis, sino que debe ser visto como resultado de un sinnúmero de consecuencias e influencias. Pues, precisamente un análisis desde una perspectiva así favorece a la comprensión de *ser hombre* de un sujeto como fue el chulla quiteño o grupo de sujetos chullas. Por lo tanto la discusión de ser hombre se encuentra explícita en todos los condicionantes que se plantean para su análisis en esta tesis.

Una primera entrada a la masculinidad es la que el imaginario social acepta y reproduce. Ésta se basa en el sistema de diferencia simbólica que contrasta masculinidad y feminidad. Este sistema binario también se ve afectado por múltiples condicionamientos, entre ellos, quizá el más importante para este estudio particular es la influencia de la matriz binaria de percepción, en el sentido que Guerrero (1997) plantea, por cuanto involucra a las relaciones de género, poder, producción y consumo y muestra la concepción de un tipo de masculinidad como la autoridad

simbólica favorecida precisamente por la percepción subjetiva y ve a la feminidad como la carencia de dicha autoridad. Además esta matriz también conlleva la observación detenida de la serie de matices que aparecen, según se alejen o se aproximen a cada uno de los elementos del binario. Así al interior de la masculinidad se establecen diferencias o diversos grados entre los mismos integrantes. Esto demuestra la dificultad y la poca coherencia que significa plantear un ideal de cómo los hombres deberían ser (Connell, 1997) o de considerarla como algo unívoco.

En el binario de género como campo de fuerza se visibilizan las diferencias, muchas de ellas van más allá del plano biológico y se extienden hasta los territorios de lo simbólico. Tanto la masculinidad como la feminidad, cada uno como componentes se convierten en un campo simbólico de poder y disputa. La masculinidad se constituye, entonces, en el conjunto donde se tejen relaciones de poder entre hombres y hombres tal como es el caso en esta investigación y entre hombres y mujeres. El ejercicio del poder en dichas relaciones cumple una finalidad organizativa y reguladora de la sociedad, pues valida y naturaliza posiciones de dominio aún cuando ellas delaten conflictos, contradicciones, desigualdades, etc. Esto permite entender la posición de varios autores que coinciden en señalar que existe una manera de la masculinidad que se erige como norma y se convierte en hegemónica (Connell, 1995; Troya 1995; Valdés y Olavarría, 1997; Andrade, 2001; Viveros, 2002; Kimmel, 2008):

...en cada sociedad y en un determinado periodo histórico existiría una forma de masculinidad que ocupa la posición hegemónica, en tanto ha convencido a la mayor parte de la población de su validez; organiza a la sociedad en formas que aparecen normales y naturales (Troya, 1995: 69).

La segunda entrada a esta discusión aborda los conceptos de hegemonía de Gramsci que han sido retomados por Williams (1997) para el campo del análisis cultural y de Connell (1987) para el de las masculinidades. El proceso hegemónico señala que existe permanentemente relación entre lo dominante y lo subalterno. Lo dominante constantemente debe atender las demandas de lo subalterno para poder mantenerse como tal. En el campo de las masculinidades, la hegemonía resalta la existencia de una forma de masculinidad dominante y de otras masculinidades subordinadas. A pesar del poder que consagra a esta masculinidad, su carácter hegemónico no es absoluto, por lo que continuamente debe entrar a negociar con las otras masculinidades. Esta característica hace que el concepto y definición de hegemónico cambie de un lugar a otro, de un tiempo a otro y no responda a un tipo ideal universal y tampoco sea estático; no obstante, la

masculinidad hegemónica guarda concordancia con las peculiaridades imperantes y con las condiciones económicas, sociales, étnicas de una época determinada y del lugar específico donde se ubique (Kaufman, 1997).

La disputa al interior de la masculinidad, entre lo dominante y lo subalterno, pone en evidencia que los hombres no son los dueños de ese poder simbólico que les atribuyó el sistema de género imperante al momento de nacer biológicamente como tales. La correlación de fuerzas, tensión y conflicto de la masculinidad no solo involucra a lo dominante y lo subalterno, sino que requiere la conciliación entre lo dominante en sí mismo. La masculinidad dominante presenta a “un hombre en el poder, con poder, de poder” (Kimmel, 2008: 24) que necesita, sin embargo, al interior de lo hegemónico ser aprobado y aceptado.

A pesar del carácter de las continuas críticas a las que se ve sometida la masculinidad hegemónica, como unidad de análisis sigue conservando su utilidad, pues como señala Andrade, lo dominante visto como relacional muestra las contradicciones que se da tanto en las identidades como en las prácticas cotidianas (Andrade, 2001). Son justamente esas instancias las que muestran las fisuras de las masculinidades (Valcuende del Rio y Blanco López, 2003) lo que demuestra que no se constituye una hegemonía lograda.

Por lo tanto, este trabajo aborda la masculinidad, en general, como un campo de fuerza, en permanente disputa, negociación, evolución, limitada y determinada por un sinnúmero de condicionantes culturales, sociales, históricos, geográficos, etc., pero además influenciada por discursos dominantes acerca de la forma vigente de ser hombre.

El chulla como una forma de la masculinidad dominante se ve continuamente obligado a sostener luchas que ratifiquen el ejercicio de esa masculinidad, estas disputas operan en el ámbito real y en el simbólico.

Género, paternidad y *performance*

La tercera entrada que se ensaya en esta tesis, se relaciona con los comportamientos y prácticas que entraña constantemente la actuación de ese grupo específico de hombres denominados como chullas quiteños. Parafraseando a Goffman (2001) la masculinidad entendida dramaturgia exige del chulla la utilización de una serie de recursos, maneras particulares de actuar, utilizar los instrumentos verbales y lingüísticos, un escenario, una forma peculiar de pensar sobre su desenvolvimiento cotidiano. El *performance* como paradigma analítico presta atención a la

presentación y actuación cotidianas de ser hombre del chulla en tanto construcción pública y por qué no, privada también. Goffman (2001) manifiesta que el individuo se expresa voluntaria o inintencionadamente de una manera con el único objetivo de impresionar a los otros por lo que a cada momento en la cotidianidad acude a una teatralidad.

La masculinidad dominante como aspecto cultural se halla en cuestionamiento constante, no solamente por acción de sus detractores u opositores sino por sí misma. Por tal razón necesita la aceptación, debe ganar el respeto, hacerse acreedora de la autoridad, la admiración y la alabanza de los otros, a través de demostraciones constantes de sus valores masculinos, por lo que dicha exhibición es entendida en este trabajo como actuada.

Andrade (2001) propone al *performance* como la dramaturgia en el plano metodológico donde la atención no debe centrarse en los personajes y su despliegue total e íntegro en relación a hechos concretos exclusivamente, sino en todo el conjunto de los hechos circundantes y en todos los detalles que construyen la significación de la masculinidad (Andrade, 2001: 115). Esta recomendación de tipo metodológica ha sido ampliada en este trabajo, pues su tratamiento no se limita a un evento concreto sino a toda la trayectoria e itinerario recorridos por el chulla en la ciudad.

El chulla como masculinidad dominante pone en escena una representación pública. Esta actuación necesita de la interacción con un público, una coreografía y un guion que lo actualiza frecuentemente, por ejemplo, cuando verbaliza sus anécdotas vividas. La interacción con el público producirá un séquito de adoradores, festejadores, chullas o no, que refrenden sus actuaciones, pero además se convertirán en el medio donde el chulla mida su audiencia e impacto. También requiere de espacios, de escenificación donde pueda mostrar su corporalidad y su subjetividad.

El guión del *performance*, en la vida cotidiana ha sido determinante en los discursos y las construcciones de identidad de género, que se evidencia en representaciones y manifestaciones públicas que a cada momento hace como, por ejemplo, la capacidad de actuación de la que hace gala al momento de jugar una broma o de relatar una anécdota.

A pesar de que en el guion del chulla hay una recurrencia a valores, prácticas que le dan estabilidad, etc.; en el *performace*, este guion, sin embargo puede desestabilizarse, por efecto de la performatividad (Butler, 2006) que plantea que existe un compulsión que se genera por la citación de la norma de género que la mayoría de las veces tiende a desajustarse, sobre todo

cuando en su actuación muestra una cierta exageración de conductas consideradas como *no del todo pertenecientes a*, en el caso de los hombres no del todo masculinas o por desafiar y desestabilizar el poder que el sujeto de poder, en este caso el chulla muestra en la actuación. En las bromas, por ejemplo, siempre aparecen elementos desestabilizadores de la masculinidad.

De acuerdo a Joan Scott (1993) el género alude a la expresión primaria de las relaciones de poder “que adjudica significados a las diferencias corporales asociadas a los órganos sexuales y a los roles reproductivos” (Fuller, 1997: 18), a la intervención social que realiza clasificaciones de lo que es apropiado para las mujeres y para los hombres, a la construcción social, cultural e interpretativa de los procesos efectuados por las instituciones educativas que intervienen en la construcción de una representación.

El género puede ser considerado como *performance* ya que es la ejecución del conjunto de comportamientos y valores sociales relacionados y determinados por la diferencia sexual. Por lo tanto el *performance* delata las relaciones de poder, y a partir de él se pueden visualizar la significación de las desigualdades sociales que siempre se hallan en función de las representaciones del binario. A través del *performance* se muestra como los individuos son o deben ser y hacer siempre en concordancia primaria con su cuerpo (Lamas, 1995; Scott, 1996; Fuller 1997) y su sexo biológico.

El *performance* del chulla también puede ser analizado en el ámbito doméstico. Aquí la construcción y definición de la identidad masculina sufre tensiones y conflictos y por lo tanto su actuación se ve afectada. En él el ejercicio de la paternidad, por ejemplo, involucra tensiones, conflicto y negociación, sobre todo porque se encuentra intervenido también por cruces de clase, capital, ámbitos en los que se desarrolla y confronta, etc.

El ejercicio de la paternidad necesita un sinnúmero de condicionamientos. La contradicción y anulación entre las esferas público/privada tal como las ha vivido el chulla, han dando lugar al apareamiento de “paternidades esquizofrénicas” como las ha denominado Tosh, a este ejercicio paterno disociado. Todo el *performance* que requiere la vida pública le resta significación a los eventos y requerimientos de la vida privada. La paternidad como práctica relacional entre sus actores y sujetos se constituye, por tanto, en un campo de poder, fuerza, disputa y negociación.

Basta apreciar en el proceso de socialización entre padres e hijos las diferencias significativas y ambiguas que subyacen debido a la posición que ocupa ya sea dentro o fuera de

la familia, el hogar o el matrimonio. Estar dentro o fuera marca la construcción de las subjetividades e impone el manejo de un papel o guion de representación (Goffman, 2001; 27).

El ejercicio cotidiano de la paternidad demanda un *continuun* de exigencias y negociaciones que frecuentemente entran en contradicción y conflicto con lo que Bourdieu denominó el estilo de vida, que en este caso se aplica al del chulla quiteño, principalmente debido a que su desenvolvimiento lo hizo en el ámbito público lo que origina una marcada ausencia en el hogar por lo que las funciones de la paternidad fueron delegadas a otros miembros. Sin embargo, esta compleja etapa de paternidad ausente o esquizofrénica responde a un periodo del ciclo vital del chulla, luego la paternidad se reafirma con el intento de reestructurar las relaciones afectivas perdidas entre padres e hijos, dando paso al ejercicio de una paternidad tardía. Los chullas de esa manera han dado una nueva agencia a sus vidas y han orientado sus esfuerzos hacia la conciliación de los afectos.

Machismo, poder y violencia

La modernidad en nuestras ciudades acarrió, entre otras consecuencias, una disociación entre masculinidad y poder lo que generó el surgimiento de una identidad de ser hombre compleja y contradictoria (Archetti, 2003; Montesinos, 2007) más aún, si se suma el hecho de que esta etapa representó la oportunidad para el ejercicio del poder por parte de las mujeres en muchos campos, de manera especial, en el educativo con la formación de las maestras (Goetschel, 2007). Al interior de los hogares se vivió estos desplazamientos de poder que dio inicio al proceso de cuestionamiento de prácticas masculinas consideradas como machistas.

La violencia masculina ha sido concebida como una expresión contradictoria que al mismo tiempo que fortalece la masculinidad muestra su debilidad, deterioro, limitación y lo pobre de sus alcances (Kaufman, 1997), pero que sin embargo se halla presente en el ámbito doméstico y público como una forma de relación del *performance* del poder y es “considerada como una relación socialmente instituida... en tiempo y espacio que se manifiesta a través de una infinidad de formas por lo tanto es necesario mantenerse atentos a la mutabilidad de este concepto ya que involucra una variedad de aspectos, como por ejemplo, el simbólico (Ramírez, 2005; 27).

La violencia en el ámbito doméstico conserva un carácter relacionante con otros aspectos de la vida cotidiana como la desigualdad, el poder, el machismo, etc., que generalmente se ven

influenciados por cuestiones como la clase social (Andrade, 1997) que en última instancia define los matices y la mimetización de la violencia con el poder masculino. Dicho poder como una práctica del *performance* político lleva a entender cómo operan las restricciones, los vetos especialmente del ingreso de otros hombres y de mujeres a los lugares de homosocialidad masculina como parte de esa disputa donde se pone en juego las identidades, imágenes, percepciones, sentidos, actitudes, valores, palabras y prácticas como una permanente construcción de género (Larrea 1999).

El poder masculino se relaciona con el machismo y el patriarcado. Como el poder masculino se halla direccionado desde todas partes, toda la organización social oprime a la mujer y se apropia de su fuerza productiva, reproductiva y de su cuerpo, ya sea porque acude a recursos persuasivos o a través del uso de la violencia. Las instituciones sociales velan porque se refrende este poder masculino. De esta manera aparece el machismo como la expresión práctica de ese poder. Es la representación de la fuerza represiva y opresora que se halla en el ambiente privado como la familia, el hogar o el matrimonio y también en el externo, en el ámbito socio-cultural. El machismo ejercita prácticas de dominación, de estigmatización o de violencia simbólica. En el caso del chulla quiteño se evidencia en sus prácticas y acciones cotidianas y en su escala de valores. Dan evidencia de ello el trato dado a las mujeres en tanto como esposa, amante, pretendiente, etc. y las acciones frente a los otros hombres a través de la injuria, la presunción, la jactancia sexual, etc.

Lo étnico racial

La sexualidad masculina tiene en la vida de los hombres singulares características que van desde la expresividad verbal cargada de referencias reales o imaginarias, a la acumulación de cuerpos femeninos. La presencia de un hombre hipersexualizado inaugura una franca competencia entre hombres, donde el guión de la acumulación de la masculinidad premia al hombre sexualmente más activo (Fuller, 2001: 31) y desprestigia a aquel cuya sexualidad se limita al orden doméstico o que conlleva valores considerados como conservadores. Todo este *performance* público de ser hombre recurre a estrategias prácticas entre los mismos hombres aún cuando se hallen mujeres de por medio. La injuria, la provocación o la homosocialidad (Andrade, 2001; 17)²² contribuyen

²² Andrade parafrasea a Sedgwick en el uso de la noción de homosocialidad y la plantea como una tensión entre el deseo de establecer relaciones entre hombres y la conservación del orden heterosexual como marco dominante (Andrade 2001; 116). Viveros por su lado, amplía el significado de uso de esta noción y asume la homosocialidad

a ese reposicionamiento jerárquico de la masculinidad basada en el reconocimiento a su naturaleza viril o conservadora.

A la construcción, producción y reproducción de la masculinidad que entra en funcionamiento de esa manera se añaden inevitablemente criterios étnicos que reconocen en la masculinidad blanco-mestiza una forma predominante que actualiza a todo el sistema de ordenamiento de la masculinidad con respecto a las otras masculinidades. Los criterios que entran en juego son los de diferenciación, jerarquización y clasificación según el guión establecido desde la masculinidad dominante. Este guión de masculinidad se basa en el factor étnico, fue el primero que se posesionó en el imaginario social y dominó como modelo de masculinidad civilizada y con poder y atribuciones civilizatorias, para dicho cometido las elites pusieron en circulación significados y discursos que buscaban eliminar simbólica o físicamente la barbarie representada en masculinidades construidas lejos de la ciudad, tales eran la masculinidad de los chagras, de los indígenas que habían empezado a poblar los barrios suburbanos de la ciudad y que subsistieron hasta la campaña de 1988 donde aparece nuevamente el chulla encabeza un proyecto civilizador.

Este criterio étnico racial pone en un proceso de naturalización, reproducción y legitimidad la dominación de un tipo de masculinidad. A este criterio se suman aspectos como la relación con los medios de producción, la ubicación en el espacio social, el origen geográfico, etc. Todos estos elementos serán concluyentes a la hora de la percepción que el imaginario ponga en acción y estigmatice a unos hombres y su masculinidad, a través de códigos, símbolos y también a las mujeres.

En el siguiente capítulo de esta tesis se hace un repaso histórico a las circunstancias que rodearon la construcción de esta figura como es el chulla quiteño. Muestra aspectos algunos aspectos que han sido dejados de lado durante mucho tiempo y que han creado un vacío en su interpretación, aquí han sido retomados como apoyan una nueva línea de interpretación del chulla.

como las relaciones sociales establecidas entre personas de un mismo sexo, ya sean relaciones entre hombres o relaciones entre mujeres (Viveros, 2002; 56)

CAPÍTULO III

LA GÉNESIS DE UN HÍBRIDO²³

A lo largo de este capítulo pretendo mostrar una serie de escenarios donde el chulla quiteño hace su aparición, pero especialmente intento mostrar aquellos giros o pasajes donde adquirió esa presencia ambigua que ha durado hasta los actuales momentos. Parto del planteamiento de Foucault (1992) que habla de la necesidad de hacer hincapié en ciertos momentos de quiebre donde se puede apreciar la instauración de las maneras de percibir y juzgar los hechos. .

Aunque Jurado Noboa (2009) en un recuento que hace acerca del chulla quiteño ubica su presencia remitiéndose a la figura del pícaro español, desde más o menos 1700 como parte de la conquista; en esta investigación plantea como punto de partida el dato impreso, la mención escrita de la palabra chulla.

Para situar este marco de referencia del chulla quiteño debemos remitirnos a los antagonismos entre las clases dominantes luego de la independencia. La eliminación de las trabas para el comercio exterior permitió un rápido apogeo de una elite agroexportadora de la costa, mientras que en la sierra la economía continuó sumida en un encierro y limitada a la producción y consumo domésticos (Cueva, 1997). Este desigual crecimiento económico desencadenó dinámicas comerciales y dimensiones sociales poco conocidas en nuestro medio. El proceso de industrialización, por ejemplo, implicó dinámicas de mercado, conformación y consolidación de un sector financiero, el apareamiento de una masa asalariada, etc. y un distanciamiento entre la naciente burguesía y la iglesia. Estos giros históricos contribuyeron a que la clase dominante de la sierra perdiera el protagonismo económico aunque siguiera conservando el poder político e ideológico sostenido, en gran parte, por acción y apoyo de la iglesia. Por tal razón, las confrontaciones por el dominio del control político del estado se hicieron cada vez más evidentes entre la burguesía y la clase dominante de la sierra.

Los odios y rencillas cultivados alrededor de esta pugna se extendieron y coparon todos los rincones de la vida cotidiana. Poco a poco fueron involucrando a todos los habitantes sobre

²³ Es preciso hacer una breve justificación acerca de la utilización del término híbrido en lugar de la categoría mestizo. La conveniencia de la utilización de este término en este trabajo radica en que las estructuras sociales existentes dentro del mestizaje en Quito se combinaron para generar una nueva estructura que mezcla lo popular con lo culto. José María Arguedas apuntaba con asombro la inminente desaparición de vertientes puras (referido por Kingman, 1994).

todo de los focos urbanos de Guayaquil y Quito. Precisamente en este momento que aparece la primera mención escrita de la palabra chulla, Barrera-Argawal (2011)²⁴ plantea que en 1888 Llorente, un diplomático español bastante desprestigiado en toda latinoamérica se radica en nuestras tierras. Él es el que utiliza por primera vez en un escrito la palabra chulla para referirse a los jóvenes de ese entonces, opuestos al conservadurismo tradicional afín a la iglesia. Dichos jóvenes critican el beneplácito con que fuera recibido este diplomático por una parte de la intelectualidad conservadora criolla. Esta posición los lleva a un enfrentamiento directo con el diplomático. Él (Llorente) describe a los jóvenes que frecuentan La Plaza Grande como “a los que llaman chuya-levas, los cuales puede decirse que son el descrédito de su país”. Ese grupo de jóvenes pertenecían a lo que se denominó por esa época la Banca Tigre, jóvenes de clase media para arriba que dieron origen al Mentidero de la Plaza (Andrade R, 1993).

Richard (1986) en sus investigaciones bibliográficas encuentra que José Modesto Espinosa, un declarado conservador, escribe un artículo fechado alrededor de 1889 cuyo objetivo es “zaherir a los jóvenes liberales de clase media” (*Ibíd:* 246) y cita que Modesto Espinosa los nomina como “famélicos y arrogantes, enamoradizos y juerguistas, liberales radicales, partidarios de Eloy Alfaro” (*Ibidem:* 247). Luego, alrededor de 1900, aparecerían, según Richard, las menciones al chulla en otros textos como la *Banda negra*, de Fidel Alomía y *Pacho Villamar*, de Roberto Andrade.

1895 es el punto de quiebre del conflicto entre conservadores y liberales. El poder político concentrado en manos de los conservadores y de la iglesia pasa, a partir de ese momento pasa a manos de los liberales. Desde el nuevo gobierno se impulsa muchos cambios, entre ellos, la educación laica y gratuita. La revolución hizo que “ciertos grupos, que hasta entonces y por sí mismos muy poco habían pesado en la vida nacional empiecen a ser parte de la historia” (Cueva, 1997: 19). Cueva se refiere, por ejemplo, al grupo de las mujeres que habían sido reducidas en épocas anteriores al ámbito doméstico y que a partir de ese momento se les abrió paso a un sinnúmero de oportunidades de acción en la vida pública (Goestchel, 2007), más en teoría y como postulado, que realmente en la vida cotidiana; y a los mestizos específicamente, que “habían integrado una categoría étnica cuyo status ni siquiera fue definido con precisión” (Cueva, 1997: 19).

²⁴ María Helena Barrera Argawal, premio Aurelio Espinoza Pólit, 2010, ha compartido generosamente estos hallazgos.

Así también la Revolución Liberal había permitido que ciertos liberales “*chulla-levas*”²⁵, se apoderaran de ciertos cargos en la administración pública (Richard, 1986: 248) y el ascenso vertiginoso de una clase media politizada sin que las estructuras del estado se hubieran modificado. Este efecto se hizo sentir en la vida cotidiana, el cierre del Colegio San Gabriel, por ejemplo, implicó que los sectores conservadores tuvieran que buscar obligatoriamente un centro de enseñanza para sus hijos, muchos de ellos optaron por instituciones laicas recién fundadas como el Colegio Nacional Mejía, que sin embargo solo significó un cambio de lugar, pues siguió reproduciéndose el *habitus* dentro de este lugar, la ideología conservadora precedente continuó subsistiendo. No llama la atención, entonces, el hecho de que la masacre de Eloy Alfaro haya respondido a un contubernio entre conservadores y haya involucrado a un sector advenedizo de la sociedad como los liberales burgueses y que ellos como parte de este proyecto de vanguardia retomaran elementos de la tradición para construir y consolidar su subjetividad.

Así el chulla quiteño habría mutado, ya el pinganilla, por alusión al petimetre, el chulla-levita o chulla-leva como representación despectiva del hombre urbano liberal habría quedado atrás, muy a pesar de que en el imaginario se continuara conservando la representación de un inicio; “Darío Guevara lo define como la persona de clase media que adopta aire, pose y apariencia distinguidos, presentándose bien trajeada y elegante, cual si fuera sujeto rico y de selecta posición social, esto es el que no tenía pero aparentaba” (Guerrero, 2001); precisamente a esta complejidad no solamente política sino económica se suman el conflicto étnico-racial y el conflicto entre modernidad y tradición todo esto se sumará como determinante en la construcción de este híbrido.

La complejidad y riqueza analítica que motiva el chulla quiteño radica precisamente en que todos los enfoques que se han hecho de él, lo reducen a un significado de clase circunscrito a su historia o a la simplificación de una sola condición.

El hispanismo

Sin duda alguna uno de los sentimientos de mayor relevancia y significación en la vida de los chullas, así lo han pregonado ellos mismos y aquellos que compartieron su vida, es el amor hacia

²⁵ El término “*chulla-levas*” definía a ciertos individuos arribistas y pretensiosos cuyas aspiraciones iban más allá de los anhelos exclusivamente económicos.

la ciudad. Este lazo simbólico une el pasado histórico de la ciudad y el espíritu glorioso de la herencia hispánica (Capello, 2004) con el sentimiento espacial urbano. Surge así el hispanismo con la pretensión de resarcir la imagen y la importancia de la ciudad capital, que desde la revolución y los gobiernos liberales había ido perdiendo paulatinamente, pues ya no era el eje del poder político que antes había esgrimido.

El proyecto discursivo del Quito como centro de la nación españolizada surgió por varias razones, entre ellas, como una clara forma de oposición a la aspiración modernizadora del proyecto liberal, pues la categoría de tesoro o joyero había sido ampliamente reconocida y ponderada en el mundo estaba desapareciendo, pero también se erigía como freno a la expansión del discurso indigenista que cobraba impulso y fuerza particularmente a raíz de la publicación de *El Indio Ecuatoriano* de Pío Jaramillo Alvarado (*Ibidem*: 56), que con dicha obra su autor “se convertiría en el portavoz de la causa de los indios ante los tribunales de la nación” (Avilés Pino, 2004).

Según Capello (2004) el sueño hispanista se halla enmarcada dentro de un proceso global. España también se hallaba sumida en una necesidad de recomponer y posicionar su imagen ante Europa y coyunturalmente todavía el espíritu hispano de las repúblicas del continente americano sigue latente y goza con la adhesión y admiración de varios sectores de seguidores. Esta oportunidad es aprovechada para desplegar acciones de reconquista de las antiguas colonias, por ejemplo, la invasión a las islas del Perú.

En este proceso de hispanización participan la Real Academia de la Lengua cuya participación fue vital para solucionar algunos *impasses* diplomáticos a través del ofrecimiento de puestos a intelectuales americanos destacados. De esta manera se estrecharía los vínculos de fraternidad entre España y América saldando cualquier deuda pendiente, pues este reconocimiento simbólico significaba obtener un lugar al interior de la madre patria.

Fue precisamente alrededor de esa época que Quito mostró apertura, para acoger al diplomático español Llorente que había sido expulsado de otros países del continente. Él en nuestro país encontró refugio y fue muy bien recibido por parte de intelectuales de la talla de Honorato Vásquez, por ejemplo, que vieron en este hecho un halago. Sin embargo, esta fraternidad sí tuvo tropiezos, por mencionar uno, García Moreno pretendió anexar el Ecuador a Francia. Pero la conformación de la Academia Ecuatoriana, en 1874, tres años después de que se

oficializara la invitación por parte de la Real Academia Española, subsanó cualquier tipo de desavenencia y resentimiento.

Entre las estrategias para consolidar el espíritu hispano estuvieron las celebraciones, por ejemplo, del día de la raza. Los discursos en los que se elogiaba la presencia española en América siempre estuvieron al orden del día. Así la exposición realizada en Sevilla en 1929 testimonia ello. Sin embargo, 1934 aparece como uno de los momentos clave, pues se trataba de “la conmemoración del cuarto centenario de la fundación de la ciudad que fuera concebido como parte esencial de la institucionalización del hispanismo como identidad cultural” (*Ibidem*: 56).

Uno de nuestros más grandes hispanófilos de nuestro país, el Arzobispo de Quito, Federico González Suárez, con su obra celebra lo que España significaba para el espíritu de las tierras americanas. Pero la contribución mayor de González Suárez fue precisamente en que inspiró a toda una generación de jóvenes políticos e intelectuales críticos del liberalismo. Entre ellos se destacan Jacinto Jijón y Caamaño y Carlos Manuel Larrea. La labor de difusión ideológica realizada por González Suárez fue institucionalizada a partir de la constitución de la Academia Nacional de Historia, a través de ella se propagarían ideas destinadas a ensalzar a la ciudad colonial, hispanista como centro administrativo y espiritual de la nación dentro de un concepto moderno y progresista.

Las fiestas de Quito

El hispanismo como ideología había pasado a formar parte de la cotidianidad de Quito e iba permeando todos los estratos de la vida capitalina. Todo lo que rememoraba lo hispano era visto positivamente y como símbolo de distinción. En el orden práctico los usos del hispanismo iban desde la ocupación y veneración espacial hacia los monumentos arquitectónicos, la admiración de representaciones simbólicas que alababan lo castizo como la reivindicación de apellidos conjuntamente con la usanza de elementos propios de la cultura española, hasta la devoción por la pureza castiza en el uso del idioma.

A decir de Bustos (2007) Quito hasta 1959 tenía tres celebraciones cívicas propiamente dichas: el 24 de Mayo que consistía en un desfile militar en honor a la Batalla de Pichincha, el 10 de Agosto y el 6 de diciembre, esta última celebraba la Fundación española de la ciudad con una sesión solemne, oficializada desde 1934, año en que se conmemoraba los cuatrocientos años de la fundación. Las otras festividades eran de carácter religioso entre las que cabe destacar los

bailes de los enmascarados por el día de inocentes y las mojadas por carnaval. Para las fiestas cívicas, además de los desfiles, se tenía por costumbre organizar exposiciones conmemorativas, cuya importancia radicaba en las cercanías a festejos mucho más grandes como los centenarios.

Para los festejos de la ciudad, a partir de 1934, no fue significativo el hecho de rendirle homenaje como ciudad moderna sino más bien sacar a relucir su herencia hispana (Capello, 2004). Este objetivo se mantuvo durante mucho tiempo e inclusive se creía que era así en la actualidad, pero como se demostrará más adelante, no es exacta esa aseveración. Una muestra de esto es que siempre hubo sectores cuestionaran la fecha para este tipo de festejos, puesto que cabe la duda acerca de la verdadera fecha de la fundación. Algunos criterios apuntan a que esos festejos no corresponden a la fundación de Quito, pues según fuentes historiográficas, la fundación de la ciudad de Quito se habría efectuado entre el 15 y el 28 de agosto de 1534, por lo tanto se estaría festejando un hecho falso. Según el registro, lo que sucede el 6 de diciembre es el llamado que hace Sebastián de Benalcázar por orden de Diego de Almagro para que alcaldes y regidores se instalen en la villa de San Francisco de Quito y “asuman sus funciones y comiencen a administrar la villa” (Paz y Miño, 2011).

Las proximidades a los festejos del cuarto centenario de la fundación generaron polémicas sobre todo por el asunto no saldado de la fecha de fundación. En tal situación, en una sesión del Concejo Municipal, Jacinto Jijón y Caamaño expresa en su intervención “la dimensión simbólica y política de la conmemoración” (Bustos, 2007: 111). Jijón y Caamaño hábilmente señala que si bien el 6 de Diciembre no corresponde a la fundación, esa fecha es el inicio de una nueva cultura civilización y “nacionalidad” (*Ibidem*:112) y desde ahí en adelante, aunque en las celebraciones hubieran otros actos por los festejos de la ciudad siempre habría de por medio algo que hiciera alusión a la razón hispanizante²⁶.

Un aspecto que es necesario tener presente es el hecho, como menciona Bustos (2007), de cómo se construyó y consolidó social, cultural y políticamente la memoria pública y cómo ésta se difundió, pues nació desde un sector político que armó y legitimó la celebración de las fiestas de Quito, sobre todo por el hecho de cómo se divulgó a través de los desfiles alegóricos de las instituciones educativas donde todas resaltaban la memoria hispanista, “ratificando el orden

²⁶ El Municipio colocó placas conmemorativas en la fachada de La Catedral, con los nombres de los 240 “vecinos” españoles que inicialmente poblaron la ciudad (Capello, 2004: 69). Dentro de los rituales observados en la visita de campo que los miembros de *La colonia de quiteños residentes en Quito* utilizan, está llamarse vecinos, tal como lo hicieron los primeros habitantes y que por derecho directo les corresponde.

social, consolidando simbólicamente una visión sobre los derrotados y el lugar que la historia les asignaba.” (Bustos, 2007: 130). La apreciación que sostengo es que solo a partir de este momento el chulla quiteño se consolidó como representante de ese pasado y que como híbrido social reposicionado se convirtió en representante de la clase hegemónica que las clases subalternas asimilaron dicha representación y que le añadieron constructos de su imaginario y de su presencia.

En 1988 continúan los cuestionamientos a los festejos. Como parte del Concejo, Rafael Quintero propone en una sesión, la celebración de la ciudad para el 1 de diciembre, fecha en que se recuerda la resistencia de Rumiñahui²⁷. Sin embargo, a pesar de la fuerza y la influencia de los argumentos esgrimidos, posiciones como éstas no han trascendido y en su lugar se ha institucionalizado el llamado al festejo de la ciudad por parte la ideología hegemónica hizo.

Por su parte, la historia popular recoge que allá por 1959, un grupo de amigos, una noche de noviembre mientras disputaban una partida de cuarenta discutían acerca de las celebraciones de Quito. Se pusieron de acuerdo en utilizar algo parecido al albazo quiteño, para festejar a Quito. Así nació la serenata que se efectuaría en las noches del 5 de diciembre, cuya finalidad era escuchar o música ecuatoriana²⁸ para homenajear a la ciudad²⁹.

La idea de ese festejo había sido propuesta por César Larrea, periodista de Últimas Noticias y los integrantes del dúo Benítez y Valencia. Solo dos años después se pudo ver gran cantidad de grupos cantando en las calles frente a las ventanas de jóvenes quiteñas. Los grupos de mayor trayectoria cantaron en las plazas más importantes de la ciudad a las que la población se había dado cita en forma masiva.

Uno de los ritmos populares que resalta este momento cotidiano y que muestra el poder ideologizante del festejo es el pasacalle el "Chulla Quiteño"³⁰ compuesto por Alfredo Carpio

²⁷ Debate que nuevamente se ha abierto en diciembre de 2011 cuando la Ministra de Cultura Erika Silva en una entrevista en Telerama “volvió a criticar que la sesión solemne de Quito sea en el día de la fundación española (sic) y no en el de la resistencia de Rumiñahui, el 1 de diciembre”.

²⁸ 2011. Se ha programado un concierto denominado Quiteñadas con la misma finalidad: celebrar a Quito con música nacional. Uno de los concertistas es Humberto Jácome, uno de los fundadores de *La colonia de quiteños residentes en Quito*.

²⁹ Con el paso del tiempo esto daría paso a un baile generalizado que se toma las calles de la ciudad los primeros días de diciembre; los ritmos de moda son los que imponen su pulso... al igual que los equipos de tecnología han reemplazado a los músicos en vivo de antaño y la finalidad de la fiesta es motivar un consumo exacerbado especialmente de alcohol.

³⁰ En la *Enciclopedia de la música ecuatoriana* de Pablo Guerrero refiere que *El chullita quiteño* o *El chulla quiteño*, es un *pasacalle* del compositor de música popular Alfredo Carpio (1909 –1956), compuesta hacia 1946, en Patate. “Como Carpio no sabía música, era el compositor graduado en el Conservatorio, José Ignacio Canelos,

Flores, en 1946, e interpretado por Luis Alberto Valencia. Desde ese entonces se ha consolidado como la representación del festejo de la ciudad y cuyas líneas dicen:

Yo soy el chullita quiteño,
la vida me paso encantado,
para mí, todo es un sueño
bajo este mi cielo amado.
Las lindas chiquillas quiteñas
son dueñas de mi corazón,
no hay mujeres en el mundo
como las de mi canción.
La Loma Grande y La Guaragua
son todos barrios tan queridos de mi gran ciudad;
El Panecillo, la Plaza Grande
ponen el sello inconfundible de su majestad.
Chulla quiteño, tú eres el dueño³¹
de este precioso patrimonio nacional;
Chulla quiteño, tú constituyes
también, la joya de este Quito colonial

Este pasacalle se ha conservado como insignia del habitante de Quito hasta el presente. El consumo y práctica (de Certeau, 1986) de un producto, en este caso cultural muestra esa influencia mutua y simbiosis entre la clase hegemónica y las clases populares. Su vigencia, en este caso puntual, delata que los elementos propuestos por el espíritu hispano acerca de la ciudad no han desaparecido, sino que al contrario se han enriquecido y fortalecido a través del uso y repetición que hacen de él las clases, no solamente la popular. Sin embargo en esta canción

quien le transcribía las obras a partitura. Por su parte, familiares del compositor Luis Alberto Valencia (1918-1970) reclamaban para sí la autoría del texto; cuando se hizo el registro discográfico para la marca Ecuador constaba como coautor el nombre de Valencia en el marbete del disco.

³¹ En un intento de recurrir a la nostalgia como instrumento político, uno de los candidatos a Alcalde de Quito, que quedó segundo en las contiendas electorales de 2009, utilizó uno de los versos del pasacalle como *slogan*, para su campaña.

aparecen planteamientos que regocijan a la elite quiteña y que hacen referencia a la idea de patrimonio y su asociación con un joyero, tal como años atrás, José Gabriel Navarro, en 1924, había definido e ideado a Quito.

El festejo popular fue reconocido por el Municipio, en 1964. Así mismo, oficializa el Desfile de la Confraternidad.

Vale la pena recordar también que en noviembre de 1942 se institucionaliza la condecoración “Orden de honor de caballeros de Quito Sebastián de Benalcázar”, dicho galardón sería entregado anualmente a los ciudadanos ilustres de la ciudad, menciones que en el presente tienen su equivalencia cuando el Concejo Municipal entrega reconocimientos a ciudadanos quiteños por contribuir al progreso y la identidad de la ciudad. Actualmente se honra con el diploma de Chulla quiteño a los habitantes destacados de la ciudad³².

Hasta el momento, la intervención ideologizante emprendida por las elites no ha concluido. En 1988, la alcaldía lanza una campaña de urbanidad en la que se utiliza a Don Evaristo como guía espiritual de actitudes y comportamientos urbanos. En uno de esos *spots* se hace alusión a los festejos de la ciudad, y don Evaristo hace un llamado conciliador para celebrar a Quito sin olvidar la contribución indígena en la constitución de la nacionalidad quiteña y ecuatoriana, que a partir de la década del 90 adquiere mucha influencia y toma fuerza pues el discurso indígena llega a consolidarse en de amplios sectores de nuestro país³³, pero valorando la contribución hispánica.

Quito como patrimonio

Capello revive el impacto que tuvo la visita del pintor italiano Giulio Aristide Sartori quien impresionado por la arquitectura colonial quiteña la comparó con “un joyero precioso que testimoniaba los vínculos entre el Ecuador con la latinidad renaciente”. La simple admiración pasó a ser una exhortación para que la ciudad no sucumbiera ante la modernidad y perdiera su encanto sino que guardara “para el porvenir puro de la América Latina la forma y el alma con las que nació”. Tal discurso caló hondo en varios intelectuales quiteños, entre ellos, José Gabriel Navarro, un historiador del arte que no veía en la belleza de la ciudad solamente su contenido

³² Son tres quiteños que han recibido tal mención: César Larrea, Roque Maldonado y Marco Chiriboga Villaquirán

³³ Spot de Don Evaristo y las fiestas de Quito en la campaña *Quito compromiso de todos* http://www.youtube.com/watch?v=yq9a7y_3IN8

artístico sino que sentía una profunda afinidad ideológica con la herencia española recreada en la ciudad (Capello, 2004: 55).

Precisamente, Navarro en su libro *Contribuciones a la historia del arte en el Ecuador* transcribe la Carta enviada por el comisario de arte, maestro Sartori al Ministro de Relaciones de la República del Ecuador, fechada el 9 de agosto de 1924. Dicho documento es el argumento ideológico que Navarro esgrime y que confirma el reconocimiento de Quito en el orbe internacional. Pero la aceptación que tuvo Navarro no fue gratuita, para entonces él era ya un connotado artista que gozaba de una gran reputación no solo en el ámbito nacional sino internacional. Como autoridad no encontró dificultades ni opositores para difundir y promocionar la belleza arquitectónica que mostraban, especialmente, las iglesias de la capital, a la vez que se constituía de una manera simbólica en baluarte de la corriente hispanista. Así nace la idea de Quito como un museo que debía ser conservado, pues era la evidencia de una riqueza que yacía en la ciudad, que no había sido valorada debidamente, y que si se la explotaba adecuadamente se revertiría en enormes ventajas en los ámbitos no solo turísticos, sino también culturales y económicas.

El discurso de Navarro era compartido por otros intelectuales de gran renombre en la época como Jacinto Jijón y Caamaño. Para ellos las contribuciones que había hecho España para el desarrollo de la nación quiteña eran enormes, y calculaban que bien manejado como proyecto Quito podía elevarse como el núcleo de la nación hispana y católica en estas tierras. Esta tesis del “Quito colonial” era algo grandioso que no encontraba parangón. No se había visto jamás tantas dotes artísticas y tan grandes como las que se exhibía en suelo quiteño. Además, la habilidad de sus artesanos y su gran capacidad de asimilación de las técnicas europeas de escultura podrían crear algo realmente único, una muestra de esto era el pan de oro que fue destinado a adornar las iglesias y que se convirtió en algo notable, pues contribuyó a darle a Quito fama y renombre en todo el planeta.

La fama y el renombre que se debían acrecentar o, en el peor de los casos preservar. Esto solo sería posible a través de acciones que precautelaran la desaparición y la destrucción de esos monumentos colosales. Por lo que las primeras acciones patrimoniales iniciaron en la primera modernidad y fueron “concebidas como estrategias de separación y de distinción” (Kingman, 2005a, 2008b). Estas acciones habían nacido de la matriz étnica que promovía políticas de intervención espacial tales como el higienismo, el ornato y otros dispositivos cuyo objetivo

básico era instaurar acciones “civilizadoras” del uso y protección del espacio en una primera instancia, para luego ir aplicando “un proceso de imposición moral y modificación de las costumbres” (Kingman, 2008: 354) acordes a la modernidad urbana. Precisamente, acciones de este tipo estuvieron marcadas por binarios de clasificación y jerarquización. Lo que era civilizado hallaba su contraparte en lo no civilizado y primitivo, etc. Este afán impulsó en la ciudad una lucha simbólica cuyos actores seguían disputando en la cotidianidad los usos sociales y culturales del centro histórico y de otros lugares que guardaban significados especiales para las clases hegemónicas. La razón de ser de estas disputas se hallaba contenido en la lógica de progreso y modernidad, pues lo moderno significaba orden, seguridad, etc.

La noción de patrimonio tuvo su origen en la intencionalidad de las elites por fortalecer el hispanismo como hito en la génesis de la nación quiteña (Kingman y Goetschel, 2005; Capello, 2004). Por lo tanto, las clases hegemónicas de la sociedad quiteña se vieron en la necesidad no escatimar esfuerzos para convertirlo en parte del imaginario y consolidarlo a través de políticas de intervención y recuperación. Estos propósitos se operaron a pesar de que la ciudad empezaba a expandirse y las elites habían empezado a abandonar el centro (Kingman, 2004). Sin embargo, estas acciones de intervención tuvieron una aceptación generalizada, pues era comprensible que Quito como “relicario hispano” necesitaba un espacio civilizado, ordenado, seguro y digno.

De esta manera, las clases hegemónicas se convierten en las autorizadas para clasificar y jerarquizar prioridades de intervención. Ellas son las que guardan los ideales del patrimonio colonial en la sangre y a través de acciones sutiles tienen la obligación de transmitirlo a la población. Así en 1962 se oficializó la primera minga de la quiteñidad, que además de preocupaciones de orden práctico como el ornato guardan en su seno un afán de vigilancia y control. La aceptación de estas acciones cotidianas fueron interiorizándose de a poco en el ideal: Quito como patrimonio.

Un nuevo concepto hace su aparición en este escenario: la quiteñidad. Bourdieu (2000) define a la *illusio* como abstracto y espíritu a los intereses que mueven la ejecución de ciertas acciones o prácticas comunes y que tiene su razón de ser en un objetivo. Justamente este concepto de quiteñidad movilizó y guió a gran cantidad de agentes que se hallaban empeñados en encontrar un sustento de base popular para legitimar la defensa de toda la ciudad, especialmente de los lugares que obligaba la tradición. La declaratoria de Quito Patrimonio

Cultural de la Humanidad, en 1978 significó la cúspide de los objetivos de toda la quiteñidad. Ideal que aún se mantiene, pues campañas institucionales continúan dándose con esa justificación.

El cambio de rumbo chulla quiteño

Ibarra (2008) cita un artículo de prensa aparecido en 1920, cuyo autor se identifica como *Un futre*. Dicho artículo catilinario sale en defensa de la clase media y reclama la atención del gobierno para ésta, ya que “vestir con decencia” es un derecho, al igual que la alimentación, la vivienda, no se diga vivir al margen de todo el confort que ha descubierto el modernismo”. Según este artículo toda la clase de empleados públicos, burocracia que estaba siendo mal tratada y mal retribuida.

Para la fecha en que se encuentra fechado el artículo, la Revolución Liberal estaba extinguiéndose. Sin embargo, continuaba latente en grandes masas de gente sobre todo de los sectores populares, la esperanza de que un proceso parecido volviera a darse, pues había la certeza de que muchas personas habían logrado satisfacer sus aspiraciones y escalar socialmente por efecto del fenómeno revolucionario.

La constatación de este progreso social se podía ver en la enorme masa de empleados de oficina que no solo estaba ubicada en la capital, sino que también la constituían los trabajadores de las dependencias del estado que se encontraban en Guayaquil como las empresas de ferrocarriles, transportes, energía eléctrica, etc., que debido a la democratización de la educación que produjo el liberalismo, habían accedido a ellas y ahora eran los nuevos administradores, técnicos y oficinistas. Todo este grupo humano se había convertido en “un embrión social independiente” que inclusive había entrado en pugna con los grupos de poder (Cueva, 1997: 26), pues había encausado la organización política de los obreros, que años después serían reprimidos violentamente.

La izquierda ecuatoriana le debe a este “embrión social independiente” o clase media su germinación y consolidación. En ella se encontraban profesores, empleados públicos, profesionales y líderes gremiales que debatían y cuestionaban su rol político. Varias de estas ideas y reflexiones se hallan condensadas en el ideario del naciente Partido Socialista.

Por esos años, 1925, la oficialidad joven que dio un golpe de estado no respondía a ningún matiz ideológico, sino como han coincidido muchos historiadores, esa oficialidad

pertenecía exclusivamente a las clases medias que se encontraban hartos de que las altas jerarquías militares siempre estuvieran en manos de los grupos de poder económico y preeminencia social (Cueva, 1997).

Hacia 1935 la crisis económica a nivel mundial tuvo su impacto básicamente en las zonas rurales del Ecuador. Se produce, entonces, una intensa ola migratoria hacia los centros urbanos. Producto de esto se evidencia un crecimiento de la ciudad hacia sus márgenes. Quito empieza a poblarse hacia el flanco sur con la conformación de los barrios obreros.

El crecimiento de la población en los focos urbanos, producto de la migración principalmente a Quito y Guayaquil provocó una infinidad de singularidades sobre todo en las interacciones entre sus habitantes. En Quito, en la vida cotidiana, la población crea un sinnúmero de jerarquizaciones para distinguir a los recién llegados de los habitantes originarios. Los rasgos étnicos y de origen o procedencia geográfica se constituyen los elementos primarios de distinción que el vulgo maneja. En base a ellos, de acuerdo a una percepción subjetiva, se les va asignando apelativos que los distinguen a unos de otros. Factores como matices en la piel, la relación simbólica con los lugares que se asocia con lo indígena o primitivo van a contribuir al momento de la clasificación. Así van a aparecer los indios, cholos, chagras, chullas como degradación de los blanco-mestizos. Pero también habrá un grupo humano que se autodefina como gente decente cuyos rasgos tienen que ver además de los aspectos geográficos, étnicos y económicos con atributos de tipo cultural, tomando este último aspecto más en el sentido de buenos modales y costumbres que como clase letrada e intelectual (Kingman, 2008). Estos rasgos identitarios que priman en las relaciones interpersonales de los habitantes de la ciudad serán actualizados constantemente en la vida diaria.

Las dinámicas de vida de la ciudad de Quito de los años 30 se retratan en las publicaciones, que el diario *El Comercio* hace semana tras semana, de artículos costumbristas de humor. Estas son narraciones humorísticas sobre todo realizadas por Alfonso García Muñoz (Ribadeneira, 2011), por ejemplo, en *Estampas de mi ciudad* se narraba las vivencias de los habitantes envueltos en un drama urbano que había empezado, pero básicamente narraban la vida de Evaristo Corral y Chancleta y su familia. A este personaje se lo describe usando un terno remendado que se convertirá en el símbolo de su contradicción, pues es alguien que busca distinción y ostentación de clase a través del uso de las prendas de vestir características de los señores o caballeros. No hay impedimento que sirva: que solo tiene un traje, no importa, que la

crisis económica no da para comprar uno nuevo qué más da. La realidad golpea la vida de chulla que cada vez se halla más pauperizada, pero, a pesar de ello, muestra con orgullo ciertos lujos y comodidades tiene una empleada para los servicios domésticos, por ejemplo. No importa que don Evaristo se encuentre desempleado. Para sobrellevar un estilo de vida de gastos por sobre sus posibilidades recurre frecuentemente a los embustes y patrañas, a cualquier cosa que le deje un dinerito para capear el temporal. Este estilo de vida graficado en las *Estampas de mi ciudad* es el reflejo de lo que sucedía en Quito por esos años. Los chullas representaban lo cimero de los estratos populares y medios o de los altos venidos a menos. Estaban sobre los indios, longos, cholos y chagras. Para seguir manteniendo tal *status* debían vivir como gente decente. Fue en esos años donde se le atribuye esa indefinición de posición social y económica que ha citado Agustín Cueva (1986: 105) (Espinosa Apolo, 2003: 46- 47).

En Quito, hasta los años 60 se experimenta un débil proceso de urbanización dado en gran medida por las líneas de conflicto étnico - regionales. Si bien es cierto que hasta ese momento se abandonó el estilo tradicional de vida ingresado a la modernidad misma, sí se puede hablar de un quiebre, tanto en lo político como en la construcción de las subjetividades, (Espinosa Apolo, 2003) aunque este nuevo periodo no llega a fraguar del todo en el espectro de la sociedad quiteña. El populismo irrumpe en el escenario convirtiéndose en una fuerza movilizadora de un sector caracterizado por una frágil condición económica y un escaso nivel educativo, pero sobre todo definido por su tipificación étnica suburbana. Este sector estaba conformado por trabajadores, pero básicamente por las clases populares urbanas cuyos intereses giraban en torno a la ampliación del consumo y la redistribución (Ibarra, 2004), beneficios éstos que la modernidad prometía y que el populismo como la panacea ofrecía ponerlos a su alcance.

Hasta ese entonces habían fracasado las propuestas de sectores emparentados con la aristocracia que no habían brindado verdaderas alternativas a las masas que cada vez crecían en las ciudades. El sentimiento que se iba acumulando era de marginación y frustración, sentir no solo dirigido hacia el sistema político que les seguía negando la tan reclamada ciudadanía, sino hacia todos los ámbitos que reproducían su exclusión.

Si el apareamiento de la figura del chulla de los estratos populares se debió en gran parte a un deseo de ciudadanía, justamente en este periodo se cierra este ciclo de la vida del chulla con la misma aspiración y exigencia mostrada en un producto cultural. La publicación de la novela de Jorge Icaza, *El chulla Romero y Flores* va a poner en evidencia este conflicto no saldado aún.

Quito con la modernización se convierte en una ciudad que congrega a multitudes de gente. Casi todos sus habitantes muestran procedencias sociales, geográficas, étnicas distintas y disímiles. Los procesos de migración interna, la expansión de la ciudad y el crecimiento económico de algunos sectores populares rompen con la definición de Quito como aldea. Esta modernidad implica una fluidez que va adquiriendo cuerpo en la ciudad, pero que va homogenizando a las clases medias y populares, sin embargo estos aspectos van constituyéndose en una amenaza simbólica. El populismo como fuerza política había empezado a tejer nexos modernizadores en lo social, lo político, lo económico con los procesos de urbanización de la ciudad.

Así el populismo de matices no solo locales sino nacionales, surge con las clases populares urbanas y su modernización. El cholo urbano que se opone a las clases medias inicia una pugna en el espacio social quiteño, sin embargo, esta confrontación dura muy poco, pues las clases medias siempre muestran apertura para que se recreen en su interior prácticas económicas no clasistas (Espinosa Apolo, 2006).

Es aquí, precisamente, en este momento y por estas razones que el chulla quiteño donde se puede percibir la mutación y un cambio de rumbo y un distanciamiento total para siempre. Muchos estudiosos le pierden la pista a partir de ahí:

Sin embargo y al mismo tiempo que el chulla adoptaba algunos de los valores señoriales, para presentarlos como su herencia cultural y servirse de ellos para simbolizar su distintividad, fue capaz de apropiarse del apelativo que lo designaba, convirtiéndose así en una realidad autodefinida. De este modo, nació una nueva identificación y por tanto una identidad cultural particular en el escenario urbano quiteño (...). Desde ese entonces, el término chulla revirtió su valoración negativa, constituyéndose en autocalificativo de un modo de vida particular en la ciudad. (Espinosa Apolo, 2003: 49)

Esta dinámica de reposicionamiento de los sujetos sociales se mueve bajo una lógica singular que Bourdieu (2007) señalaría con criterios prácticos como la necesidad de distanciarse, pues la afinidad que los une es el lenguaje de clase, la compartencia mutua de códigos comunes, lo que produce a la par el distanciamiento con otros.

En tales circunstancias surge *La colonia de quiteños residentes en Quito* para frenar estas amenazas contra la ciudad y, además reunir en su seno a quienes se sienten atados con un

sentimiento de pertenencia a la ciudad, pues poseen un afán conservacionista para no “deshacerse de los valores que los identifican con la ciudad” (Michelena, 2007; 12)³⁴.

Aquellos rasgos que distinguen a las identidades culturales, por esta época, empiezan a perder fuerza. Se pone en evidencia, por tanto, con mucha efectividad una de las características de nuestro mestizaje: el mimetismo. Desde esta perspectiva, las masas de los indios, longos, cholos y chagras se mimetizarán unos en otros siempre en función de una gradación de percepción subjetiva que no solamente está dada por patrones étnicos sino también económicos, etc. En todos ellos germina el deseo de ascender, por esta razón, no escatiman esfuerzos a la hora de lograrlo aunque tengan que mimetizarse y camuflarse a cada momento. El costo no importa, con tal de eludir “esa exclusión de tipo racial y económica que siguió funcionando” en las relaciones en la sociedad quiteña. El mestizaje, además de tener un fin práctico como la aceptación, constituyó un proyecto que fue alimentándose de criterios sobre todo de las elites. La democracia racial escondía una pretensión de una mejoría eugenésica. Dicha expresión se vivió diario en la ciudad y también en el imaginario de la nación (Figueroa, 2006; 81- 84).

En la ciudad, por la influencia del populismo³⁵, la plaza pública pasa de ser el lugar de reunión de cierta hegemonía a convertirse en el lugar que congregaba a los ciudadanos sobre todo de la clase media y popular, eran ahora los burócratas o empleados de oficina los que la ocupaban. Igual sucedió con otros sitios especialmente del centro histórico: calles, esquinas, barrios que siendo espacios públicos guardaban una restricción simbólica de clase. La clase media variopinta frecuentará la cantina, dejando para la clase más baja las chicherías, por ejemplo. Debido a esto la gente decente principalmente aquella clase media consolidada y la joven burguesía buscó crear lugares que los cercara y diferenciara, fruto de estas acciones nacieron los clubes (Franklin citado por Espinoza Apolo, 2003: 79). Aunque como se muestra aquí el rol jugado por la clase media que es alinearse con las clases dominantes, pero sin embargo dicha filiación responde solamente a una estrategia de consolidación de clase, pues su naturaleza acomodaticia le mueve a una búsqueda de identidad siempre y cuando no se pusieran en riesgo sus intereses, especialmente por la fuerza transformadora que demanda la modernización del estado, la infraestructura urbana, etc.

³⁴ *La colonia de quiteños residentes en Quito* pasó a convertirse, probablemente, en el último refugio del chulla quiteño que dura hasta hoy.

³⁵ De ahí en adelante, esta forma de hacer política se convertiría en la cédula de identidad de nuestra vida nacional.

Don Evaristo el símbolo de la intervención social

¿Y dónde más íbamos a poner a un chulla?

Ponderado como el “primer actor nacional” irrumpe la figura de Ernesto Albán no solo en los escenarios y tablas quiteñas y ecuatorianas sino en todos los ámbitos de la vida cotidiana y política. Pero no es él quien se ha quedado en la memoria colectiva sino el célebre personaje Don Evaristo Corral y Chancleta que fue su más laureada interpretación y que había aparecido en 1937, en *Estampas quiteñas*.

Como parte del entretenimiento de los quiteños se consolidó la costumbre de asistir a los teatros. Por esa razón tuvieron una gran aceptación compañías nacionales de teatro. Muchas de estas compañías escenificaban obras de conocidos escritores ecuatorianos como Jorge Icaza que además fue actor (Espinosa Apolo, 2003). El éxito teatral se debió en gran medida a que se representaban obras que poseían el espíritu de la época. A partir de 1930 se forma la Compañía de teatro Gómez – Albán que con la representación de Don Evaristo Corral y Chancleta recorrió todo el país.

Entre los varios méritos que resaltan en Ernesto Albán es que haya recorrido todos los rincones de la patria con su elenco formado por Jesusa, su esposa; Marlene, su hija y el eterno compañero de aventuras, Sarzosita. A través de las *Estampas*, Don Evaristo, hizo malabares críticos y se acomodó para lanzar dardos punzantes a los regímenes de turno, principalmente a Velasco Ibarra. Sin embargo, su escena crítica siempre se enmarcó dentro de lo que sería considerado de carácter popular. Su actuación se nutría de los conflictos que afrontaban las mayorías y los ponía en escena. Lo hacía usando un lenguaje popular que destilaba un humor de la misma procedencia.

A pesar de que el humor popular de Don Evaristo pasó a formar parte del pueblo quiteño y se reprodujo constantemente en los estratos populares y marginales, que iba desde la “casera” del mercado hasta el taxista o el artesano, este humor fue considerado como una oposición al humor hegemónico representado por el chulla quiteño “de verdad”. El humor de matiz popular, con esa “sal” sigue estando ahí y muestra una cierta ironía y actitud sardónica (Kingman Riofrío, 2002) mientras que el humor de las elites o del “verdadero chulla” muestra cierta finura,

refinamiento como forma de distanciamiento, pues el sentido del humor nace y es gestado precisamente por el capital cultural³⁶.

La representación de Don Evaristo llevaba a cuestras la influencia y mezcla exacta de Chaplin y del chulla quiteño. Era el personaje revivido de las *Estampas*: la vestimenta raída como testimonio de una elegancia decadente, un saco viejo que testimoniaban los tiempos idos, un pantalón lustroso por lo sucio, un mostacho para realzar la personalidad y un sombrero de ala corta viejo. Sus representaciones alimentaban la configuración del chulla prototipo que se mantuvo como la figura representativa del hombre popular urbano: un hombre de la clase media-baja, empleado público cuyas pretensiones económicas no cuadraban con sus bolsillos, chancero, lenguaraz y enamorado, pero con un sentido altísimo de honestidad e incorruptibilidad. En definitiva, Evaristo contribuyó a darle al chulla una imagen de hombre de principios³⁷ que en la creación popular no la tenía o la había perdido.

Don Evaristo como llegaron a identificarlo a Ernesto Albán, caló tanto en el espíritu popular quiteño que sus chistes y usos del lenguaje empezaron a ser repetidos por el pueblo. Era tal su popularidad que no dudó en postularse para la Diputación de Pichincha. Esas elecciones las ganó. Sin embargo un golpe de Estado, protagonizada por su archienemigo, Velasco Ibarra, echó por tierra esos aleteos políticos de Albán.

La vida cotidiana de Quito se alteró en junio de 1972. Ese día llegó y se paseó por la ciudad el primer barril de petróleo y significaba un giro en la economía de nuestro país y la inminencia concreta de la modernización, pues marcó el robustecimiento de la clase media que contaba con mayor circulante que le permitió comprar autos, televisores, equipos de sonido, de gozar de algunos privilegios como licores finos, salir a restaurantes y discotecas. La ciudad se expandió hacia el norte de la ciudad como símbolo de *status* para militares, profesores, abogados, dejando en abandono el centro histórico. El referente de la modernidad dejó de ser Europa, se empezó a mira hacia Miami. Se construyen calles, abren pasos a desnivel, se da paso a proyectos de construcción de edificios de más de 10 pisos. Llegó a Quito la modernización.

Hacia 1978 se elabora una nueva constitución. Entre las reformas más importantes que se incorporan están el otorgar la ciudadanía a los mayores de 18 años y a los analfabetos. Además,

³⁶ Intento dar respuesta a una pregunta que me hicieron en mi visita de campo. **P.** Desde la perspectiva del humor, ¿Carlos Michelena alcanza la categoría de chulla? **R.** **No lo creo. El chulla quiteño como yo lo planteo debe ser considerado como un conjunto. No solamente el humor, al chulla lo define además un cúmulo de características.**

³⁷ En http://www.youtube.com/watch?v=_R0S4AJDlp4 se puede apreciar lo afirmado.

de una vez por todas, cerrar las heridas provocadas por políticas agrarias inconclusas e ineficientes. Pero quizá una de las reformas que más fuerza tuvo y que hasta este entonces solo ha sido sobreentendida, fue clarificar el rol del Estado. Antes solo fue preocupación de los regímenes militares. Este hecho recalca que la Constitución del 78 terminó por reconocer el papel rector e interventor del Estado, tal como había sido sostenido por los gobiernos militares de los años precedentes. Sin embargo como trasfondo de esta reforma se hallaba la pretensión de frenar los populismos a través de la regulación de los partidos políticos logrando la desaparición de movimientos menores. Pero a pesar de esto, el espíritu populista siguió subsistiendo. La figura de Assad Bucaram empezó a encarnarlo.

En la alcaldía de Rodrigo Paz, probablemente la más modernizante después de toda una serie de pretensiones por parte de las dictaduras, se dio paso a una época donde las instituciones del Estado habían alcanzado un verdadero vigor (Sánchez Parga, 1991) y la alcaldía, principalmente la de Quito no quedó marginada de tal fortaleza.

Por la década de los ochentas aparecen un sinnúmero de discursos que acogen las aspiraciones de los indígenas. No solamente de aquellos que habían logrado reconocimiento por la ciudadanía, sino de todos aquellos que se hallaban en las periferias de las urbes como Quito y de los que se encontraban en un aislamiento rural. Su fortalecimiento ideológico da lugar a la formación de la Conaie. Esta presencia indígena altera la producción de discursos oficiales y saca a flote discusiones que se habían mantenido guardadas como, por ejemplo, entra en discusión otra vez la controversia del papel de la resistencia indígena en la fundación de Quito y la idoneidad de sus festejos, pero también sirvió coyunturalmente para que se mire en la vida cotidiana aquellos aspectos relacionados con los hábitos y costumbres de los habitantes de la ciudad, como el ornato de la ciudad y el higienismo. El proyecto modernizador del nuevo alcalde y su grupo asesor contemplaba estos asuntos como parte de la modernización. Como medida de acción se lanzó una campaña cívica institucional para los quiteños. Esta destapó cuestionamientos acerca de la naturaleza y procedencia de un sinnúmero de costumbres que le hacían mal a la ciudad. Acciones como botar la basura a la calle, orinar en la pared, subirse a los buses a empellones, no cuidar los bienes de propiedad comunal, no entender el desarrollo, etc., fueron cuestionadas a través de esta campaña, la misma que emergió reuniendo en dosis exactas el talento del artista Edgar Cevallos, el espíritu de las *Estampas quiteñas* y la figura prototípica de Don Evaristo. ¿Dónde más íbamos a poner un chulla? Pues precisamente en la difusión

masiva y por todos los medios de comunicación de las buenas costumbres que los quiteños debían practicar. Entonces apareció la imagen del chulla quiteño impartiendo los valores de urbanidad que una ciudad moderna necesitaba. Esta campaña aprovecha que la vida doméstica de los hogares quiteños, en aquel entonces, empieza a organizarse en torno a espacios de comunión familiar ofrecidos por la televisión (Sánchez Parga, 1991), artefacto que tendrá una gran demanda en los años posteriores³⁸. Quito empieza a vivir un proceso acelerado de modernización, industrialización y globalización caracterizado sobre todo por el incremento del consumo. Esta campaña de educación urbana coincide con el incremento de los niveles de educación formal, por ejemplo, los índices de alfabetismo habían crecido de tal manera que para la década de los 80 llega al 78% (Kingman, 1994).

Así, retorna el chulla quiteño a la vida cotidiana de la ciudad. Pero esta vez su representación es bajo un dibujo animado cuyo espíritu de reprensión y reconvención se hace sentir sutilmente a cada momento. Don Evaristo agita el índice y zapatea con la fortaleza y la dulzura de un abuelo y sabiamente reprende: “Qué pasó pes, mi chulla, haciendo pis en la vereda!”³⁹ Demostrando de esta manera autoritarismo y paternalismo⁴⁰ en la forma de regañar a los ciudadanos como si de niños se tratara. La infantilización del otro, que supone a su vez asumir el papel de padre es una forma de naturalizar la dominación y revestirle de afectividad (Martínez, 1994), bajo la excusa de reeducación.

³⁸ Especialmente en los noventa se masificó este artefacto, que inclusive los hogares considerados pobres disponían uno aunque fuera este en blanco y negro (Ibarra, 2004).

³⁹ Esta mención permite hacer un nexo. Antes, en 1979, el Intendente del Guayas, Abdala Bucaram que luego llegaría a ser presidente del Ecuador y luego depuesto por una insurrección popular había hecho circular *Los 16 mandamientos de Abdalá* donde aparecía la prohibición de orinar en un espacio público como la calle.

⁴⁰ El paternalismo es una ideología desarrollada por los grupos dominantes para persuadir a los dominados, básicamente consiste en imitar la relación tradicional de padre e hijo.

CAPÍTULO IV

EL CHULLA QUITEÑO ENTRE EL IMAGINARIO Y LA REALIDAD

Este capítulo ensaya una nueva biografía del chulla quiteño cuyas líneas de tensión y conflicto giran en torno a la construcción, producción, reproducción, usos y consumos que ha tenido esta masculinidad, como una forma particular de ser hombre del habitante de Quito. Como se explicó en el capítulo I, esta trayectoria va desde el momento en que el chulla aparece como una identidad, se centra en el análisis de sus prácticas hasta llegar a 1988, época en la que aparece transfigurado en un dibujo animado como personaje principal de una campaña institucional de urbanidad.

La separación que aquí se hace de los elementos que configuran al chulla solo es de índole metodológica, permitiendo de esta manera su análisis. Para empezar la reconstrucción de este personaje tomo los elementos relevantes recuperados principalmente del imaginario.

La figura del chulla y sobre todo la representación de su masculinidad engranan con circunstancias sociales, históricas y culturales de la ciudad de Quito y también del país. Todas estas particularidades confluyeron para génesis de un personaje complejo, que guarda celosamente una lógica que le permitió encumbrarse como figura representativa del poder hegemónico masculino local al mismo tiempo que se producía el desplazamiento de otros sujetos hombres urbanos que habitaban la ciudad. Williams (1997) plantea que la hegemonía atañe a un complejo cruce que se dan en las relaciones entre dominación y subordinación en todos los aspectos, que por esta razón terminan siendo consideradas como experiencias cotidianas. Justamente poner en evidencia esa lógica soterrada que subyace en la construcción del chulla quiteño se constituye la finalidad de este capítulo.

Lo chulla y el parricidio

La frontera étnica (Guerrero, 1998a, 2001b) adquiere el valor de determinante en la construcción de la subjetividad de los sujetos, pues, la asignación de los derechos depende de la apreciación subjetiva que unos sujetos hacen de los rasgos que otros sujetos poseen según el lado de esa frontera donde se hallen. Esta relación entre percepción y asignación produce tensión y conflictos de fuerza de poder. Simbólicamente se conforma una escala étnico—racial que dicta que a mayor proporción reconocible e identificable de rasgos indígenas menor asignación de

derechos en todos los órdenes de la vida cotidiana. A esta razón se debe el surgimiento de acciones concretas y prácticas consideradas como de resistencia (de Certeau, 1986) a esta catalogación subjetiva. Entonces, las opciones se dirigen hacia el blanqueamiento de su cara, rebuscar en el pasado y hallar, gracias al ejercicio de la genealogía un apellido castizo y rimbombante que los resignifique y les brinde respetabilidad como sujetos, adoptar poses aristocráticas y exteriorizar gestos y actitudes racistas de rechazo al otro, especialmente a lo que se presenta como más indígena (Burgos, 1977) o a lo que más se asemeje a él.

El mestizaje⁴¹ como producto de la mentalidad colonialista asignó categorizaciones en base a esa frontera étnica a los habitantes urbanos de Quito a lo largo del siglo XX. Así lo indio, lo longo, lo cholo, lo chagra, lo chulla mostraron los grados que los unían o separaban de lo que era considerado como lo más inferior étnica y racialmente. Como ruptura a esa asociación con lo indígena aparece lo chulla como una construcción que se distancia de lo indio para emparentarse con lo más blanco dentro de la escala de producción del mestizaje.

Esta última afirmación marca distancias con las apreciaciones hechas y difundidas acerca de lo chulla que hablan de su cercanía con lo indígena. En las primeras menciones escritas que se hacen de lo chulla se destaca la mención de que se les asignaba este apelativo a los integrantes de los grupos de jóvenes cuya ascendencia era primordialmente indígena por línea materna (Richard, 1986: 248), dicho sobrenombre era utilizado aún cuando sus rasgos físicos no delataran fielmente tal condición. Esta apreciación racial conferida por línea materna alimenta la concepción mantenida en latinoamérica que sostiene que el mestizaje es producto de la violación de una mujer indígena por parte del conquistador (Paz, 1999). El fruto de esta violación será el mestizo, el cholo.

Pero el cholo no es el chulla. Su génesis delata otra dinámica como lo veremos más adelante aunque los componentes raciales y rasgos aindiados fueran comunes en todos los mestizos y sean percibidos en unos más y en otros menos.

⁴¹ Propongo el uso de híbrido en lugar de mestizo para referirme al chulla, pues como se muestra a lo largo de este trabajo no solo es resultado de la mezcla racial sino de un cúmulo de condicionantes aunque contradictorios se complementan en el chulla. En el chulla concurren elementos de la tradición reflejada en sus aspiraciones colonialistas como el hispanismo y elementos dados por la modernidad con el arribo de La Revolución Liberal que lo convirtió en la figura del hombre progresista.

En sus inicios el término chulla fue utilizado para denominar de esta manera a los jóvenes, en su mayoría cholos, que deambulaban por La Plaza Grande y por la Plaza del Teatro, del centro de la ciudad de Quito, hacia finales del siglo XIX (Barrera-Argawal, 2011)⁴². Estos jóvenes eran irreverentes en su forma de actuar cotidiana, aunque no participaban confrontativamente defendían la causa política liberal, esta filiación les valió el desprecio de los sectores conservadores y tradicionales de la sociedad quiteña. Por esta razón estos sectores enemigos buscaron la manera de minimizarlos, ridiculizarlos, caricaturizarlos y denigrarlos; la forma efectiva que hallaron fue diciéndoles “chullas” que significaba echarles en cara su origen materno, reprocharles su procedencia de sangre, pero además esta palabra contenía a un sinnúmero de epítetos que asociaba a lo falsete, lo vanidoso, lo arribista, pero singularmente a la clase media pobre.

El triunfo de La Revolución Liberal significó para lo chulla, en el plano social, la posibilidad de negociar su ascenso hasta esferas de poder. Los condicionamientos estructurales de *habitus* produjeron una metamorfosis en el proceso de construcción de identidad de lo chulla, pues el reposicionamiento social condujo a un reacomodo y desplazamiento inmediato y continuo de costumbres y la apropiación de nuevos estilos de vida (Bourdieu, 2006) acordes a esa nueva realidad y coyuntura que lo chulla estaba viviendo. La Revolución Liberal había sido hecha por la burguesía criolla (Paz y Miño, 2011; Sylva, 2011) y sus beneficiarios fueron precisamente ellos y los nuevos burgueses recién convertidos: los chullas que por su adscripción política vieron su lucha consagrada. Que lo chulla ostente el poder implicaba ahora, de acuerdo a la frontera étnica que había que enterrar todos los estigmas de tipo étnico —racial que antes habían pesado sobre él y que lo ligaban con lo indígena. Todo ese pasado oscuro y aquellos rezagos negativos de identificación había que borrarlos, para lo cual se inicia un nuevo proceso de construcción de su subjetividad, por lo que se retoma algunos planteamientos que habían permanecido ocultos.

Lo chulla calzó perfectamente con el ideal que inspiró al liberalismo, por lo tanto no demoró mucho en hacer suyo los postulados pregonados. Sin embargo, además de todo lo que implicó La Revolución Liberal, ésta contribuyó a que en lo chulla se avive, se empodere y revalorice un sentimiento que estaba pendiente y que había acompañado durante mucho tiempo a

⁴² Barrera-Argawal (2011) señala que la referencia escrita de lo chulla se encontraría allá por 1888 y plantea que hacía alusión a este grupo de jóvenes que frecuentan las plazas del centro de la ciudad de Quito.

los habitantes de esta ciudad, este era que Quito había sido cuna de grandes hazañas a lo largo de la historia. Precisamente éstos hilos movieron la construcción hegemónica del chulla, y él así posicionado no dudó en acercarse y conciliar con sectores conservadores y tradicionales que antes habían sido sus enemigos acérrimos, pero que ahora encontraba puntos de convergencia, lo que Bourdieu (2010) propondría como afinidades.

A la nueva posicionalidad del chulla la atraviesan todos los campos del espacio social. Una muestra de esto es que las instituciones de reproducción social como los centros educativos hacieran suyo este discurso y lo replicaran tantas veces como fuera necesario. Empieza así a aflorar el sentimiento de Quito como nación, pero no solamente como una cuestión política sino que también involucraba a otras cuestiones como la étnico -racial.

En la escuela nos enseñaban a odiar a los españoles, pero también a odiar a los indios.... Nos hicieron tremendamente racistas, ahí tienes el longo sucio, el indio borracho... lo único que valía era lo quiteño, que aunque tenía algo de todo era diferente.

(Entrevistado E0 1, radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

El anterior testimonio pone a Quito en una franja simbólica que desconoce los elementos de un lado y otro de la frontera étnica. Conjunta lo chulla con una afinidad filosófica y una filiación política que en el devenir de un nuevo proyecto ideológico que empieza tomar cuerpo en Quito va a ser determinante.

Utilizo lo que he denominado como parricidio simbólico para referirme a una práctica dispuesta en el *habitus* del chulla y que señala la ruptura y distanciamiento con lo español tal como anteriormente lo hizo con los rasgos indígenas.

Este parricidio explica que no resulta gratuito el hecho de que permanentemente se reavive la discusión acerca de la fecha en que se debe festejar oficialmente a la ciudad de Quito. Por medio de este planteamiento de tipo simbólico considero que las fiestas de Quito no celebran la entrada de los españoles a la ciudad, pues cuando ellos lo hicieron solo los caseríos en llamas, tampoco celebran su llegada, pues siendo así se rememoraría la fecha en que según los registros históricos Sebastián de Benalcázar arriba a la ciudad, pero no. Tampoco se celebra el primero de diciembre como muchos sectores han venido proponiendo, pues esa fecha implicaría darle legitimidad al acto de Rumiñahui que conociendo la muerte de Atahualpa incendia la ciudad y equivaldría a aceptar de manera total la presencia indígena y su resistencia y eso no forma parte

de la constitución de lo chulla, pues precisamente él busca una fecha de celebración distinta como un intento del nuevo ciudadano, del hombre nuevo que anhela consolidar y consolidarse en una flamante nación representada por Quito. Para tales objetivos como Hobsbawm (1983) lo ha señalado se recurre a un ideario conciliador de las tradiciones inventadas. La iniciativa del festejo chulla involucró a todos los campos y significó una actualización a las razones de heredad colonial y de frontera étnica.

El despliegue de lo chulla para la ejecución de las celebraciones implicó un sinnúmero de acciones e iniciativas que iban de lo institucional a lo popular y viceversa. Para esto se esgrimió razones que movilizaran este sentimiento de la ciudad; cobra impulso entonces el discurso hispanista pero de matiz criollo cuyo fin fue promover el espíritu de la quiteñidad, el pasacalle *El chulla quiteño*⁴³ que se convierte en el himno popular de la ciudad, Quito se convierte en un campo de disputa simbólica ante las amenazas de la barbarie representada por la imagen del “otro” especialmente por la figura del inmigrante provinciano rural y rústico denominado chagra, se ponen en marcha políticas de patrimonialización a través de dispositivos como el ornato, el higienismo, se lanzan campañas para recuperar el civismo y la urbanidad de la ciudad, muchas de ellas han durado hasta hoy.

Lo chulla como representación del poder ocupa una posición de privilegio en los diferentes campos social, económico, cultural, intelectual, etc., desde allí difunde su propósito político e ideológico, cuya búsqueda ya no solo se limita a la valoración de los símbolos coloniales sino también de todo el bagaje prehispánico como principales sustentos del legado trascendental histórico de la ciudad.

Consolidado lo chulla se ubica ya como un discurso dominante en la vida cotidiana de la ciudad, así quienes son considerados como tales se convierten en sujetos proponentes por el efecto estructurante del *habitus* de nuevos comportamientos, prácticas y consumos. Pero, a pesar de haberse constituido en una elite mantiene un diálogo fluido con todos los estratos sociales de la ciudad. Sin embargo, muchas veces las clases populares desnaturalizan su figura, la recrean

⁴³ Un fragmento de esta canciones popular muestra cómo sirvió para difundir la ideología de lo chulla y cómo fue aceptada por el pueblo de Quito, principalmente cuando es coreada con mucha euforia en los festejos de la ciudad: Chulla quiteño, tú eres el dueño/de este precioso patrimonio nacional;/Chulla quiteño, tú constituyes/ también, la joya de este Quito colonial. **Letra y música: Luis Alfredo Carpio**

como una forma de resistencia hacia lo que la representación de lo hegemónico y ponen en la circulación de varios productos culturales que testifican este proceso (de Certeau, 1986; Williams, 1997; Kingman, 2004)

A pesar de esto, en el imaginario sobrevive de manera visible el chulla de cariz popular ignorando la existencia del chulla quiteño hegemónico. En las visitas de campo realizadas a la *Colonia de quiteños residentes en Quito*. Esta colonia se constituye en un grupo social de más o menos unos treinta “vecinos” como ellos se hacen llamar, los vínculos que los unen son simbólicos e históricos y son compartidos y reinventados cada vez que asisten a las reuniones periódicas que organizan. Los ritos que utilizan reviven el ideario de Quito como nación, por ejemplo, el hecho de llamarse vecinos rememora a los vecinos que originariamente poblaron Quito después de la fundación. A esta comunidad asisten hombres maduros, de rasgos más blancos que mestizos, de clase media-alta, dueños de su tiempo como empresarios o de ocupaciones liberales (quiero hacer notar este particular por cuanto pudiera ser que esta práctica del chulla quiteño hegemónico fue recreada en el chulla quiteño popular como desocupación o desempleo, y no como lo que presenta en como personas de clase media- alta como valor simbólico del tiempo, pues ellos hacen uso de él sobre todo para trabajar en sus proyectos personales de matiz liberal), son poseedores de un buen entramado de redes sociales y contactos, de gran inteligencia, con un buen sentido del humor, de un anecdotario impresionante y ostentadores de un cariño supremo hacia Quito. En ellos continúa existiendo la sed por identificar linajes, lazos de parentescos, ubicar nombres y apellidos. A pesar de que ellos se muestran muy abiertos sus rituales muestran percepciones de género que continúan siendo discriminadoras y arcaicas y en base a ellas han construido una masculinidad de tipo patriarcal.

El chulla nacido en el contexto de esta práctica parricida de *habitus* del chulla que se mencionó anteriormente, intenta reivindicar la figura de la madre⁴⁴, que es determinante en la nobleza del chulla, pues su estirpe le viene de lado materno. En el sentido simbólico, la figura materna es revalorizada y equivalente a la idea de la nueva nación criolla local. La representación materna es la que le transmite el linaje y todo lo que gire en torno a ella y a su parentesco será lo que permita marcar distancias con otros y aproximaciones al momento de compartir los gustos y la distinción tal como lo plantea Bourdieu (2006).

⁴⁴ En la novela de Icaza, *El chulla Romero y Flores* se muestra a la madre como motivo de vergüenza a la que hay que tener distante.

Según se pudo apreciar en las entrevistas realizadas, casi todos los sujetos estudiados corroboran en el sentido de que la chullería planteada en la nueva dimensión viene por lado materno; esto se convierte en *status* que resignifica el valor de la madre sobre todo al momento de ponderar el carácter firme y fuerte que vieron en ellas para organizar la vida de la familia y el linaje transmitido.

(...)⁴⁵ era un chulla bueno. Eso de chulla yo creo que le viene por línea materna. Su padre era un guazo, un palafrenero de Alfaro, llevaba las bridas y los bridones a las caballerizas de Alfaro. Por ese lado (...) es cholo, viene del ras del suelo social por parte de padre; pero por la línea materna eran liberales y aristócratas.

(Entrevistado E05 empresario de 68 años, se autoreconoce como chulla quiteño. Tuvo como pariente cercano a un chulla quiteño muy conocido en la ciudad. Desde hace 28 años, dirige un espacio de opinión pública en la radio y en la televisión, allí comenta el pulso político nacional. 08 de julio de 2011).

El entrevistado E04 corrobora con su testimonio:

Me vino la vida muy agitada por el lado materno. Porque los (...) siempre han sido terribles. Mi padre, en cambio, era muy tranquilo, serio, tenía las palabras justas. Los amigos necesarios... nunca lo vi en ajeteos. En cambio a los de la familia por parte de mamá, siempre, siempre para qué te cuento.

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011)

El resentimiento como una práctica simbólica del hijo puede traducirse en distancias. Este distanciamiento adquiere una singular importancia, pues el poco o escaso protagonismo paterno en la construcción de las masculinidades desencadena sobre todo en los hijos varones que asimilen la masculinidad desde la madre o inicien una búsqueda que solo se apaciguará cuando hallen espacios de homosocialidad para emular a sus pares en el ámbito público (Fuller, 1997).

El chulla materializarlo y encarnando un hombre exterioriza su subjetividad a través de sus prácticas masculinas.

Las prácticas y usos del chulla quiteño

La masculinidad en esta tesis es entendida como un conjunto de discursos y prácticas que se construyen a través del tiempo y de la cultura y que han sido influenciados, redefinidos y actualizados por distintos cruces, como las relaciones de género propiamente, clase, raza, origen—procedencia y edad. Estos discursos se materializan al momento de ubicar a los hombres

⁴⁵ A partir de este momento en el texto se inserta el símbolo (...) para referirse a los nombres de los chullas quiteños o alguna agrupación a la cual frecuentan. Hay dos razones fundamentales una, son personajes muy conocidos en la ciudad y puede herir susceptibilidades y la otra, la información obtenida fue pactada con esos condicionamientos.

en una determinada posición dentro del sistema de género dominante y en la sociedad. Esta posicionalidad demanda una permanente reafirmación de las fronteras de lo masculino que debe ser visto también como parte de las relaciones imaginadas y reales que el sistema heterosexual establece con ella (Andrade, 2001: 17). Por lo dicho, la reconstrucción del chulla grafica el juego de intereses que movió la construcción, edificación y consolidación de esta identidad masculina en la ciudad. .

El chulla quiteño por definición es un hombre urbano que a diferencia de otros hombres también urbanos que comparten su mismo componente racial y ejecutan similares prácticas de un mismo *habitus*, debe ser considerado como un conjunto de condicionantes tanto materiales como subjetivos y simbólicos. Así ha acumulado a lo largo de su permanencia en la ciudad una serie de características que lo convierte en único. Así lo testimonia la versión de E03, una mujer de 56 años que estuvo casada con un chulla.

(...) era elegante, piropeador, dado a galán, inteligente, con chispa... tenía algo..., no sé qué... no sé sería su presencia, su prosa... algo que se le sentía pero que no se veía, quizá tenía algo en la sangre.

(Entrevistada E03. Mujer de 56 años, exesposa de un chulla y vuelta a casar. 05 de abril de 2011)

Esta apreciación es muy importante, pues el chulla está constituido de significaciones subjetivas. A menudo quienes compartieron su vida con él, para diferenciar a quien es chulla de otro que puede parecer pero que no llega a serlo, recurren a plantear una serie de condicionantes. Sin embargo, las características que hacen a un “chulla de verdad” no son claramente percibidas por lo que generalmente quien intenta reconocerlo recurre a hacer ciertas asociaciones que lo ayuden a establecer la diferencia o a definir al chulla como hombre.

El entrevistado E01 intenta hallar ese rasgo o el conjunto de rasgos que hacen diferente al chulla de otros hombres que comparten ciertas prácticas y caracteres dados por el *habitus*, sin embargo resulta en vano, a pesar de que él mismo ostente un reconocimiento diplomado como chulla quiteño.

Mcc: ¿Qué era lo que hacía chullas a unos hombres y a otros no?

Entrevistado E01: Es uno de los grandes misterios, uno de los grandes enigmas del Vaticano. Dos muchachos que crecieron en el mismo barrio, que hacían las mismas cosas, que hacían los mismos chistes,... pero tú no puedes saber porque es como un estado de santidad... uno llega a ser chulla y el otro no...

Mcc: ¿Por qué?

Entrevistado E01: En realidad no sé por qué...

(Entrevistado E01 radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

Esta imposibilidad de definir al chulla y precisar ese componente que lo convierte en especial se vuelve una constante. En el trabajo de campo muchas de las veces tuve que recurrir a lugares comunes que el imaginario había construido alrededor del chulla, pero les causaba fastidio a los entrevistados. Por ejemplo, que me refiriera a ellos como contadores de cachos o que hablara de la vestimenta como algo realmente determinante en su identidad o que hiciera mención a su fama de mujeriegos, como si ellos fueran eso solamente. “Acaso no son otros hombres mujeriegos?”, me preguntaron. (Notas de campo. 05 de mayo de 2011)

Como me hicieron caer en cuenta, no todos los que hacen uso de esas prácticas son chullas. Por lo tanto, lo más importante es entender qué hace especiales y únicos a los chullas. Precisamente uno de los elementos que se ha escapado de los análisis hechos al chulla quiteño desde hace mucho tiempo es precisamente su masculinidad, su forma de ser hombres, pero debo aclarar, parafraseando a Bourdieu (2006) que la forma de ser hombre del chulla está dada por todos los condicionantes que han hecho cuerpo.

Así para el análisis de la masculinidad y su forma de ser hombre de chulla retomo el planteamiento que ya se había hecho: lo chulla se había erigido como representación del poder y había tomado posesión en los diferentes campos social, económico, cultural, intelectual. Es decir, su masculinidad se convirtió en un discurso dominante en la vida cotidiana de la ciudad, por lo tanto sus comportamientos, prácticas y consumos se convertirán de algún modo en estructurantes. De ese modo la masculinidad del chulla se elevada como masculinidad hegemónica. Este nuevo valor concedido al chulla por su masculinidad lo sitúa como un hombre con poder de poder (Kimmel, 2008). Esta masculinidad necesita de la ejecución de una “pauta de acción preestablecida que se desarrolla durante una actuación y que puede ser presentada o actuada en otras ocasiones” (Goffman, 2001: 27), en otras palabras, este guión se renueva y actualiza en función de circunstancias diferentes, pero sin romper la influencia de la matriz binaria de percepción y de la frontera étnica (Guerrero, 1994a, 1997b).

El guión de la masculinidad de los chullas se muestra en las prácticas cotidianas que reiteran la vigencia de la personalidad colonialista heredada (Burgos, 1977). Además, este guión o modelo de actuación pública se alimenta permanentemente de las intersecciones de raza, clase, origen, edad, etc. Este *performance* es reconocible, pues posee una estructura y códigos

específicos (Sánchez; 2011) que les da a los sujetos la posibilidad de reconocerse o asumirse así mismos como chullas a la vez que les otorga autoridad para diferenciar, organizar, dividir y separar real o simbólicamente a los otros habitantes hombres de la ciudad.

En definitiva, el chulla a través del guión se refrenda como un sujeto de poder y su masculinidad pasa a erigirse como la representación de lo hegemónico. Así, su discurso hegemónico influirá en la producción de un tipo de subjetividad. Por lo tanto, el chulla encarna en un hombre blanco o mestizo con la menor cantidad perceptible de rasgos indígenas cuyo aval que lo encuentra en la genealogía, económicamente pudiente como resultado de su red y capital social, dotado de una gran inteligencia verbal lingüística, con predisposición a poner en escena, a través del *performance*, todos los códigos masculinos (Andrade, 2007; Connell, 1997; Kimmel, 2008).

A través de la oralidad hace su aparición la mujer en la vida del chulla, principalmente cuando él hace el recuento de sus andanzas. Estos discursos son expuestos ante una audiencia de pares y seguidores. Esta acción forma parte de las estrategias que el chulla utiliza para ganar o reafirmar su *status*, pues la acumulación de anécdotas de tono hilarante y rijoso como las que se ha citado se convierte en un tipo de capital simbólico que acumula el chulla. El *status* no sólo tiene relación con la posición social que ocupe el sujeto dependiendo de los otros patrimonios que tenga (Bourdieu, 2007) sino que está dado por la acumulación que disponga de otros símbolos y valores que le otorgan respeto, admiración y consideración de su audiencia en cada *performance*.

El chulla en estas circunstancias no hace más que reproducir aquellas cualidades que han sido atribuidas a lo masculino de elite y hegemónico dentro del capitalismo postcolonial: una independencia, distinción de y sobre otros, mezcla de fuerza, valentía, desenfado e inteligencia y sobre todo una permanente disponibilidad sexual, etc. Estos caracteres se ven reforzados por la posición social y económica, por la procedencia familiar y geográfica, por la educación y cultura (Bourdieu, 1988; Sánchez, 2011) y por la edad.

Los chullas quiteños citan permanentemente este guión masculino, lo recrean y lo actualizan. Así el chulla puede desplegar especialmente sus habilidades como un gran conquistador. Como he señalado, siempre se presenta como un hombre disponible a pesar de que se encuentre casado. Tener un romance o a una aventura de ninguna manera tiene que ser tapiñada sino que le conviene que se vuelva pública, pues cada lance implica un punto más en su

reputación de seductor y acumulador de cuerpos femeninos, mientras que pone a la mujer en un plano de accesibilidad total, con predisposición a ser voluntariamente seducida, siempre cae atrapada por los atributos del chulla.

El chulla (...) es el símbolo del hijueputa. Como hombre era guapísimo. Blanco, bermejo. Sacó eso de mi abuela. Guapísimo de guapo. Bigotes blancos con churo para arriba, muy parecido a Dalí. Por su cara, un seductor acabado. Con una inteligencia desmedida que les seducía... A todas las mujeres las traía locas, se le morían realmente, se le rendían, ninguna mujer le dijo que no.

(Entrevistado E05, empresario de 68 años, se autoreconoce como chulla quiteño. Tuvo como pariente cercano a un chulla quiteño muy conocido en la ciudad. Dirige un espacio de Opinión Pública en la radio y en la televisión, allí comenta el pulso político nacional. 08 de julio de 2011).

El testimonio anterior revela que en la actuación del chulla se cruzan y muestran un carácter simultáneo lo público y lo privado. La exteriorización de la vida íntima transformada en anécdotas se convierten en algo de dominio y manejo público. Es efectivamente ahí cuando el *performance* como dramaturgia cumple su finalidad. A través de la reproducción lingüística el público alaba sus actuaciones, otorga reconocimiento, *status* y protagonismo al chulla. De esta manera se ha visibilizado como conquistador eso es lo que importa finalmente, pues al captar la atención de los otros su *performance* ha sido aprobado y legitimado.

El chulla quiteño siempre fue un conquistador. Eso le viene de herencia. Nosotros venimos del conquistador español... El chulla quiteño toma la herencia del conquistador. Él siempre va a estar conquistando algo, pero lo hace a través de su ingenio, nunca a través de la fuerza. ¿Has escuchado alguna vez de un chulla quiteño violador?, no, ¿cierto? Pero sí has de haber escuchado que el chulla se chingó a muchísimas mujeres. ¿Pero cómo lo hizo? Por sus encantos, pues. Un chulla es autosuficiente. El que hace uso de la fuerza para conseguir algo es porque se siente inferior, incapaz, menos. (...), por ejemplo, fue gran contador de chistes, gran quiteño y se chingó a tantas, inclusive a las indias, a sus empleadas, aún siendo presidente, pero siempre fue un gran señor, un gran conquistador.

(Entrevistado E01 radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

Esta vocación de conquista refuerza el sistema de género dominante donde la mujer es vista como un objeto que se posee y da placer. Precisamente en el espíritu de la cultura popular quiteña esta característica ha calado muy profundo. Muchas veces ha sido señalado y visto despectivamente por la manera cómo maneja sus relaciones de género. En el imaginario popular, sobre todo el de las mujeres, tiende a reproducirse la idea del chulla como la representación del “vivo”, del “sinvergüencita”, del mujeriego. El guión prototípico de este chulla responde al

chulla novelado por Icaza. Estas representaciones de las clases populares muestran un chulla en quien prima una naturaleza de virilidad desbordante.

La propuesta que reitero como válida para entender de otra manera al chulla quiteño consiste en considerar su masculinidad como un subconjunto que reúne prácticas y discursos de esta construcción determinada de ser hombre. El chulla quiteño debe ser tomado como conjunto, pues, este sujeto es producto de la confluencia e intersección de los distintos campos sociales, de la acumulación de capitales y de las redes sociales que se han ido acrecentando a lo largo del tiempo, además de toda la historia de su génesis que se hizo cuerpo, por esa razón tiende a ser estilizado, refinado y elegante. Justamente aquí radica la diferencia con el chulla popular de arraigo popular que aunque posea una o varias características vista desde el conjunto no reúne todas las que vendrían a erigir como el “espíritu del chulla quiteño”.

El chulla quiteño de formación popular tiende a ser guaso, con un sentido de humor mojigato, despectivo y a veces grosero que aunque maneja ciertos códigos, lenguajes, guión, no alcanza que caracteriza y diferencia. Así lo pude evidenciar en el trabajo de campo cuando me encontré con el *Cuchillo Fernández*. (Notas de campo. 02 de abril de 2011).

En la visita de campo a La Colonia en cambio pude percibir ciertas sutilezas que fueron narradas en forma de anécdotas durante una conversación:

Un grupo de quiteños realizaba un tour por España. En el recorrido por la ciudad, antes de ingresar a un museo, la guía de la agencia se había acercado a uno de los hombres para preguntarle la manera más adecuada para referirse a las relaciones entre Ecuador- España, para no herir susceptibilidades. Debo decir que España conquistó América o que España descubrió América, le había preguntado. Entonces salió al paso el quiteño y le dijo:
—Señorita, disculpe, usted qué prefiere que la conquisten o que la descubran...

(Entrevistado E07, músico. Anécdota narrada en visita de campo realizada en mayo de 2011)

O esta otra que apareció publicada en una entrevista:

El profesor Alfredo Pérez Guerrero le dice al famoso Plinio López:
— Señor López, usted es el próximo candidato a perder el año.
A lo que el famoso Plinio López después de un momento le contesta.
—Profesor, pensándolo bien renuncio a esa candidatura.

(Xavier Lasso. 24 mil palabras. El último de los chullas quiteños, en *Quito y sus célebres personajes*. Pág. 87)

El sentido del humor guarda relación estrecha con el capital cultural, tanto en la concepción - ejecución como en la recepción y audiencia. Parafraseando a lo que refiere Kingman Riofrío (2002: 162) Mientras el sentido de humor de los estratos populares y marginales se nutre de los

conflictos diarios y para su divulgación utiliza un lenguaje popular que destila causticidad y cierta ironía (como en la casera que dice “venga mi bonita que le voy a dar yapadito”, o un taxista que dice “suba, mi jefecito o siga nomás, señorcito” o el artesano que para minimizar el impacto de una cuenta exorbitante y desmedida añade a la cantidad “cien dolaritos no más”) o se halla cargado de doble sentido y de cierta lubricidad. Esto lo testimonia el siguiente diálogo tomado de *Estampas de mi ciudad*.

- ¿Te gustan las negras?
- Me encantan.
- Entonces voy a pedir seis negras...
- Seis es mucho con una me contento...
- ¿Eh? ¡Me refiero a la cerveza!...

(Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*. Pág. 228)

En cambio, el humor del chulla hegemónico es excluyente porque intenta ser fino y sutil... “Brotaba de manera espontánea en las tertulias y nada tenía que ver con el chascarrillo chabacano o la historieta erótica tan arraigada en el vulgo y en las áreas populares de todas partes. Más bien consistía en el exabrupto y la *boutade* dichos con oportunidad y a contrapelo” (Kingman Riofrío 2002: 163). En efecto esta explicación y diferencia se puede apreciar también en los *performance* que el chulla realiza sin ninguna pretensión sino para divertirse y divertir a toda su coreografía. Aquí una muestra de uno de los chullas quiteños más connotados.

El terrible Martínez, un domingo de feria en Machachi, oficiando de Arzobispo se hizo besar la diestra por los creyentes e intercambió bendiciones por limosnas. De “jovenzuelo insolente y atrevido” fue calificado en la prensa, por haber tenido la osadía de ofender a un ganadero distinguido, ídolo de los taurófilos, que luego del suceso juró que “nunca más daría toros a Quito” porque consideraba que “su honor había sido hecho pedazos”. Fue después de un domingo de feria en que se lidiaron bravos tercios de su ganadería. En cambio la ocurrencia del Terrible fue celebrada por mucho tiempo, pues engañó a todo el mundo al aparecer en los tendidos generales del coso vestido de chaquet, pantalón de fantasía, corbata de plastrón y bombín, a más de haber maquillado su rostro a semejanza de aquel señor. El populacho, sin darse cuenta del engaño, lo ovacionó largamente por su gesto democrático de mezclársele; pero después del segundo de la tarde, estalló en carcajadas cuando vio ingresar a su palco privado de barrera al genuino, el auténtico ganadero víctima de la impostura.

(Nicolás Kingman. “El terrible Martínez. Jolgorio e infortunio”, en *Quito y sus célebres personajes*. Pág. 77)

El guión masculino del chulla se actualiza en cada una de sus intervenciones. Muchos comportamientos y prácticas suyas se naturalizan por acción de normas y jerarquías de género. Así, la conquista en el sistema de género dominante está directamente relacionada con la acumulación de cuerpos femeninos. Dicha acumulación habla de la virilidad del chulla, virilidad que debe ser direccionada adecuadamente, para ello debe recurrir a “la amante como la figura y

mecanismo social aceptable para canalizar los instintos masculinos que, de otra manera, serían incontrolables” (Andrade, 1997: 75). La amante dentro del sistema heteronormativo hegemónico se convierte en una especie de derecho, constatación, ratificación o normalidad de la hombría que llega al punto de ser considerada inclusive como algo cotidiano anexo a la familia donde “todo el mundo lo sabía”; así lo corrobora el testimonio de uno de los entrevistados.

Era normal, el sábado en la tarde se iba adonde la moza... la moza era la parte de la familia. Mamá sabía que papá tenía moza, mi abuela sabía que mi abuelo tenía moza. Todo el mundo sabía dónde estaba papá el sábado tarde.

(Entrevistado E01 radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

Otro entrevistado refuerza lo dicho:

Éramos un grupito de ocho más o menos y nos habían invitado a una boda. Chuta, ahí nos encontramos con un Coronel y su esposa que eran amigos nuestros. Al Coronel, hombre serio, de carácter, de conductas intachables le habíamos utilizado para justificar nuestras salidas de casa. En la fiesta, las mujeres empezaron a hablar de nuestras quedadas por las supuestas peticiones del Coronel, inclusive una esposa, en tono de reclamo, le había hecho notar su falta de consideración hacia la familia al llamarnos en la noche o, planificar alguna actividad los fines de semana. A lo que la mujer del Coronel sorprendida y molesta les contestó a todas, que eso le parecía raro, bastante extraño porque el Coronel a eso de las ocho o nueve como máximo ya se halla durmiendo como un angelito y que los fines de semana nunca sale de casa... Ahí se armó la grande. ... mucho más todavía cuando se descubrió que uno de mis amigos había llevado a su amante a la fiesta...

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011)

La amante y las aventuras amorosas del chulla forman parte de su vida privada, pero que cuando las verbaliza y las recrea a través de su anecdotario pasan al dominio público. La mujer como personaje principal de sus correrías también se convierte en la atracción principal de los centros de diversión adonde acuden, el chulla y sus pares, como corolario de sus actuaciones que ha comenzado en la cantina, en la esquina o cualquier otro lugar que evoque la necesidad de la compañía femenina. El burdel y el cabaret se convierten en una obligación moral para el chulla y los participantes. El guión de su masculinidad se actualiza nuevamente debido a que ponen a prueba las relaciones asimétricas de poder y dominio de los hombres sobre la mujer, pero también frente a otros hombres al declarar abiertamente una competencia y lid sexual. Allí se reproduce el sistema de dominación patriarcal. En ese espacio se presenta como hombre sexualizado y deseable pues se halla seguro de que los cuerpos femeninos que se exhiben en el

lugar son asequibles y puede tranquilamente adueñárselos cuando él así lo desee; por lo tanto hace gala de su chispa, del sentido del humor, muestra su inteligencia verbal lingüística, exterioriza su erudición y cultura; y desarrolla todo el conjunto de su *performance* que ratifica la acertada apropiación de los códigos masculinos. Cabe recalcar que todo este despliegue de masculinidad no se dirige exclusivamente a la conquista de las mujeres, sino que pretende cautivar a sus propios pares y amigos a la vez, cuya recompensa es recibir halagos por parte de ellos.

Hay muchas cosas que no puedo contarle de él, que nunca se sabrán, pero es mejor que no se sepan...Estos chullas, la verdad, no se privaban de nada. Eran tipos que llegaban a un burdel y cerraban las puertas porque todo lo que había ahí era solo para ellos. Solo de ellos. Y una vez allí con un traguito de por medio contaban su vida. ¡Una fuente cantarina! ¡Qué lindas anécdotas vividas en todas partes! Uno salía renovado.

(Entrevistado E06 doctor en medicina, empresario de 62 años. Ex candidato a la alcaldía de Quito, ya en confianza se autoreconoce como chulla quiteño, estuvo en contacto con chullas insignes de la ciudad. Tiene un programa de radio donde aborda temas de misceláneos. 20 de mayo de 2011).

En el ámbito doméstico al interior del hogar del chulla, la mujer aparece como la figura que realiza todo el trabajo sin remuneración, ella se encarga de actividades como el cuidado de los hijos, la solución de los problemas y de las contingencias diarias de la casa mientras el chulla se halla ausente como casi siempre. Gracias a la fuerza y trabajo femeninos, el chulla quiteño puede continuar desplegando su actuación pública. Pero esto implica que las mujeres se vean obligadas a asumir todos los costes que implica el proceso de la masculinización del chulla. La vida en el hogar del chulla se vuelve entonces muy conflictiva, estresante y de mucha presión.

Yo no pasaba en la casa, andaba en todo y en todo lado, menos en la casa. Ella era la que estaba pendiente de todo... de los hijos... de todo... Yo le daba una condición económica más o menos estable.

Tenía la sensación de que no había vivido lo suficiente... entonces, llega un momento en que empiezo a inventar cualquier pretexto para no pasar en la casa y reunirme con mis amigos. Luego busco más pretextos: el día lunes una reunión, el martes otra reunión, pero de La cámara de comercio (por dos ocasiones formé parte del directorio), el miércoles reunión del partido, el jueves reunión de la sociedad de amigos, el viernes sesión del directorio de la compañía, el sábado había que darle rienda suelta a lo que fuera y el domingo ir al fútbol con el hijo chiquito. A las reuniones sociales formales sí iba con mi esposa. ¡A las otras qué va! A los compañeritos no les gustaba saber nada de esposas. En broma y en serio fundamos la sociedad de casados en soltería y teníamos hasta mandamientos. Uno de ellos era: el que la hace con dos la hace con todas. Era una hermandad en todo, porque todos vivíamos de la misma manera. Y nuestras esposas se habían acostumbrado a esa vida.

Lo que yo vivía y hacía no era tan distinto de lo que pasaba en otros hogares. Todos sabían lo que hacíamos.

Creo que las mujeres que se casaron con chullas no fueron felices y los chullas tampoco. Cuando en una familia había varios chullas era terrible, pues las mujeres eran amigas o parientes.

Por ejemplo, el (...) y el (...) eran buen trago y muy inteligentes, pero les importaba un carajo la vida de la casa. Estaban casados y siempre se reunían con un grupete de amigos. Una noche no bien

llegando a la casa, la mujer del (...) sale y les increpa por llegar tarde y borrachos, entonces el (...) le dice al (...), ¡qué pendejada, ¿no?, si nos hubiéramos casado los dos seríamos felices porque seríamos compatibles, imagínate compartimos las mismas aficiones!

¿Qué hacían las mujeres en ese momento? Reírse.

Ah, y el (...) le contrapuntea a la mujer. Es temprano, que no es muy tarde como ella dice. A lo que la mujer viendo el reloj, le da la hora. Entonces el (...) le dice: o sea, mijita, le crees más a un reloj que a tu marido. Bueno. ¿Qué hacían las mujeres en ese momento? Abrir la puerta ... y luego en silencio y en secreto ponerse a llorar...

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011)

En situaciones así los chullas pretenden transmitir su autoridad y poder a otros hombres, pero realmente es sobre las mujeres donde recae finalmente ese poder masculinista. Así se ponen en circulación valores, códigos, lenguajes tanto en sus actuaciones como del discurso. La esquina, el barrio, el estadio, la cantina, el burdel como esfera pública, juegan un papel importante en el proceso de construcción de la masculinidad del chulla quiteño, siempre a la espera ser reafirmada y reforzada. En estos lugares los hombres obtienen reconocimiento que también premia y refrenda con reputación y *status* a sus concurrentes.

Las cantinas, que es otra cosa que hay que reivindicar, necesitan el verdadero sentido que tenían. Las cantinas eran un símbolo de distinción social. Entonces nos reuníamos en una cantina. Allí había empleados, intelectuales, no gente ociosa. La cantina era el teatro, se hacía poesía, se lanzaba chistes, se tocaba la guitarra. La cantina era parte de esa hermandad. La cantina se constituía el fortín para defendernos, cada grupo tenía su propia cantina. Ahí le daban el lugar a uno. Te aplaudían cuando contabas algo muy interesante y gracioso... o armábamos el despelote si alguno había hecho lo que un chulla no debe hacer. No sé... Ahí saltaban unas ideas fenomenales, unos chistes, unos apodos... Era extraordinario lo que vivías... eran lugares de reunión de gente inteligente...

(Entrevistado E01 radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

Sin duda, ser chulla es el equivale a ser macho. Cualquier intento por transgredir este principio se convierte en una ofensa. Andrade (2001) parafrasea la noción homosocialidad propuesta por Sedgwick, al señalar que es la presencia de manifestaciones eróticas en las relaciones entre hombres, cuya línea de tensión se constituye el deseo homoerótico que amenaza con desestabilizar el orden heterosexual dominante. Los lugares como la esquina, el estadio, la cantina, el burdel y las salidas, especialmente, nocturnas refuerzan valores de la camaradería masculina. La homosocialidad, en el sentido citado por Andrade, hace su aparición en el grupo cuando se reconoce a un recién llegado “chagra cojudo” o “pato” y sobre él recaen un

sinnúmero de bromas y acciones que básicamente tienen un afán de festejo y diversión, pero que en algunos casos ponen en juego la hombría del destinatario de dichos chistes. Con la clara intención de desestabilizar el orden heterosexual, el grupo frecuentemente recurre a la injuria.

A través del siguiente testimonio se va a ejemplificar cómo el sistema de género dominante recurre a la heteronormatividad para conservar su poder, pues otorga a los hombres beneficios simbólicos por haber nacido como tales. La presencia de la homofobia, aún cuando sutil o soterrada, materializada en conversaciones y burlas muestra que estos beneficios son para unos mientras sataniza y escarnece a los otros.

Nos cogíamos un pato y le molestábamos con bromas y mofas hasta cansarnos pero también molestábamos a los otros chullas. Era muy común que les dijéramos que les habíamos visto con el tío Canillas, un homosexual muy famoso en Quito, en los años 70. Uy, que le digan a uno esto era gravísimo, pues se estaba afirmando que él también era. ¿Comprendes?

[Entrevistado E01, 03 de abril de 2011. Periodista, primer ciudadano nombrado por el Municipio de Quito como Chulla Quiteño]

La alusión a la homosexualidad que se hace en forma de bromas en situaciones de homosocialidad mostró que son parte de los beneficios simbólicos que reciben los hombres por el solo hecho de haber nacido bajo ese sexo biológico. Esta autoridad les permite someter a otros que poseen una masculinidad subalterna.

Los espacios homosociales funcionan para reafirmar o disminuir el *status* y el reconocimiento, especialmente cuando la dramaturgia gira en torno a la calumnia o a la deshonra sobre todo si se alude a lo poco varón u hombre. Cuando un chulla es sometido a ellas, dependerá de la calidad de su actuación y de la recurrencia que haga a la agresividad no solo representada en el lenguaje sino también de manera física para que salga airoso de ella. (El presentarse como buen puñete en determinadas circunstancias es una constante entre los entrevistados cuando cuentan anécdotas de golpizas con cierto aire de arrogancia. Notas de campo. 05 de mayo.)

Yo recuerdo una vez, un partido en el Estadio Olímpico, era el partido Nacional- Aucas. Era un jolgorio ver el partido con estos chullas, de todo sacaban chiste. Estábamos jajajajaj, cuando de pronto El Nacional nos mete un gol. Un coronel de un grupo de militares que estaban cerca de nosotros, se regresa y nos dice, pero más al (...) que a nosotros: ¡Para que veas cómo corren los de El Nacional, carajo! A lo que el (...) le responde: Claro, desde el 41⁴⁶ andan corriendo.

⁴⁶ Se hace alusión al conflicto armado vivido entre Ecuador y Perú. Las versiones populares afirman que los soldados no se dedicaron a defender el territorio sino que huían o vendían las armas.

La chispa era así de inmediata. Se armó una puñetiza. Después dos o tres rounds vino la cerveza. Después de haber recibido su merecido, educaditos se pusieron a beber... ellos pagaron las cervezas, veré y nos hicimos grandes amigos.

(Entrevistado E06 doctor en medicina, empresario de 62 años. Ex candidato a la alcaldía de Quito, ya en confianza se autoreconoce como chulla quiteño, estuvo en contacto con chullas insignes de la ciudad. Tiene un programa de radio donde aborda temas de misceláneos. 20 de mayo de 2011).

Para salir de situaciones embarazosas donde se siente acorralado por la injuria o calumnia recurre a dosis letales de ironismo que silencian cualquier situación altisonante.

Llega un momento en el que todos estos empiezan a batirle a este chulla del que le estoy contando. Rememoran sus talentos amorios: que Casanova, que chulla desgraciado, que don Juan. Pobres cornudos todos esos esposos amigos tuyos todavía más, sinvergüenza que te has comido a sus esposas, desgraciado. Y él negaba y negaba. Le ponían nombres y apellidos y él negaba. Por ahí sale otro chullazo que le dice: Ajá, chullita, pero no cantes tantas victorias sobre tus hazañas... ¿Sí saben que este chulla también tiene su historia? ¡Una historia que le pesa aquí en la frente!

¿Y sabe con lo que sale este desgraciado?

A ver a ver un ratito, les dijo. ¿Qué me quieren decir ustedes, manga de hijos de puta? ¿Qué soy cornudo, no cierto? Sí, (...), ¿quieres decir que soy cuernudo? Cuernudo es el que no sabe, ¡idiota!

Para orinarse de la risa. Luego todos brindaron esa genialidad del chulla (...).

(Entrevistado E05, empresario de 68 años, ex diputado, se autoreconoce como chulla quiteño, tiene un espacio en la radio y en la televisión de Opinión Pública, donde comenta el acontecer político nacional. 08 de julio de 2011).

Con el siguiente relato se muestra cómo al final la homosocialidad para los chullas se convierte en una instancia que además de acreditarlos para pertenecer a un determinado grupo, les permite implementar e incrementar su red social. Estos espacios de homosocialidad pueden ser considerados como ritos de iniciación para los aspirantes a chullas, pues ellos al ser espectadores de las actuaciones de los chullas se quedan extasiados y deciden emular dichas prácticas en algún momento.

El tertuliador, el encantador, hace de la verdad una anécdota, de la anécdota un mito, del mito una leyenda y de todo una maravillosa mentira. Un día viene este chulla conocidísimo en Quito y me invita a mí, yo era mozuelo. Me dice: en lugar de estar bebiendo en la esquina con tus amigotes, ven, quiero que conozcas a la intelectualidad de Quito y me lleva a un restaurant. Y ahí veo reunidos a, a, a, la flor y nata de la intelectualidad. Horas y horas conversando, lo real y lo imaginario. Comimos y después a pegarse los bajativos durante toda la tarde hasta la noche, esa gente contaba anécdotas de una exquisitez que usted no tiene idea... lo mejor que he visto en mi vida... Cada quien aportaba lo suyo. Era una cosa para quedarse con la boca abierta... y para imitar.

(Entrevistado E05 empresario de 68 años, ex diputado, se autoreconoce como chulla quiteño, tiene un espacio en la radio y en la televisión de Opinión Pública, donde comenta el acontecer político nacional. 08 de julio de 2011).

El chulla como masculinidad civilizadora

Connell (1997) plantea que las relaciones asimétricas de poder no solo se da entre hombre—mujer, sino que involucran diferencias al interior de un género. En este sentido, aparece como contrapeso a la masculinidad de los chullas la de los chagras⁴⁷. Ésta fue asociada con la vida rural o provinciana y fue representada por un hombre incivilizado y bárbaro. En cambio, la masculinidad del chulla quiteño fue considerada como el paradigma de la finura, la elegancia, el decoro y los buenos modales, en fin, era la representación de la masculinidad civilizada, por lo tanto calzaba a la perfección en el proceso ideológico político de la nueva nación moderna, por lo que tenía la obligación de asumir la tarea civilizadora de las otras masculinidades como la de los indios, cholos, longos y otros.

Los chagras como sujetos recién llegados a la urbe se ubicaron al margen de la masculinidad hegemónica. Sus formas de vestir, su gestualidad, su forma de pensar, su manera de hablar se constituían en motivos de chistes, burlas y ofensas que los chullas quiteños hacían para reafirmar su poder, principalmente si un chagra quería hacerse pasar por chulla.

Por más que no se quisiera, al chagra se le notaba. Aunque fuera cholito buena gente, no podía ser chulla. Se les chorreaba los complejos de indio. Es que, además de todo, esos chagras querían ser chullas para tener un ascenso social y no tenían nada, no tenía una formación académica, no tenían nada. Claro que luego algunos se convertían en chagras brillantes, sí, pero si no les daba la talla se dejaban ganar de esos modos rústicos de ser chagras que se les notaba a leguas. El chagra cojudo era aquel que se creía chulla y les decíamos en la cara, verás, más todavía cuando nos enterábamos que querían meterse con la hermana de algún chulla... Ahí sí... Tenía que demostrar en papeles su abolengo o en la esquina.

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011)

La masculinidad del chulla se construye en función de lo que no se debe ser, en cambio los chagras negocian su conversión y su posición como hombres sobre todo urbanos a imagen y semejanza de los chullas. Para ello deben adoptar una nueva imagen de sí mismos que les permita urbanizarse y mimetizarse en la ciudad, demostrar que son aptos para vivir en ella⁴⁸, pero primordialmente los chagras blanco—mestizos deben demostrar la línea de parentesco con

⁴⁷ Los chullas llamaron peyorativamente de esta manera a los afuereños, provincianos serranos recién llegados a la ciudad. Chagra era aquel campesino no indígena pero rústico e inculto de cierta comodidad económica que decidió emigrar a la capital, principalmente lo hizo para estudiar. Chagra era sinónimo de barbarie.

⁴⁸ Basados en este justificativo se ha llevado a cabo permanentemente, en la ciudad, políticas institucionales de ornato en primera instancia y posteriormente campañas de urbanidad, cuyo símbolo, precisamente ha sido un chulla quiteño.

la herencia hispana, exhibir la acumulación de capitales y referenciar clase y decencia, ante los chullas quiteños que eran los representantes de la masculinidad hegemónica que imponía sus criterios de percepción y apreciación para juzgarlos, aceptarlos o rechazarlos (Guerrero,1998; Bourdieu, 2007) a los chagras. Sin embargo, al final, el origen no se convirtió en un factor decidor, muchos chagras terminaron convirtiéndose en chullas egregios, demostrando que las estructuras por más rígidas que sean siempre pueden desestabilizarse. Los chagras terminaron asimilando y adaptándose a la vida de la gran urbe, tanto es así que muchos adoptaron prácticas de los hombres locales para edificar su imagen y también conseguir reputación igual a la de chullas. Pues en última instancia, la importancia de la estructura socioeconómica es determinante en la definición de un sujeto de poder, más aún cuando posee acumulado los otros condicionantes.

Al final, con algunos chagras ya no hubo conflicto de no ser por apellidos. Todos nos conocíamos y sabíamos de dónde veníamos. Pero si continuaba siendo excluido era porque su situación socioeconómica no le daba para más. Había problemas porque no era socialmente aceptable. Los artesanos siempre fueron menores, los estudiados siempre fueron superiores. La cuestión económica termina imponiéndose.

(Entrevistado E01 radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

Con el apareamiento del chagra, el espacio se consolida como el nuevo campo simbólico de disputa para el chulla. La ciudad se convierte en el grado superlativo de esta lucha, pues el amor que destila y siente por la ciudad se inscribe como uno de sus principales mandamientos. Para el chulla como hombre urbano, la ciudad es el tesoro que hay que defender frente a múltiples enemigos, a como dé lugar, de múltiples maneras, con distintas armas o a través de dispositivos. Quito como símbolo del nuevo proyecto de nación necesita de justificaciones para que se lleven a efecto las disputas civilizadoras y de sometimiento a las otras masculinidades dominadas. La defensa a ultranza del hispanismo, las acciones para posicionar a la ciudad como patrimonio de la humanidad, la conservación del centro histórico como relicario colonial de arte, la emergencia por el rescate de los valores de la quiteñidad se convierten en casi obsesiones de los chullas y forman parte de sus estrategias por civilizar a otras masculinidades. En el ámbito cotidiano próximo de los chullas las disputas por la esquina, por las mujeres denominadas como quiteñas bonitas constituyen el justificativo del proyecto ideológico que se impone como razón de ser.

Los que nos quedamos en el Centro tuvimos que pelear por nuestra esquina, era cuestión de principios. No podía venir un longo o un chagra a quitarme mi guambra, a quitarme mi esquina, a

quitarle mi tienda. Entonces se hacen bravos los barrios, nosotros teníamos que darnos de trompadas para impedir que nos quiten nuestro espacio. Si los otros querían ganar espacio tenían saber pelear. Entonces se empieza a hablar de los machos de La Tola, de los machos de San Roque.

(Entrevistado E01 radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

El chulla y su devoción por la ciudad

El Quito rebelde y glorioso es evocado reiteradamente como parte del *performance* político [esto se evidenció en el trabajo de campo cuando a través de charlas, conferencias y debates, los miembros de *La colonia* abordan los problemas actuales de la ciudad. Notas de campo. 08 de mayo de 2011]. Entonces la actuación del chulla adquiere un carácter heroico como cuando el héroe debe ir a la guerra. Esta representación es eminentemente masculinista ya veta el acceso tanto a mujeres como a otros que no son dignos de acudir a ella. Lo propio del chulla como héroe es enfrentarse a todo aquello que represente peligro o ponga en juego su masculinidad y su territorio. Los peligros pueden tomar la forma de un chagra o cholo que acechantes pugnan por no solo por quitarles las “guambras del barrio” como lo testimonia un entrevistado sino que su heroicidad ha reconfigurado valores, por ejemplo, el honor maximizado en el deber de proteger a la ciudad, aunque para dicha actuación deba esgrimir razones de carácter chovisnista⁴⁹, pero también cotidianas.

El chulla tiene un enorme complejo de superioridad. El que nació en Quito tiene una genética muy especial, un sentido de superioridad, aunque es absurda, pero es cierta, ¿no?. Se siente que es mejor que los demás porque dentro de la estructura ecuatoriana, Quito, siempre fue lo mejorcito. Muy pocos pasajes de la historia narran acerca de otras ciudades. Toda la historia del Ecuador pasa en Quito. Antes y ahora. Casi no existe nada más que Quito. Esto nos da un tipo de orgullo porque si se conversa de la historia del Ecuador se conversa de Quito. Pero este espíritu nace en los barrios. Las principales familias vivían en el centro de Quito: los Donoso, los Chiriboga y un sinnúmero de familias decentes y familias buenas. Pero la gente del campo empieza a venir, empieza a llegar la gente de provincia y quieren ser más. Imagínate. Van y se toman San Roque, La Tola, San Marcos. A los indígenas siempre se los consideró de menor valía, por eso la gente que vivía ahí tuvo que pelear duro contra ellos por mantener sus posesiones. Tú tenías que aprender a sobrevivir con estas circunstancias. Luego la ciudad se hace grande, pero Quito sigue estando dividida por una infinidad de quebradas. Todos los barrios estaban separados por una quebrada. Entonces cada barrio es un fortín de defensa de Quito.

⁴⁹ El chauvinismo o rastacuerismo es considerado aquí como orgullo nacionalista o localista, un producto derivado del concepto de nación. Está relacionado con la idea de la "misión nacional" que era imaginada como la luz para otros pueblos menos afortunados. El chauvinismo en la construcción de la masculinidad tiene que ver con la manera subjetiva en que se consideran a sí mismos determinados hombres.

(Entrevistado E01, radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

La producción lingüística acerca de la devoción que inspira la ciudad y que abandera el chulla quiteño halla su respaldo en tres razones. La primera, la cultura letrada intenta organizar la heterogeneidad social de la ciudad en base a un criterio etnocentrista de la cultura propuesto en el binario: lo civilizado vs. lo no civilizado. La segunda, aparece un espíritu que se pone en juego y que abarca a todos los intereses que mueven determinadas acciones o prácticas, a este espíritu Bourdieu (2000) lo llamó la *illusio*. La tercera, tiene que ver con la modernidad, pero primordialmente con la ciudad como el lugar donde las “prácticas espaciales estructuran secretamente las condiciones determinantes de la vida social” (de Certeau, 1986: 96) entendidas como racionalización y organización (García Canclini, 2005). Estas tres razones se articulan en el abstracto de *quiteñidad* que inspiró y justificó todo el proceso de movilización que desplegaron un sinnúmero de agentes empeñados en la preservación de la ciudad, principalmente del Centro histórico que culminaría con la declaratoria de Quito Patrimonio Cultural de la Humanidad, en 1978. Solo desde este sentido se puede entender cómo este constructo político—ideológico en que se constituyó el chulla quiteño adquirió la dimensión de símbolo e ícono de la identidad de la ciudad.

Los capitales del chulla

No son solamente las prácticas del *habitus* es lo que diferencia a los chullas de otros hombres locales, como he venido insistiendo, sino la acumulación de varios capitales en los distintos campos. Bourdieu (2006) señala que el valor que posee un capital, además de su valor intrínseco, está dado por el tiempo de acumulación, en este sentido, el chulla quiteño, desde su aparición pública y notoria en la vida de la ciudad ha ido sumando valía.

De todos los capitales, el capital social y el capital cultural son los que mejor ha cultivado el chulla. Estos capitales le han permitido alimentar un *habitus* definidos como de clase, lo que le ha predisposto a vivir y a disfrutar de ciertas vivencias. Aunque, en una primera instancia el capital social del chulla haya sido favorecido por los lazos familiares y la mediación de las instituciones de reproducción social como los centros de enseñanza sobre todo tradicionales de Quito;

Si te pones a revisar la estructura mental del chulla quiteño, en el San Gabriel había curas y profesores que te hacían amar a Quito, eso es algo los otros colegios no tenían. Un cura, por ejemplo, se sabía la historia de cada nuestros apellidos. Eso en otros colegios no se da. Este cura, a los hijos de chagras, les hacía cerrar las ventanas, limpiar la pizarra o recoger los papeles... Entonces eso crea una cierta predisposición, para alejarse de eso que parece malo o pecado. Lo otro ya viene con el tiempo, en las reuniones, pero eso sí es lo de verdad.

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011)

Es en la consolidación de sus redes sociales constituidas en sus largas jornadas de homosocialidad, las que mejores frutos le han dado. El reconocimiento o el *status* del chulla se relaciona directamente con la trama de relaciones sociales y con el capital social que acumuló. En la vida del chulla todos éstos se tradujeron en recursos económicos, beneficios sociales y en momentos determinados representaron ascensos o cuotas de poder político.

El (...) redimió de la pobreza a mi familia. A partir de sus contactos todos mis tíos lograron nombramientos, se hicieron burócratas y ocuparon posiciones cimeras. El (...) ayudó a sacar de la pobreza a la familia. Nosotros vimos al (...) como la refulgencia de la familia, por su inteligencia, por su cultura, era la figura de la familia. Terminó millonario aunque nunca terminó ni el bachillerato... claro que era un autodidacta extraordinario.

(Entrevistado E05, empresario de 68 años, ex diputado, se autoreconoce como chulla quiteño. Tuvo como pariente cercano a un chulla quiteño muy conocido en la ciudad. Dirige un espacio de Opinión Pública en la radio y en la televisión, allí comenta el pulso político nacional. 08 de julio de 2011).

Este testimonio refuerza la importancia del capital social y de las redes que al chulla le sirven no solamente a él sino a toda una red de parientes y amigos que se teje alrededor del triunfo social de un chulla quiteño.

El (...) tenía contactos en todos los ámbitos, creo que se debía a su chispa increíble. No contaba cachos, sacaba chistes. Era una gran persona, enorme, gigantesco, todo el mundo se reunía alrededor de él solo para escucharlo. Oírle sus anécdotas era sensacional. Imagínese que va a pedirle un puesto al Presidente.

—Quiero ser intendente de policía—, le había dicho este chulla.

El Presidente le había respondido minimizándolo:

—¿Dónde aprendiste a ser intendente de policía?

A lo que el (...) le respondió:

—¿Y vos dónde aprendiste a ser presidente?

Le dieron, verá, el puesto de intendente. Desde ahí pudo hacer muchas cosas por sus amigos y familiares.

(Entrevistado E06 doctor en medicina, empresario de 62 años. Ex candidato a la alcaldía de Quito, ya en confianza se autoreconoce como chulla quiteño, estuvo en contacto con chullas insignes de la ciudad. Tiene un programa de radio donde aborda temas de misceláneos. 20 de mayo de 2011).

Los estereotipos difundidos

Como chulla quiteño hegemónico tuvo que afrontar permanentemente el asedio de los sectores que intentaban vulnerar su posicionalidad. Un primero habla de su desfiguración plasmada en dos productos culturales de enorme difusión: la novela de Icaza y *Don Evaristo*. Esta se refiere al uso de la genealogía para rescatar del olvido las huellas de la aristocracia y /o algún abolengo venido por la sangre. En los dos productos culturales mencionados, el personaje principal a la vez que trata de distanciarse de lo cholo busca incluirse y ser reconocido dentro de la gente bien o decente, por lo que busca, a como dé lugar, apropiarse de los elementos y valores del mundo aristocrático. La obstinación del chulla por lo aristocrático es tal que para calmar su necesidad, en todo momento, tiene que parecer caballero, vivir como caballero, comportarse como caballero; con la intención de lograrlo completamente incorporó la conjunción “y” entre sus apellidos, el anhelado efecto aristocrático (Espinosa Apolo, 2003: 49), esto en muchos casos sirvió para ridiculizarlo.

La exhibición del chulla fue permanente. Ningún caballero que se precie podría serlo del umbral de la casa para dentro. Como caballero y señor siempre tenía que estar a la altura, por lo que siempre debía mostrar su buen gusto al vestir: levita, camisa almidonada, zapatos refulgentes, línea bien marcada en el pantalón de casimir, sombrero bombín y pañuelo de seda en el ojal, además debía revelar sus aspiraciones para que sepan que no se trata de un don nadie, mantener el buen cuidado de su persona y mostrar su educación.

El chulla quiteño corporalmente era muy elegante. Bien vestido, por norma, eran elegantísimos, siempre estaban bien vestidos. Sin embargo, aparece el pobretón que copia esta forma de vestir y, se produce un desdibujo del chulla verdadero... Y para colmo vino a rematar Ernesto Albán⁵⁰, a partir de ahí ya no importaba lo que se pusiera, así fuera exagerado. Se puso chaleco, zapatos rotos a lo Chaplin. Evaristo era una caricatura del chulla como un imitador, poco elegante, un poco mamarracho, un poco valiente...

(Entrevistado E01, radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

El chulla quiteño hegemónico ostentó e hizo uso del poder simbólico que otorga el “gusto legítimo” (Bourdieu, 2006), de manera que su forma de vestir se convierte en un sinónimo de distinción y posición de clase. Sin embargo, debido a la fluidez entre lo subalterno y lo hegemónico, se produce una representación estereotípica de su forma de vestir que va a ser utilizada por la cultura popular, pues “supone de alguna manera una suerte de apropiación y

⁵⁰ Ernesto Albán es un actor ambateño que representó a Don Evaristo, representación insigne del chulla quiteño.

quizá recreación en algunas dimensiones, de elementos culturales de los sectores dominantes por parte de un sector subalterno” (Bustos, 1992; citado por Espinosa, 2003: 49).

En efecto, los beneficios simbólicos que otorga el gusto legítimo se ve reflejado en la exclusividad señorial del que hace uso el chulla quiteño hegemónico. Por su forma de vestir era percibido básicamente como un hombre urbano moderno y distinguido, sobre todo establecía distancias con los campesinos, indígenas, cholos, longos. Sus prendas le brindaban *status* social. De esto se apropiaron los sectores populares que cuando alguien querían zaherirlo a través de la injuria y la calumnia tejían historias acerca de la procedencia de la vestimenta: o era alquilada o era la única que tenía.

Sin embargo estos beneficios simbólicos empiezan a declinar y a debilitarse, ya que se ha extendido y masificado el uso de las prendas de vestir que caracterizaban al chulla quiteño. Por lo tanto, esta forma de vestir pierde el grado de exclusivo que originariamente le daban y pasan a convertirse como una forma de vestir característica de la burocracia, del empleado de las oficinas que empezaban a crecer en la ciudad. Entonces, al verse popularizado y desdibujado el gusto del chulla no tuvo más opciones que mutar, perdiendo de esta manera, aquella asociación simbólica de la leva como prenda de vestir característica del chulla quiteño.

La paternidad del chulla: Identidad tardía e esquizofrénica

El *status* público del chulla se construye básicamente dentro de un grupo amigos o pares que comparten similares condiciones, gustos o preferencias. Al interior del grupo circula la reputación y el reconocimiento de todos sus miembros. Cada uno se ubica en un espacio asignado por el *status* que posea.

El grupo llegó a constituirse en una forma de mundo social paralelo opuesto radicalmente al mundo doméstico, aunque continuamente el chulla quiteño expusiera en él su vida íntima. Este mundo social, a menudo, impone las reglas de juego, delinea los comportamientos y plantea los límites. Que el chulla sea padre, que el chulla sea esposo no se convierte en impedimento para el ingreso al grupo, siempre y cuando se acople a las reglas internas y no interfiera en la vida del chullerío. El chulla sin opciones acepta, pues su masculinidad necesita la afirmación de los otros hombres que viven lo mismo y que hacen lo mismo.

Al chulla quiteño además de los conflictos propios del grupo, le toca bregar con las disputas y tensiones que se arman al interior de su mundo doméstico. En él, el chulla asume la

representación como esposo y como padre. Como esposo es una figura ausente, ambigua, esquizofrénica, desligada totalmente del compromiso que significa el hogar. Igual sucede con la paternidad en la vida del chulla (y no solamente del chulla, sino en la vida de todo hombre) que sigue siendo considerada un aspecto determinante en la construcción de la masculinidad (Fuller, 1997; Gutmann, 2000; Andrade, 2001; Viveros 2002). Su ejercicio requiere de un sinnúmero de negociaciones a las que se suman como determinantes la posición social y económica, las redes circundantes alrededor de la familia, la influencia de los ámbitos homosociales del chulla, el *status* público y la incongruencia e incompatibilidad entre los ámbitos públicos y privados.

La confrontación en el grado de importancia dada a la paternidad y el mundo público ha dado lugar al surgimiento de paternidades ambivalentes: padres que asumieron escasamente sus deberes en la formación de sus hijos o negaron su condición de tales, pues su presencia fuera del hogar demandaba mayor cantidad de tiempo, reduciendo su presencia a instancias o presencias simbólicas. Por tal razón, otros miembros del hogar como la esposa o algún familiar y otras instancias sociales como la escuela representada por la figura del profesor debieron asumir dicha obligación paterna y cubrir dichas ausencias.

... el maestro de aquella época, por demanda de las madres de familia, hacía el papel de padre para el efecto de imponer normas. Por ejemplo: una madre acudía al inolvidable maestro primario señor Floresmilo Marcillo y presentaba una queja, solicitándole un castigo para su hijo que no respetaba reglas, pues el padre era casi nulo en esa misión. El señor Marcillo disponía que cuatro alumnos sostengan al rebelde; y él, personalmente, graduando la gravedad de la falta, le propinaba unos cuantos azotes con su cinturón. Era la figura de quienes, por años, fueron calificados como “padre y maestro”.

Enrique Echeverría G. La educación, artículo de opinión de *El Comercio* del lunes 4 de julio de 2011, página 12.

La paternidad conlleva un carácter relacional. Como se ha evidenciado involucra a todo el conjunto en el cual y por su intermedio se reproduce y conserva el sistema de género dominante. La familia, el hogar, el matrimonio, la escuela, la iglesia, y todo el conjunto de relaciones sociales y de parentesco se ven afectadas e influenciadas por el ejercicio de la paternidad y por las decisiones que la afectan.

Yo estuve casado 10 años la primera vez... Ya no paraba en la casa... Entonces planteamos que con eso no llegamos a nada, que los únicos que seguían sufriendo eran los guaguas, que la única salida era el divorcio. Como por arte de magia, un montón de personas fueron a verme a mi oficina, para cuestionar mi actitud, primero, luego mi decisión... inclusive fue el arzobispo a verme... Fue terrible, verás.

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011)

En el ejercicio cotidiano, la mayoría de los padres chullas no contribuyeron a la satisfacción de las otras necesidades de sus hijos que no fueran las materiales⁵¹. Sin embargo, la ausencia se ve tardíamente compensada. En la madurez del uno y, por lo general, en la vejez del padre chulla, surge la conciencia y la necesidad de transformar su historia personal luego de los excesos vividos en la juventud.

Casi nunca vi a mi padre. Sabía de él por los recortes de periódico y porque la gente me hablaba de él. Pero de ahí no sabía nada de él. Poquísimas veces lo vi en la casa. Ya en mi madurez, un poco antes de su muerte empecé a tratarlo. Descubrí que me había equivocado, que era un excelente ser humano. Llegamos a ser muy buenos amigos, él siempre estaba pendiente de mí. Me bromeaba inclusive compartimos unas dos o tres reuniones...

(Entrevistado E08 alto funcionario público, antropólogo, político. 58 años hijo de un chulla quiteño. 10 de abril de 2011)

Sobreviene la necesidad de retomar, reafirmar y reestructurar los lazos afectivos paternos con sus hijos o de buscar conciliación con su esposa, con la finalidad de dar sentido y cierre a su ciclo vital.

Continué mi vida de chulla hasta que ya no pude más... Al final estas cosas golpean... Llega un momento determinado en que uno tiene que escoger: vivir intensamente, pero poco; o largamente pero de manera reposada. Esto quiere decir pedir perdón a mujer e hijos, a todos.

(Entrevistado E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 20 de abril de 2011)

El chulla y las nuevas formas de organización cotidiana

La inserción laboral de la mujer modificó las estructuras sociales en todo nivel. En el orden práctico se produjeron conflictos por el desplazamiento del ejercicio del poder de los hombres sobre las mujeres.

La mujer no podía hacer nada porque no podía. No podía mandarle al carajo al chulla. No podía decir me voy, porque todas las mujeres afrontaban el mismo problema y sería una muestra de deslealtad abandonar al esposo. Pero las cosas empezaron a cambiar desde el 70. La mujer ya tiene un empleo de oficina. Quito empieza a crecer. Ellas se van de secretarias, ya no quieren quedarse en la casa. Llega la independencia económica a la mujer. Son tiempos donde la mujer empieza a pelearle al

⁵¹ En el sentido tradicional, el lugar social de los hombres sigue considerándose como el de proveedor económico y protector de la familia. En el caso del estudio, los hombres de clase media— alta aún hasta hoy mantienen cierta independencia y distancia con la formación de sus hijos, administran todos los ingresos económicos del hogar y asignan recursos a las esposas para las necesidades del hogar.

marido porque ya tenía plata, pues. Si me jodes me voy. Y comienzan los divorcios aquí y allá. Entonces el chulla ya no puede seguir con sus andanzas de la misma manera. Antes la vida giraba entorno a la decisión del marido, pero a partir de la independencia de la mujer ella es la que decide.

(Entrevistado E01, radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

La organización doméstica se transforma como consecuencia del trabajo de la mujer. Muchas de ellas se convierten en jefas de hogar, debido a que optaron por el divorcio o la separación antes que seguir soportando las “andanzas de chullas”. Debido a la influencia del feminismo aparecen instancias de apoyo legal e institucional para hacer respetar los derechos de las esposas.

Sin embargo, algunas mujeres optaron por continuar soportando el poder y la violencia masculinista del chulla, pero como una estrategia para compartir la trascendencia, el reconocimiento público, pues simbólicamente el chulla seguía siendo considerado, en todos los niveles de la sociedad quiteña, como el representante legítimo de los habitantes de la ciudad. Este renombre le convalida una vida conyugal infeliz.

(...) A pesar de lo mujeriego que era este chulla, se casó una sola vez. En medio de lo hijueputa y traidor que era, lo divertido que era, ella lo aguantaba. Nunca tuvieron hijos completar la imagen de la familia. El (...) fue una eminencia, mantuvo las borracheras de presidentes siempre en secreto y en silencio. El (...) prácticamente lo mantuvo en el poder al presidente (...), inclusive le falsificaba las firmas. Eso a ella también le daba prestigio. Ella es la mujer de (...) y era como si él mismo fuera. Recibía atenciones, se abrían las puertas.

(Entrevistado E05, empresario de 68 años, ex diputado, se autoreconoce como chulla quiteño. Tuvo como pariente cercano a un chulla quiteño muy conocido en la ciudad. Dirige un espacio de Opinión Pública en la radio y en la televisión, allí comenta el pulso político nacional. 08 de julio de 2011).

La violencia estalla cuando son las mujeres quienes anhelan trascendencia social y pública sacando del camino a los hombres. El sistema de género dominante se reacomoda al evidenciar la masculinización de las mujeres, pues al adoptar las aptitudes y prácticas de los hombres, ellas son desacreditadas. Es precisamente aquí, cuando el sistema de género hace sentir todo su poder, pues la chulla, la chullita, la chullona fueron términos utilizados para designar a la mujer como transgresora, travestida en las actitudes masculinas. La accesibilidad sexual permanente vista como positiva en el chulla quiteño hombre, en la mujer chulla en cambio se vuelve condenable y raya próxima a la prostitución. El sistema de género a través del descrédito impone el control de

la sexualidad de las mujeres. De esta manera la mujer chulla no se constituye el equivalente femenino de su par el chulla sino que es vista como su degradación.

Pero también el sistema de género dominante muestra sus fisuras cuando muestra que la infidelidad femenina funciona como una estrategia de resistencia al poder masculinista o machista del chulla.

Ella le tenía así... ¡pisado! a este chulla que era su esposo. Increíble, pero éste le tenía una veneración tal a su esposa, veré. Ella era una mujer muy linda, muy guapa. Más que inteligente muy astuta. Siempre le dio a entender al (...) que él no era el dueño absoluto de ella, y que en cualquier momento ella se iba a ir. Esa fue la astucia trabajada por ella durante toda la vida que le mantuvo al (...) anclado al matrimonio. Bien vestidita. Chullita. Parece que un día ya se cansó de las trapasías y las traiciones de este (...) y ella también empezó a saltar al ruedo, ¿me explico? Chullita, a la final.

(Entrevistado E05 empresario de 68 años, se autoreconoce como chulla quiteño, pero también tuvo como pariente cercano a un chulla quiteño muy conocido en la ciudad. Dirige un espacio de Opinión Pública en la radio y en la televisión, allí comenta el acontecer político nacional. 08 de julio de 2011).

Lo chulla se identifica con lo sexual y lo hipersexuado, lo que en el hombre es un atributo socialmente aceptado en cambio en la mujer se convierte en un agravio para todo el sistema de género dominante. Esta forma de apreciación subjetiva refuerza al machismo como organización patriarcal y autoritaria que se caracteriza por la exacerbación de la virilidad en detrimento de la figura femenina (Fuller, 1997).

Los usos del chulla

El chulla quiteño como construcción cultural además de constituirse en el ícono y figura representativa de la ciudad ha sido utilizado por los practicantes⁵² de diversas maneras:

Como personaje literario el chulla quiteño hace su aparición en varias obras, de ellas la que mayor trascendencia alcanzó fue la novela de Jorge Icaza, *El chulla Romero y Flores*. Foucault pone de relieve que el discurso que se halla contenido en una obra debe ser comprendido en la relación existente entre el campo en el cual ella se produce y el campo en el que la obra es recibida (Foucault citado por Jiménez, 2004).

El chulla quiteño como se ha planteado se constituyó como una clase hegemónica lo que produjo reacciones, nuevos comportamientos, acciones políticas principalmente de resistencia, de intercambio o de reconstrucción de su imagen y figura por parte de los sectores subalternos

⁵² Término acuñado por de Certeau que sustituye al término consumidor.

(de Certeau, 2008). Así, la novela de Jorge Icaza, *El chulla Romero y Flores*⁵³, presenta una sátira a lo que se constituye el chulla hegemónico o representante del poder. Icaza lo presenta como un bribón sumido en la ambivalencia por sus complejos, con un deseo de emulación y pretensión siempre insatisfechos, con un grado de moral muy bajo, procede de la clase media venida a menos, se presenta como un buscavidas de baja ralea que no posee más que una sola leva y que lleva por camisa solo la pechera.

En efecto, dicha novela ha gozado de gran receptividad y aceptación principalmente en el campo educativo, justamente allí donde la escuela se constituye un dispositivo, desde donde el poder organiza su funcionamiento (Foucault, 2009). La escuela como institución desempeña un rol predominante en los procesos de socialización y en la reproducción de la estructura social. Por lo tanto, afirmo que, si bien la novela de Icaza puso en el imaginario de la gente un modelo de chulla quiteño gestado como una forma de resistencia a lo hegemónico y nutrido por elementos populares, este estereotipo se perpetuó y oficializó más que cualquier otro por mediación de un pensum oficial como son los planes y programas instituidos por parte del Ministerio de Educación que exige como obligatorio la lectura de algunos libros, entre ellos la novela citada. En esta instauración del estereotipo del chulla acuden “la voluntad y criterio de verdad” que apoyan las políticas de distribución institucionales hechas a través de mecanismos de presión y coercitivos (Foucault, 2002).

Sin embargo resulta contradictorio, por ejemplo, que los niños que se encuentran con el “mal ejemplo” representado en la figura del chulla quiteño⁵⁴, en la algarabía que producen las fiestas de Quito las instituciones que denostan la imagen del chulla les motiven a levantar escenarios, desfiles y entre la infinidad de números programados hagan aparecer en escena el chulla quiteño como lo más representativo que tiene la ciudad.

Los usos que se ha dado a la figura del chulla quiteño siempre están en relación con Quito como ciudad. García Canclini (2005) plantea que la ciudad constituye un elemento teórico que permite entender la interacción existe entre los habitantes. En 1988, en la alcaldía de Rodrigo Paz se lanza la campaña *Quito compromiso de todos*. Una campaña donde “la ciudad no

⁵³ En el trabajo de campo se entrevistó a chullas quiteños que ostentan un título oficial conferido por el Municipio de Quito y también a algunos quiteños que asumen actualmente ese membrete de manera voluntaria. Coinciden estos dos grupos en sentirse afectados por el retrato hecho por Icaza. Inclusive algunos de ellos niegan la autoría de la obra a Jorge Icaza y la atribuyen a su esposa, justificativo que pone en evidencia, según ellos, que fue una obra inspirada en el rencor, pues Jorge Icaza, en versión de ellos, fue un chulla.

⁵⁴ En *Leyendas y ensueños*, de Fabiola Carrera (2005), en la pág. 65 aparece un poema que habla de todos los vicios que tenía el chulla quiteño.

solo como un espacio físico, un modo de ocupar un espacio, de aglomerarse, sino también como lugar donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización, con las pretensiones de racionalizar la vida social” (*Idem*:72). Con dicha campaña se ponen en debate las costumbres rurales traídas por la afluencia migratoria que recibe la ciudad. La imagen del chulla, en *Don Evaristo*⁵⁵, “es la figura encargada de tejer el vínculo entre la Municipalidad y el pueblo quiteño”⁵⁶ que de una manera sutil retoma el proceso de disputa simbólica por “los usos sociales y culturales de la ciudad” que se ha venido dando desde el comienzo de la modernidad, precisamente desde la aparición del chulla como figura hegemónica. El intento de esta política institucional es acabar con las manifestaciones “no civilizadas” que siguen subsistiendo en la urbe (Kingman, 2004: 33). En esta campaña de disciplinamiento los medios de comunicación juegan un papel importante en la reconstrucción y reconceptualización de la memoria de los habitantes de la ciudad.

Este chulla reimaginado, el *Don Evaristo* de la campaña, resulta efectivo en el propósito de ejecutar la vigilancia sobre los ciudadanos para erradicar las “malas costumbres”. Se actualiza otra vez el sentido de la quiteñidad, pero como una red de vigilancia que se extiende por todas partes (Foucault, 2009), especialmente a través de “acciones patrimoniales” implantadas que fueron “concebidas como estrategias de separación y de distinción” (Kingman Garcés y Goetschel, 2005:107) entre los habitantes de la ciudad.

Para terminar, he dejado estos usos del chulla quiteño como colofón de este trabajo para plantear una última reflexión acerca de las representaciones masculinas que el chulla ha tenido desde su aparición que delata su vigencia en Quito. Estas representaciones han abordado al chulla desde su condición una natural, es decir, se lo muestra como una identidad de género nacida y asumida como hombre que debe actuar de tal manera que se ratifique su condición. Una segunda representación aborda la esfera doméstica del chulla como padre y como esposo; y finalmente, una tercera, la pública que es la de mayor trascendencia alcanzada por el chulla.

⁵⁵ En 1988 se impulsó la campaña *Quito compromiso de todos* cuyo símbolo era don Evaristo. En los actuales momentos una serie de *spots* publicitarios, que muestran a un don Evaristo con variantes de la primera versión, se presentan en la televisión. A pesar de las similitudes que los dos dibujos puedan tener, la esencia se ha visto alterada. Esto ha ocasionado reacciones por parte de los gestores de la idea primigenia. Por otra parte, las dos campañas tienen claramente un objetivo de motivar un orden a través del control, de poner en marcha una micropolítica.

⁵⁶ Entrevista a Edgar “el negro” Cevallos, 62 años. Ideólogo y creador de *Don Evaristo* utilizado en la campaña del Municipio de Quito, en 1988. Se reconoce como chulla quiteño. 2 de junio de 2011

En efecto, estas representaciones contribuyen a demostrar lo contradictorias que pueden resultar las identidades a lo largo de los ciclos vitales de los sujetos. El chulla quiteño como ser falible grafica que por contingencias circunstanciales, los individuos se ven en la obligación de priorizar una representación dejando de lado a las otras. Esto deja en claro que existe innumerables maneras de ser hombre y que en cada una el guion de la masculinidad se actualiza permanentemente.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

Esta una nueva biografía del chulla quiteño se ha constituido en un esfuerzo por buscar significados, dar voz a los sujetos de estudio (a los que quedan); propiciar su autodefinición para reconstruirse a través del relato como seres con una historia que rompe el límite entre el mito y la realidad. A través del análisis de una serie de entrevistas, relatos de experiencias de hombres de la ciudad, la visita a los lugares y escenarios donde el chulla hizo su aparición, la revisión de fuentes indirectas como recortes de prensa, compilaciones que reviven a personajes de la ciudad y la información teórica pertinente, se analiza la recurrencia de que a la par que se le asigna un puesto de significativa importancia como una de las insignias de Quito muchos hombres, en una primera instancia, no se sienten a gusto al momento de ser identificados como tales.

Esta tesis planteó que el chulla quiteño como identidad es producto de influencias étnicas y de ubicación en el espacio social, en efecto las relaciones de poder que este constructo tejió propició una metamorfosis del sentido tradicional, lo que llevó a un buen grupo de chullas a reubicarse en otras esferas socialmente reconocidas, pues este colectivo retomaba un ideario político-ideológico que era el propósito con el que había nacido, y a la vez dejaba como contraparte una versión de sí mismo en las clases populares que a la vez se convirtió en su parodia o descrédito.

Por lo tanto la existencia del chulla popular como constructo subalterno implica necesariamente su opuesto, es decir, un chulla quiteño hegemónico. Justamente entender todo este proceso direccionó el empeño de esta tesis sobre todo para explicar esta compleja relación en la bifurcación del chulla, en la coexistencia de varias interpretaciones que terminaron trastocando la realidad hegemónica por una descripción de corte literario y fabuloso que eternizó una figura que se ha alejado de lo que se constituiría una interpretación científica, surge así un personaje no un sujeto del chulla quiteño.

El planteamiento de la existencia de estos dos chullas quiteños permitió analizar también, aunque de manera sucinta el forcejeo y conciliación entre una modernidad paralela a la modernidad de lógica capitalista de origen europeo; por un lado el chulla renuncia al espíritu del capitalismo mientras que por el otro se adhiere a la filosofía del orden, de la disciplina, del trabajo. Así las prácticas de los chullas quiteños se diferenciaron, los de los sectores populares

apelaron a esos otros códigos que rigen para enfrentar y sortear situaciones duras, frecuentemente acudieron a sistemas de intercambio y relaciones de reciprocidad informal donde generalmente incumplieron los pactos, mientras las prácticas de los chullas dominantes fueron totalmente diferentes apegados a rituales tradicionales como el honor, etc. Sin embargo se reconoció en esta tesis la fluidez relacional establecida entre estos dos y en sus sectores de acción donde ambos se permearan recíprocamente, enriqueciéndose el uno al otro permitiendo de esta manera la existencia de un constructo cultural hasta hoy.

Como resultado de la indagación, esta biografía muestra la construcción del chulla desde su génesis político –ideológica como el pendonero del proyecto moderno de Quito como nación iniciada en la Constitución de 1812, una muestra de ello es que su revalorización de significado se opera cuando a la palabra chulla se le añade el gentilicio “quiteño” cuya carga de valor simbólico aporta distinción y clase. Este proyecto ideológico que se encarna en el chulla quiteño significó la puesta en marcha de su agencia en acciones de ornato, higienismo, urbanidad como primer paso para la patrimonialización de la ciudad y posteriormente la utilización de su figura como agente mediador para el disciplinamiento de los habitantes de la urbe. Esta trayectoria del chulla quiteño solo es entendible desde la perspectiva que se plantea en esta tesis, sigue y continúa aún haciendo sentir su fuerza y agencia en la ciudad. No es gratuita la aparición de anuncios que insten al rescate de los valores tradicionales y característicos de los quiteños, los sábados patrimoniales, el uso de símbolos relacionados con la quiteñidad por parte de políticos para alcanzar réditos electorales.

Esta tesis propuso el análisis del chulla quiteño desde lo étnico desde la perspectiva de la “frontera étnica”, pues ésta considera lo étnico como un campo de conflicto de poder donde se muestran las relaciones jerárquicas existentes en las formaciones sociales que subyace en las configuraciones particulares y que se mantiene presente a lo largo del tiempo y se convierte en determinante en la producción y renovación de prácticas en los diferentes campos como el cultural, el social, el simbólico, el económico, y en este marco se entiende las disputas por el centro histórico, el uso de la violencia física y simbólica, los fines civilizatorios de las campañas mediáticas, etc.

Este enfoque permitió entender las motivaciones y ejecuciones de determinadas acciones que caracterizan a los chullas quiteños como el amor y la defensa de la ciudad, la movilización para declararla patrimonio, el rol político que cumplieron la Academia de Historia y Academia

de la lengua, estos y otros espacios se convirtieron en una lucha y disputa simbólica de poder, cuyos trasfondo ideológico rasgos ideológicos más evidente se muestra en las fiestas de Quito, que visto desde la perspectiva propuesta en esta tesis responde a un proyecto ideológico de nación iniciado en la Constitución quiteña de febrero de 1812.

Esta tesis propone una nueva interpretación para las fiestas de Quito a partir de un parricidio simbólico como una práctica del *habitus* del chulla quiteño. A través de él se explicaría que las fiestas de Quito no celebran la entrada de los españoles a la ciudad, pues ellos lo hicieron, según datos históricos, en fechas totalmente diferentes al 06 de diciembre, si los festejos celebraran este hecho hispanizante se hubiera aceptado como oficiales las otras fechas, pero esto habría significado una aceptación al padre colonizador, lo cual no cabía, pues este no sería compatible con el ideario del chulla quiteño. Pero tampoco se acepta celebrar, como muchas voces habían propuesto en reiteradas ocasiones, el uno de diciembre fecha en que Rumiñahui condecorador de la muerte de Atahualpa ordena incendiar la ciudad, aceptar esta fecha para las celebraciones hubiera implicado aceptar y dar un paso total a la indianidad, pues este hecho implica ceder la ciudad a la resistencia indígena y esto tampoco cabe en ese ideario de nación quiteña. Entonces se busca una fecha más conciliadora para sus intereses, esta es la fecha en que se registra a los habitantes del caserío de Quito, el 5 de diciembre. Desde luego que esta fecha simbólica eleva el reconocimiento de la ciudad, de la nación como la madre de un proyecto afín al dictado en 1812 con la Constitución Quiteña.

No solamente la cuestión étnica se manifiesta como latente en el chulla sino que se suman a ella otros criterios como los económicos y concretamente el de clase. Estos aspectos permiten definir y entender su ambigüedad y complejidad, ya que la propuesta en esta tesis fue verlos no solamente desde la perspectiva material sino que abarcaran también los aspectos subjetivos como el amor a la ciudad.

Esta tesis mostró el itinerario de la posicionalidad del chulla en el espacio social, manteniendo en firme la propuesta de que el chulla quiteño como identidad es producto de influencias étnicas y de acomodo en el espacio social. Para argumentar esta metamorfosis social del chulla quiteño se recurrió al *status* como elemento de reconocimiento, al volumen y al tiempo de acumulación de los capitales, es decir, se revisó el uso que él hizo de los elementos culturales, sociales o simbólicos que poseyó y que en un momento determinado se tradujeron en cosas

materiales valiosas para darle una reputación y situarle socialmente. Pero de todo lo que él sacó más provecho fue del capital social, traducido en redes y contactos.

El reposicionamiento de los chullas quiteños en el espacio social implicó cuestiones prácticas de gusto y distinción de clase. Esta consolidación del chulla quiteño como clase hegemónica permitió la aparición y circulación de productos culturales como discursos de resistencia y contrahegemónicos. Por tal razón aparecen como parodia el personaje de la novela de Jorge Icaza *El chulla Romero y Flores* y *Don Evaristo Corral y Chancleta*, poniendo en evidencia que en el constructo chulla subsiste elementos populares y que son los que han sobrevivido en el imaginario.

Esta tesis también mostró la vigencia del binario como sistema de clasificación. La imagen del sujeto salvaje presupone presencia del blanco mestizo como elemento hegemónico civilizador. La importancia de este precepto radica en que en los actuales momentos sigue siendo utilizado por los sectores hegemónicos y de poder. Así el chulla, ahora como el dibujo animado de Don Evaristo aparece con los mismos fines en las pantallas de televisión. El chulla retoma la autoridad simbólica y otra vez asume ese rol civilizador e impone normas de urbanidad a los sujetos que habitan la ciudad.

A través de la voz plural que posee esta nueva biografía del chulla quiteño, se pudo llegar a la conclusión de que este constructo debe ser tratado como “un todo” y no visto en partes, pues la masculinidad del chulla puede ser compartida con otras formas de ser masculinas urbanas, su ideario político compartido con otros sujetos políticos, pero solo la presencia de condicionantes como el parricidio étnico-racial, el proyecto ideológico-político de Quito como nación, la acumulación de los capitales cultural y social, la forma de vestir, etc. dan como resultado la conformación del chulla quiteño. Solo así el chulla alcanza distinción y reconocimiento entre las figuras masculinas urbanas con las cuales comparte prácticas comunes.

Conformado así el constructo chulla quiteño su funcionamiento se vuelve casi automático y no admite cuestionamientos gracias al *habitus* que es reforzado en el diario vivir a través de las instituciones sociales como la familia y la escuela.

El uso del concepto de hegemonía en esta tesis permitió interpretar la masculinidad del chulla como hombre otorgándole el valor de figura emblemática de la masculinidad de la ciudad sobre las otras masculinidades de arraigo popular y foráneo. De esta manera el chulla quiteño pasa a convertirse en figura hegemónica en Quito, por lo que muchos de sus *habitus* y prácticas

fueron copiados y tergiversados, lo que provocaría que muchas cuestiones fueran percibidas como normales a la par que naturalizadas. Así aceptó la presencia de la amante, la ausencia del hogar del hombre del hogar, la delegación a la esposa de todos los conflictos de la casa, etc. poniendo en evidencia que el sistema de género se actualiza permanentemente lo que garantiza la continuación de lo hegemónico.

El género como constitutivo de las relaciones primarias de poder demostró en esta tesis que lo chulla está exclusivamente relacionado con la construcción sexual masculina. Cuando a una mujer se le otorgan los atributos equivalentes a la hipersexualidad de la que hace gala el chulla, todo el sistema reacciona y acuden mecanismos prácticos de violencia para imponer el control sobre la sexualidad femenina, estos mecanismos pueden ser físicos o simbólicos.

Quedó demostrado que el guion de género del chulla responde a un *status* de macho que le ha otorgado reconocimiento público especialmente en el imaginario. El *performance* del chulla quiteño se desarrolla principalmente fuera del hogar, lo que hace que su identidad se vuelva sumamente compleja, contradictoria y esquizofrénica con relación a la familia, al matrimonio, a la paternidad. Es decir, su masculinidad se cimentó en función del “oficio de chulla”, que no calza o empata con lo que en un momento determinado el imaginario puede considerar como prácticas del hombre bueno o buen hombre. Esto pone de relieve la necesidad de crear nuevos significados sociales permanentemente para los roles de género en concordancia con los cambios estructurales que rigen las épocas. Por lo tanto, la reconceptualización de la paternidad, el matrimonio, la familia en el chulla responden a un proceso de concienciación originado por influencias de los cambios producidos por los nuevos contextos culturales, sociales, políticos y económicos que modifican la vida cotidiana sobre todo por efecto de las nuevas resignificaciones de los roles y del empoderamiento de las mujeres.

El chulla quiteño a través del tiempo encontró eco en el poder pluriespacial y mediático del discurso escolar, de las fiestas de Quito y de una campaña institucionalizada de civilidad urbana que sutilmente estimula el afecto y la nostalgia en los espectadores tanto en los años 1988 como en el presente, alejando los estadios de comprensión de la sociedad quiteña y ecuatoriana de esta construcción de sujeto del chulla quiteño. La economía del olvido puede costar mucho con el tiempo cuando las políticas y acciones públicas no contribuyen a la reflexión y confrontación del pasado con el presente en afán de encontrar las singularidades de lo que en suma somos ahora, un batallar de años de construcción y deconstrucción de nuestras identidades.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Milagros et. al (2005) *Quito imaginado*. Convenio Andrés Bello, Taurus, Universidad Nacional de Colombia, FLACSO.

Andrade, X (2001) “Introducción masculinidades en el Ecuador: contexto y particularidades, en *Masculinidades en Ecuador*, Andrade, X. y Herrera, Gioconda (editores) Flacso- UNFPA. Quito.

Ardaya, Gloria (2003) “El género en la familia”, en Simón Pachano, comp. *Antología. Ciudadanía e identidad*. FLACSO - Sede Ecuador. Quito.

Archetti, Eduardo (2003) *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en Argentina*. Editorial Antropofagia. Buenos Aires.

Badinter, Elisabeth (2009) “El enigma masculino. La gran X”, en *El género en el derecho. Ensayos críticos*, Ramiro Ávila Santamaría, Judith Salgado y Lola Valladares (comp.). Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Quito-Ecuador.

Bajtín, Mijaíl (1986) *Problemas de la poética de Dostoievski*. Fondo de cultura económica. México.

_____ (2003) *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Alianza Editorial. Madrid.

Benavides, Hugo (2007) Medardo Angel Silva: las voces inefables y el ser cholo en Guayaquil, trad. X. Andrade, en *Íconos No. 27*. FLACSO –Sede Ecuador. Quito.

Bourdieu, Pierre (1982) “La identidad y la representación” en *Ecuador Debate no. 67*, CAAP, Quito.

_____ (1998) *La masculinidad: aspectos sociales y cultural*, Abya - Yala Quito.

_____ (2000) “Espacio social y poder simbólico” en *Cosas dichas*. Gedisa. Barcelona.

_____ (2006) *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid. Taurus.

_____ (2007) *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

_____ (2010) *El sentido social del gusto: elementos para una sociología de la cultura*. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires.

Burbano de Lara, Felipe (2010) *Transiciones y rupturas. El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX*. Flacso Ecuador – Ministerio de Cultura. Quito - Ecuador.

Burgos, Hugo (1977) *Relaciones interétnicas en Riobamba: dominio y dependencia en una región indígena ecuatoriana*. Instituto Indigenista Interamericano. México.

Bustos, Guillermo (2007). “La hispanización de la memoria pública en el cuarto centenario de fundación de Quito”, en Christian Buschges, Guillermo Bustos y Olaf Kaltmeier (Comps.) *Etnicidad y poder en los países andinos*. Corporación Editora Nacional, Quito.

Capello, Ernesto (2004) “Hispanismo casero: La invención del Quito hispano”, en *Procesos revista ecuatoriana de historia*, Corporación editora nacional. Quito- Ecuador

Cañete, María Fernanda (2008) “Las clases medias en la estructura social. Apuntes para la discusión” en revista *Ecuador Debate No. 74, agosto*. CAAP, Centro Andino de Acción Popular, Quito, Ecuador.

Certeau, Michel de (1976) *La invención de lo cotidiano, vol. 1*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente : Universidad Iberoamericana. México, D.F.

_____ (1986) en *Signo y pensamiento. Usos y tácticas de la cultura ordinaria*. <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/268/26814208.pdf>. Visitada el 20 de julio de 2011.

_____ (2008) “Andar en la ciudad”, en *Bifurcaciones revista de estudios culturales urbanos, No. 7*.

Connel, R. W (1987) “La organización social de la masculinidad” en Valdez y Olavarría (eds). *Masculinidades, poder y crisis*. Ediciones de las mujeres, No. 24, Santiago de Chile: Isis International/ FLACSO

Cueva, Agustín (1986) *Lecturas y ruptura. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*. Editorial Planeta. Quito

Diccionario de la lengua Española. Vigésima segunda edición.

Donald, James (2003) “El ciudadano y el hombre de mundo “ en Stuart Hall y Paul du Gay (Comps), *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Echeverría, Enrique (2011) “La educación”, en *El Comercio*, 04 de julio de 2011, página 12.

Emiliozzi, Sergio (2001) “Michael Foucault: una aproximación en torno al concepto de poder”, en *Del poder del discurso al discurso del poder*, Ana María García Raggio (Comp.). Eudeba, Buenos Aires.

Espinosa Apolo, Manuel (2003) *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito. Primera mitad del siglo XX*. Universidad Andina Simón Bolívar, ABYA YALA, Corporación editora nacional. Quito.

_____ (2006) “Los disfraces del cholero”, en *Revista nacional de cultura Encuentros No. 9*. Consejo Nacional de Cultura. Quito

- _____ (2008) *Los mestizos ecuatorianos*. Colección Bicentenario. Ecuador
- _____ (2009) *Insumisa vecindad. Memoria política del barrio San Roque*. Colección Quito Eterno. Quito.
- Figuerola, José A. (2006) “El chulla Romero y Flores y los dramas del mestizaje”, en *Revista nacional de cultura Encuentros No. 9*. Consejo Nacional de Cultura. Quito
- Foucault, Michael (1992) “Nietzsche, la Genealogía y la Historia, en *Microfísica del poder*. Las Ediciones La Piqueta. Madrid
- _____ (1998), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI de España Editores. Madrid.
- _____ (2002) *El orden del discurso*. Fábula, Tusquets Editores. Barcelona
- _____ (2009) *El gobierno de sí y de los otros: curso en el college de France (1982-1983)*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Fuller, Norma (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias Varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Pontificia Universidad Católica del Perú, fondo editorial. Perú.
- _____ (1997). *Identidades masculinas*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Perú.
- _____ (1996). “Los estudios sobre masculinidad en el Perú”, en Patricia Ruiz-Bravo, editora *Detrás de la puerta, hombres y mujeres en el Perú de hoy*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Perú.
- García Canclini, Néstor (1984) “Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular”, en *Revista Nueva Sociedad No. 71, marzo – abril*.
- _____ (2005) *Imaginarios urbanos*. Eudeba. Buenos Aires, Argentina.
- García Muñoz, Alfonso (2004) *Estampas de mi ciudad*. Libresa. Quito.
- Gilmore, David D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Ediciones Paidós. Barcelona
- Goetschel, Ana María (2007) *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas. Quito en la primera mitad del siglo XX*. FLACSO Sede Ecuador – Abya Yala. Quito.
- _____ (2008) “Educación y formación de las clases medias” en revista *Ecuador Debate No. 74, agosto*. CAAP, Centro Andino de Acción Popular, Quito.

Goffman, Erving (2001) *La representación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu. Buenos Aires.

Guasch, Oscar (2008) *Héroes, científicos, heterosexuales y gays*. Ediciones Bellaterra. España

Guerrero, Andrés (1998) “Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria”, en *Iconos No.4*. FLACSO. Quito.

_____ (2001) “Frontera étnica en el espacio de la crítica”, en *Íconos No. 11*. FLACSO. Quito.

Gutiérrez, Alicia (2004) “La teoría de Bourdieu en la explicación y comprensión del fenómeno de la pobreza urbana” en Luis Enrique Alonso, Enrique Martín Criado y José Luis Moreno Pestaña (eds.) *Pierre Bourdieu: Las herramientas del sociólogo*. Editorial Fundamentos - Colección Ciencia. Madrid.

Gutmann, Matthew (2000) *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. Colegio de México. México.

Hobsbawm, Eric (1983), “Introducción: La invención de la tradición”, en *La invención de la tradición*, Editorial Crítica, España

Ibarra, Hernán (2004) “El populismo en la política ecuatoriana contemporánea” en *Releer los populismos*. Centro Andino de Acción Popular. Quito – Ecuador.

_____ (2008) “Notas sobre las clases medias ecuatorianas” en revista *Ecuador Debate No. 74*, agosto. CAAP, Centro Andino de Acción Popular, Quito, Ecuador.

Jiménez, Isabel (Coord.) (2004) *Ensayos sobre Bourdieu y su obra*. Plaza y Valdés Editores. México.

Jurado Noboa, Fernando (1996) *La Ronda: nido de cantores y poetas*: Libresa. Quito

_____ (2009). *Ensayo sobre el chulla Quiteño 1700- 2009*. Quimeradreams Editores. Quito.

Kaufman, Michael (1997), “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Revista *Ediciones de las Mujeres No. 24*. Isis Internacional. Santiago, Chile.

Kingman Garcés, Eduardo (1994) “¿Qué es lo que hace pequeñas a nuestras ciudades?”, en *Revista Íconos No. 4*. FLACSO. Quito.

_____ (2004). “Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura” en *Íconos No. 20*. FLACSO. Quito.

_____ (2008) *La ciudad y los otros. Quito 1860 -1940. Higienismo, ornato y policía*. FLACSO – Sede Ecuador – Fonsal Quito- Universitat Rovira i virgili. Quito.

Kingman Garcés, Eduardo y Goetschel, Ana María (2005) “El patrimonio como dispositivo disciplinario y la banalización de la memoria: una lectura histórica desde los Andes”, en *Regeneración y revitalización urbana en las Américas: hacia un estado estable*. FLACSO-WWICS- USAID. Quito.

Kingman Riofrío, Nicolás (2002) *Relatos y crónicas. Obras completas. Tomo II*. Diario La Hora. Quito

_____ (2005) “El terrible Martínez” en *Parias, perdedores y otros antihéroes: Quito y sus célebres personajes populares*. Edgar Freire Rubio y Manuel Espinosa Apolo (eds.). Trama. Quito. 2005.

Kimmel, Michael (1997) “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en Ediciones de las Mujeres No. 24, ISIS International, Santiago de Chile.

_____ (2008) “Los estudios de la masculinidad: una introducción”, en *La masculinidad a debate*. Icaria mujeres y cultura. Barcelona

Larrea, Fernando (1999), “Cómo un indio va a venir a mandarnos” en *Masculinidades en el Ecuador*, X. Andrade y Gioconda Herrera (eds.). FLACSO. Quito.

Lopez, Pierre (2001) “Los personajes masculinos de Pablo Palacio: orden y desorden en la masculinidad del buen caballero”, en *Íconos No. 11*. FLACSO. Quito.

Luna Tamayo, Milton (2000) Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX, en Jorge Núñez (comp.) *Antología de historia*. FLACSO. Quito.

Martínez, Carmen (1994), “Racismo, amor y desarrollo comunitario” en *Revista Íconos No. 4*. FLACSO-Ecuador, Quito.

Martínez Valle, Luciano (2007). “Siete aportes de la investigación sociológica de Bourdieu”, en *Ecuador Debate No. 72*. Centro Andino de Acción Popular. Quito

Michelena, Esteban (2007) *200 años de humor quiteño*. FONSAAL : Citymarket. Quito.

Paz y Miño, Juan (2011) “Quito a debate, Metro y peatonalización”, en *Quito y su historia*. El Comercio, pág. 16. Quito.

Peluffo, Ana y Sánchez Prado, Ignacio (2010) “Introducción” en Ana Peluffo e Ignacio Sánchez Prado (eds.) *Iberoamericana*- Madrid.

Polo Bonilla, Rafael (2010) "Crítica y modernidad. De la emergencia Tzantzica al frente cultural", Felipe Burbano de Lara (cord.) *Transiciones y rupturas. El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX*. FLACSO- Sede Ecuador – Ministerio de Cultura. Quito.

Prieto S., Antonio (2002) "En torno a los estudios de *performance*, la teatralidad, y más", *Curso de Globalización, Migración, Espacios Públicos y Performance*

Pujadas, Juan José (1992) *El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales*. Centro de investigaciones sociológicas. Madrid

Ramírez G., Franklin y Ramírez G., Jacques (2001) "Como insulina al diabético: la selección de fútbol a la nación en el Ecuador de los noventa" en *Íconos revista de Ciencias Sociales N.12*. FLACSO - Sede Ecuador. Quito, Ecuador.

Ramírez, Juan Carlos (2005) *Madejas entreveradas: violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. Universidad de Guadalajara, Jalisco.

Ribadeneira, Edmundo (1994) "El Chulla Quiteño", en *Nariz del diablo, revista de Ciencias Sociales y Cultura, no. 19*. Quito.

_____ (2011) *60 anécdotas quiteñas*. Grupo Editorial El Comercio. Quito.

Richard, Renaud (1986) *Génesis de una rebeldía*

Rivera, Roy y Ceciliano, Yajaira (2004) *Cultura, masculinidad y paternidad: Las representaciones de los hombres en Costa Rica*. Flacso- Costa Rica. San José.

Sánchez-Parga, José (1991) "Innovaciones y proyectos culturales" en José Sánchez-Parga (comp.) *Signos de futuro. La cultura ecuatoriana en los 80*. ABYA- YALA. Cayambe

Sánchez, Pilar (2011) *La construcción del gerente: masculinidades en elites corporativas de Colombia y Ecuador*. FLACSO – ABYA YALA. Quito

Sautu, Ruth (2004) *El método biográfico*. Ediciones Lumiere. Argentina

Scott, Joan W. (1999) "El género una categoría útil para el análisis histórico", en *Sexualidad, género y roles sexuales*, Marissa Navarro y Catharine R.Stimpson. Fondo de cultura económica de Argentina. Argentina.

Silva, Armando (2008) *Los imaginarios nos habitan*. OLACHI – Municipio Metropolitano de Quito – Innovar. Quito.

Troya, Ma. Fernanda (1999) en X. Andrade y Gioconda Herrera (eds.) *Masculinidades en el Ecuador*. FLACSO – UNFPA. Quito.

Valcuende del Río, José María y Blanco López, Juan (editores) (2003) *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. TALASA Ediciones S. L. Madrid.

Valdés, Teresa (2000) “Presentación” en José Olavarría y Rodrigo Parrini (eds.) *Masculinidad/es. Identidad, identidad y familia*. LOM Ediciones. Chile.

Viveros Vigoya, Mara (2003). “Perspectivas latinoamericanas actuales sobre la masculinidad, en *Familia, Género y Antropología: Desafíos y transformaciones*. Instituto colombiano de antropología e historia, ICANH. Bogotá.

Wacquant, Loic (2004) “Claves para leer a Bourdieu” en Isabel Jiménez (coordinadora) *Ensayos sobre Pierre Bourdieu y su obra*. Plaza y Valdés editores. México

Williams, Raymond (1997) *Marxismo y literatura*. Ediciones Península. Barcelona

Páginas visitadas:

blog: soymusicaecuador.blogspot.com. Visitado mayo de 2011.
Guerrero, P. *Enciclopedia de la música ecuatoriana*. Quito, 2002-2005.

Avilés Pino, Efrén (2004) *Dr. Pío Jaramillo Alvarado*. www.encyclopediadelecuador.com .
Visitada en 17 de junio de 2011

<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/comunicacion/teoricos/bourdieu.htm>, visitada el 06 de julio de 2011

<http://gonzalobenitez.wordpress.com/2006/01/04/el-inventor-de-las-fiestas-de-quito-cesar-larrea-duo-benitez-valencia/> . Visitada 18 de agosto de 2011.

ENTREVISTAS

E0 1, radiodifusor, empresario, dirige un programa de radio de amplia audiencia acerca de Quito. Chulla quiteño con nombramiento oficial por parte del Municipio. Entrevista, 03 de abril de 2011)

E02, historiador, nombrado cronista vitalicio de la ciudad. 04 de abril de 2011

E03, 56 años, exesposa de un chulla y vuelta a casar. 05 de abril de 2011.

E04 político y empresario, de 68 años se autoreconoce como chulla quiteño. 07 de abril de 2011.

E05 empresario de 68 años, se autoreconoce como chulla quiteño. Tuvo como pariente cercano a un chulla quiteño muy conocido en la ciudad. Desde hace 28 años, dirige un espacio de opinión pública en la radio y en la televisión, allí comenta el pulso político nacional. 08 de julio de 2011.

E06 doctor en medicina, empresario de 62 años. Ex candidato a la alcaldía de Quito, ya en confianza se autoreconoce como chulla quiteño, estuvo en contacto con chullas insignes de la ciudad, su padre fue reconocido como chulla. Tiene un programa de radio donde aborda temas de misceláneos. 20 de mayo de 2011.

E07 músico. Visita de campo realizada en mayo de 2011

E08, 62 años, artista, ideólogo y creador de *Don Evaristo* utilizado en la campaña del Municipio de Quito, en 1988. Se reconoce como chulla quiteño. 2 de junio de 2011

E09, sociólogo, fue concejal en 1988, fecha en que se lanzó la campaña de *Quito compromiso de todos*, impulsada por el alcalde de entonces Rodrigo Paz. Siempre ha defendido su posición hacia el rescate del 1 de diciembre como fecha para celebrar a Quito. 15 de junio de 2011.

E10, antropólogo. Hijo de Ernesto Albán. Vicealcalde del Municipio, encabeza el proyecto para revivir a Don Evaristo en una Campaña de urbanidad de 2011. Entrevista, 20 de junio de 2011.